
Las Jamonas

Secretos íntimos del tocador y del confidente

José Tomás de Cuéllar

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 4135

Título: Las Jamonas

Autor: José Tomás de Cuéllar

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de diciembre de 2018

Fecha de modificación: 21 de septiembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I. O sea introducción indispensable a la monografía de la jamona

La jamona es una individualidad cuyos perfiles se escapan fácilmente al más sagaz observador.

La jamona no se llama así por razón de las materias grasas que se modifican y consumen en su economía animal; la jamona es un verdadero tipo que frente a frente de la filosofía moral desafía a mi pluma, me provoca con sus sonrisas de perlas falsas, con su castaña de rizos de otra y con toda su letra menuda.

Jamonas, jamonas: Facundo tiene el honor de saludaros muy afectuosamente. Ya no hay remedio; lo dicho: habéis acertado a pasar por el foco luminoso que proyecta la *Linterna Mágica*, y me pertenecéis.

No os haré daño; no tocaré lo aterciopelado de vuestra piel, bien conservada y de una frescura significativa. Amables jamonas, no vacilo en deciros que me sois simpáticas como un libro de cantos rojos.

Me voy a permitir algunas inocentes libertades a propósito de vuestras estimables prendas, aunque no sea más que por hacer lo que han hecho todos los filósofos antiguos y modernos.

En la juventud hincamos el blanco diente en cualquier camuesa rubicunda con el placer con que lo hicieron *Salicio y Nemoroso* juntamente; pero apenas se nos indigesta la manzana, nos da por sabios, y disertamos sobre la fruta con igual formalidad que si habláramos de astronomía; y entonces es cuando salen por ahí más de cuatro verdades

como un puño, relativas muy especialmente a la camuesa, a sus pepitas, a sus colores, a su aroma, a su tez, a su ácido málico, a su pedículo, a sus principios nutritivos, a su reproducción y a todas sus particularidades.

No ha bajado un solo hombre de talento a la tumba sin que antes os haya besado primero como a flores y después os haya mordido como camueas; y a la verdad, por mi parte os confieso que no dejaré de hacer lo que esos señores, siquiera por parecérmeles en algo.

No os hablo de la afición particular que tengo a besar flor y a morder camuesa, porque ya me la habéis adivinado en lo blanco de los ojos: y con esta seguridad me prometo que no me tacharéis de hombre de mal apetito, ni de refractario a vuestros encantos, que soy el primero en enaltecer.

Decididamente, me sois profundamente simpáticas y no me rebajo.

En primer lugar, sois flores gordas; circunstancia que aboga a favor, no sólo de la calidad, sino de la cantidad de miel que dais.

Yo os he visto reír delante de una florecita azul, pálida, muy pequeña, que se llama «no me olvides»; os he visto hacer un precioso gestito de desdén al ver la alfombrilla, y la fulsia, y el plúmbago, y el clavel, y otras flores pobres de esencia, y sobre todo de miel; y todo porque tenéis provisto suficientemente vuestro nectario con la cosecha de vuestras primaveras.

Acopiasteis miel virgen para toda la temporada, para darla después a probar a gotitas y sin desperdiciarla.

Sois lo más astutamente previsor que yo conozco.

Tenéis atingencias y previsiones llenas de *esprit*.

Entremos a cuentas.

En el libro que se está escribiendo desde la creación del mundo, titulado *La mujer vosotras las jamonas* estáis dictando casi todos los capítulos.

La juventud está dividida en pequeños tratados sueltos; unos, dulcecitos y tiernos, firmados por una tórtola; otros, espeluznantes y descomunales, firmados por escritores desmelenados y furibundos, por Espronceda, por Victor Hugo, joven, por Rivera y Ríó antes de hacer política y por Antonio Plaza.

Vosotras tenéis el monopolio de la miel. La primera jamona que conozco es Cleopatra. Os presento por delante ese precioso tipo para que no desconfiéis al leerme.

Cleopatra tuvo todo el *chic*, que sólo en jamona se concibe, para purgarse con algunos gramos de fosfato en forma de perla, valuada en 25 000 duros.

He aquí a la mujer. He aquí a la jamona.

Semíramis fue otra jamona de gusto. Desafío a todas las pollas del mundo, y de todas las épocas, a que hagan lo que Semíramis.

Queda sentado que la jamona es capaz de digerir perlas y de hacer ciudades.

¡Y qué perlas!

¡Y qué ciudades!

Babilonia debía ser obra de jamona, por lo costoso y lo elegante que era.

Desde el momento en que la mujer pasa del estado de flor elegible al de flor que elige, entra en un mundo tal de secretas combinaciones y peripecias, que la rapidez de la escritura es una rémora para decir todo lo que a las mientes

se viene de sabroso y digno de contarse.

Figuraos una joven en quien la madre naturaleza no tuvo a bien hacer esas fatales inoculaciones que han dado en convertir a la presente generación femenina en espárragos con faldas.

Excluid la clorosis y otros achaques de esa joven y no la permitáis ni la descendencia: dejadla entrar con todo el caudal de su juventud en la edad de la mujer.

Dejadla aún madurarse hasta el momento en que tal o cual lesión del tiempo le viene a hacer cierto género de advertencias; observadla bien, y encontraréis a la jamona en toda su preponderancia.

Fuera de esa primera juventud que devora la polla, y que se monopoliza en el matrimonio o se encanija para ingresar al gremio de las simples tías, la mujer en la segunda edad, en el legítimo estío, en la sazón, en el punto, es admirablemente curiosa.

En ese punto es en donde el autor de este libro tiene puesto el ojo; ese punto es el que señala con el dedo por doble indicación; de ese punto, como el de la roca que tocó Moisés, brotará todo lo que en adelante escribiremos hasta el índice del volumen.

Lelos, hace tiempo, ante la moderna filosofía de la mujer, nos hemos sentido inclinados a consignar nuestras observaciones en tal o cual libro, que leerán las generaciones venideras con cara de sordo.

Esa filosofía, que podríamos llamar parisiense, es el código de la jamona; y la jamona no es precisamente parisiense, ni la parisiense nos importa un rábano; la jamona nacional es el objeto de nuestra atención y de nuestros miramientos; la jamona de la capital, clasificada en ejemplares diversos del mismo tipo.

Será objeto de nuestra observación la mujer, desde que, llevando algún tiempo de serlo, está en la difícil posición de esas flores que respetó la mano del ramilletero, y que esperan deshojarse al menor soplo de la brisa.

Una mujer, resolviendo el viejo problema de la iniciativa en amor, es una joya para el escritor de costumbres.

Necesariamente esta contravención trae, en el símil de la naturaleza, estos fenómenos.

Una flor que murmura y un céfiro que se deja besar por la flor.

Un cáliz lleno de miel, distribuido como quincena por la propietaria del cáliz, por medio de nómina y recibos.

Una flor, que en lugar de dejarse deshojar por los céfiros, los tiene a sus órdenes como sus afectísimos servidores que besan sus pies.

Una flor, que admite a discusión a cualquier mosco que necesite miel.

Táchese de poco fecunda la materia: desafío al naturalista a que me diga que no merece un tomo una flor de esta clase.

Esta individualidad pertenece a la gloriosa época presente, en la que el hijo de Venus tiene el ojo más abierto que un lince, y sobre todo, un bozo que le ha salido por la fuerza de la experiencia.

Por mi parte, apechugo cariñosamente con la tarea de penetrar al tocador de la jamona, o de colocarme al otro extremo de su confidente y emprender sabrosas pláticas, para pillarle más de cuatro secretos buenos.

Me resigno hasta a participar de la quincena de miel, siquiera como empleado auxiliar y supernumerario; resignación que no por fácil deja de tener su mérito.

La Margarita del Fausto, Julieta la de Romeo, Laura, Beatriz y todas esas pollas clásicas, viven con su fama incólumes en el relicario de la tradición; pero ¿y la Herodias, que, aunque para su época era joven, sabía ya del pe al pa el código de la jamona; pero Lucrecia, que mataba moscos chupadores de miel, como esa flor que cierra sus pétalos condenando a prisión perpetua a los ladrones; y la reina Margarita y Marión Delorme, cuyo carnet, sin patente de sanidad, tiene el honor de colocarse en las bibliotecas públicas y privadas?

Ahí está la mujer, ahí está la flor gorda, henchida de miel y de principios: ahí está la jamona fecunda con axiomas, máximas y problemas.

En ella está el amor de Roma, de Pompeya y de París, el amor-áspid, el amor-ecuación y el amor-vapor.

Esos corazones son los que han inspirado a algunos la palabra *pliegues*, y los que, amurallados como Babilonia, desafían al fisiólogo, al poeta, al guerrero y al cartujo.

Contra esos corazones emprende hoy Facundo su lance de armas, pluma en ristre, y con la sonrisa en los labios.

Nos veremos.

II. Entra en escena una mujer enteramente parecida a una jamona

Amalia es una señora muy elegante: se presenta en todas partes ostentando un refinamiento tal y un gusto tan exquisito para vestirse, que el áspid de la envidia ha picado ya a algunas señoras muy más encopetadas que Amalia.

Amalia es una criatura feliz: vive en una atmósfera de bienestar y de confort que parece confeccionada adrede para ella.

Tiene una clave, clave misteriosa y casi equivalente a la piedra filosofal, clave que bien pudiera llamarse *la pata de cabra* o *los polvos de la Madre Celestina*, porque es el resultado filosófico-químico de muchos ingredientes de la civilización actual.

Amalia ha adquirido legítimamente el derecho de propiedad de ese amuleto maravilloso que la hace rebosar felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Facundo se ha salido de sus casillas retorciendo los tornillos de su aparato como un fotógrafo para aplicar a tiempo el foco de su linterna mágica, y cada vez que ha logrado atrapar un dato, un perfil, una faceta, de ese brillante cintilador, ha debido (aunque no lo ha hecho) exclamar *¡Eureka!*

A la fecha el autor tiene lo bastante para hacer la presentación.

Observemos.

Cuando un reloj que sirve de taburete a una Leda de bronce

francés imitación del antiguo, da las once, Amalia ha liquidado sus cuentas secretas con el tocador, ha dirigido ya la última mirada a la luna ovalada y ha dejado escapar una última sonrisa.

Sonrisa supernumeraria, excelente, sin dedicatoria y sin resultado como el tiro de prueba, no para ensayar la puntería sino el arma.

Amalia pasa del tocador al saloncito, en donde lo primero que saluda es el ramillete que recibió ayer.

El saloncito tiene muebles tapizados de triple rojo, cortinas de punto, alfombra blanca con ramos de flores, mesa estorbo, dos sillones de bejuco del norte, candelabros y espejos.

Amalia está lo que se llama bien vestida, y en cada uno de los detalles de su persona hay algo que observar, ya sea la manga abierta que comete a cada paso la indiscreción de permitir al ambiente que bese un pedacito de brazo mórbido como el de una estatua griega; ya es un guardapelo esmaltado que juguetea a cada movimiento, como el cascabel de un gato, sobre un ligero hoyito que Amalia tiene en la garganta, el tal guardapelo casi sigue los movimientos de la cabeza y está haciendo el papel de esas manecillas que en una esquina o en una puerta quieren decir «por aquí»; ya es un rizado de cabello que cae sobre un lado de la frente y que está pretendiendo decir «aquí me quedé olvidado»; ese rizo es un acento circunflejo de la fisonomía de Amalia: ya, en fin, es un brazalete misterioso de pelo con broches de oro con iniciales, porque todo en Amalia está encerrando un misterio y un encanto.

Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y además un perrito blanco como una greña de algodón; es un perro monísimo.

Las manos de Amalia son muy bonitas, y no contenta con que

la madre naturaleza le dejase aguzadas las puntas de los dedos, se deja crecer las uñas y se las recorta en forma de lanceta.

Esto la obliga a ser cauta, a tentar quedito, a no coger tierra y otras muchas cosas.

Amalia tiene una amiga de confianza, tan de confianza que fue su compañera en el Colegio de las Vizcaínas.

La está esperando.

Esta amiga de confianza se llama la Chata: así la decían todos; y muchos por no saber cuál es su nombre de pila, la dicen Chatita.

—¡Josefa! —grita Amalia impaciente—, ¿no ha venido la Chata?

—Sí, señora —contesta entrando una criada, cuyo traje tira ya a *traje de persona decente* y cuyo peinado tira ya a castaña clara—: vino, pero dijo que iba al cajón y volvía.

Un cuarto de hora después llega la Chata.

—¿Lo viste? —dice Amalia a su amiga.

La amiga en lugar de contestar, buscó algo en la habitación.

—Estoy sola —agregó Amalia.

—Lo vi —dice la Chata, sentándose en el otro extremo del confidente.

—¿Y qué?...

—Hay mucho que decir.

—¡Ave María! ¿Ya te catequizó? ¿Ya estás de su parte? ¿Ya no puedo contar contigo?

—¡Espera, espera por amor de Dios! ¡Qué violenta estás!

—Ya lo sabes: sí, es cierto; estoy en ascuas.

—Pues oye. Estaba muy enojado.

—¡Enojado! ¡No hay cosa peor que manifestar a los hombres todo nuestro cariño! ¡Enojado cuando acaba de saber que lo amo!

—Debes disculparlo; precisamente porque sabe que lo amas, se creía con derecho de esperar de ti...

—Le parece al poeta que todo es tan fácil; ¡ya se ve!, él tiene talento, escribe, improvisa y miente; todo con facilidad.

—¿Quieres oírme?

—Sí.

—¿Sin interrumpirme?

—Sin interrumpirte.

—Pues oye: te han traicionado.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tu prima Amparo.

—¡Es posible!

—Sí: le contó a Ricardo todo lo de la otra noche; y tú tienes la culpa por fiarte de pollas.

—¿Y qué le contó?

—Le dijo que vivías triste, que el temple de tu alma te ponía al borde de un precipicio.

—No sigas; es necesario vengarme de Amparo.

Es necesario que el lector sepa lo de la otra noche: Ricardo, el Ricardo a quien aludían la Chata y Amalia, es un poeta, frisa en los veinticinco, es amable, locuaz y un poco elegante.

Amalia leyó unos versos de Ricardo en un periódico y pensó, que Sánchez es muy bueno, pero muy frío; Sánchez es el marido de Amalia, es muy bajo de cuerpo, como de cuarenta años y personaje nuevo.

Sánchez vino en el polvo de la revolución hasta México, prestó algunos importantes servicios a la patria, como por ejemplo: haber andado con el gobierno, haber sido secretario de un gobernador, haber perdido su papá unas vacas, y aunque por fin aceptó un empleo en tiempo del imperio, fue de puro compromiso, pero no por convicción; en cambio se había adjudicado tres casas del clero que no pagó, y había recibido por vía de liquidación, 10 000 pesos que le pagaron, y después había tomado posesión de un empleo de hacienda, cuyas quincenas eran una bendición de Dios.

Con esto y con haber encontrado por esos mundos de Dios a Amalia, Sánchez había acabado por ser un hombre feliz.

Más todavía: había logrado hacer feliz a Amalia; primero porque le había abierto un horizonte; apertura apreciable especialmente para la mujer; en segundo lugar la hacía feliz porque la quería; y en tercer lugar porque, como Sánchez estaba colocado a horas fijas, Amalia tenía esas mismas horas a su disposición para seguir siendo feliz, aunque no precisamente por el método de Sánchez.

Este deseo de ser feliz es universal, y no habrá quien se declare en contra de una tendencia tan explicable; sólo que, a pesar de los seis mil años que llevamos de controversia, no hemos logrado ponernos todavía de acuerdo en el modo.

La diversidad de los sistemas empleados para conseguir esa gran quisicosa, ha dado resultados individuales dignos de estudio.

Amalia es un ejemplo vivo, y para apreciar la exactitud de este aserto, estudiémosla:

Amalia nació en Oaxaca, allí corrieron los primeros años de su infancia; y aunque quisiéramos dar algunos detalles acerca de sus progenitores, estos datos los hemos perdido en el oscuro laberinto de nuestra mala memoria; a pesar de que un oaxaqueño amigo nuestro nos contó del pe al pa la historia íntima de Amalia; sí recordamos que la tal historia no era de lo más edificante, y el carácter del que según todas las probabilidades era el padre de Amalia, nos impone el deber de callar porque no se nos tache de parciales, revelando poridades de una clase en un tiempo privilegiada.

Amalia, apenas nació, tuvo la desgracia de ser ocultada a los ojos del mundo; y nosotros que solemos pecar de maliciosos, creemos que de allí le vienen todas sus desgracias a Amalia.

No están las virtudes domésticas ni la bondad de sentimientos, precisamente de parte de los hijos naturales.

El calor de los pechos maternos y la pureza del hogar, atesoran los efluvios de una dicha tan inapreciable, que sólo en la edad madura y al través de las vicisitudes se comprende.

Pero cuando la siniestra huella del crimen ha manchado el hogar; cuando una trasgresión del orden moral da vida a un ser sin el calor de los nupciales linos; cuando no es la familia originaria la que se reproduce sino los delincuentes ocultos; entonces el niño que viene al mundo, busca con su primer mirada una conciencia, y engendra con su primer sonrisa un remordimiento, porque es un ser que viene pidiendo cuenta de las lágrimas de desolación que verterá más tarde.

Cierto racionalismo estúpido se empeña en considerar al niño como una larva indiferente, y al verlo aparecer lo segrega de la comunión de los humanos para considerarlo sólo como una promesa.

Este racionalismo sustenta los orfanatorios e introduce en las familias ladroncitos de honra y de patrimonio.

Amalia nació en una noche tempestuosa, y como esas semillas destinadas a que las arrebate el viento, su primer papel en el mundo fue éste:

Cuerpo de delito.

Estos cuerpos, bien sean un niño o una ganzúa, se esconden.

Salir a luz escondiéndose es un sarcasmo reservado sólo al hijo natural.

Con algunos litros de leche alquilada, Amalia tuvo lo bastante para resolver el problema de su vida.

El padre de Amalia, dijo un día:

—¡En fin... la niña vivirá!

En estas pocas palabras asomaba una monstruosidad, un amor paternal resignándose.

O de otro modo:

Un criminal, teniendo que ser padre.

Por esa época, Amalia comenzó a ver a un señor que le daba juguetes de vez en cuando.

Algunas veces se la sentaba en las rodillas y la acariciaba.

Un día, el señor aquel besó a Amalia despidiéndose, porque Amalia iba a ser trasladada a México.

Y ya que sin sentirlo nos hemos alargado en el relato de lo

que a Amalia le había sucedido con anterioridad al momento en que la hemos visto hablar con la Chata, pasaremos a otro capítulo, en el que continuarán estos apuntes.

III. En el que se ve que las amistades de la infancia son duraderas

La juventud de Amalia brotó como una flor dentro de los muros del Colegio de las Vizcaínas.

La Chata vio nacer esa flor y de aquí nació la intimidad de Amalia con la Chata.

El primer brote de esa flor es, por lo general, un pedazo de cielo, es una paloma que anida, un beso que se oye, o un estremecimiento que no se comprende.

Suele tomar la forma de una meditación que termina en un suspiro; suele ser una lágrima pero nunca una sonrisa: hay algo melancólico y grave; hay como un aviso secreto y misterioso, pero solemne, en la aurora de ese día primaveral que se llama la juventud.

Las organizaciones nerviosas de las hijas del trópico, presienten esa aurora entre los juguetes de su felicidad, entre las muñecas con que juegan.

Un día, Amalia y la Chata jugaban con sus muñecas.

Amalia tenía en las manos una hermosa muñeca, a la que acababa de vestir.

—Mira a mi Rosa qué linda está —le dijo a la Chata—. ¿Sabes por qué? Porque se va a casar; tiene un novio muy elegante que ha pedido su mano: ¡ay!, y la quiere mucho... mucho; y oye... mi Rosa me va a dejar por seguir a su marido, y hace muy bien; pero lo siento mucho.

Una de las primeras instituciones de la mujer, es la tendencia

a la maternidad: las niñas encuentran un placer inefable en jugar a las madres.

Amalia tenía la grata ilusión de ser madre de su muñeca, a la que llamaba Rosa.

—Mira —continuó diciendo a la Chata—: mi Rosa estrenará el día que se case un vestido blanco de gro, adornado con blondas y le pondré una preciosa corona de azahares, porque éstas son las flores de las novias, y esta corona sujetará un velo transparente que le caerá sobre la espalda, ¡ah!, qué linda estará mi Rosa. Y su novio, su novio es muy buen mozo e irá al casamiento vestido de negro, con una casaca muy bien hecha; un chaleco negro también y muy abierto, para dejar lucir una elegante camisa de batista con vuelos encarrujados con una puntita de piña hecha con hilo del ciento; llevará una corbata blanca también de Cambray, perfectamente bordada: guantes blancos y botas de charol. El novio ha de tener una cabeza muy artista, cuyos cabellos ensortijados siempre le den a su frente y a su fisonomía un aspecto distinguido y elegante.

—¿Y no tendrá bigotes? —preguntó la Chata.

—¿Bigotes? Sí, un bigotito, pero como de seda, muy suave y muy bien peinado... barbas no, no me gustan esas barbas de gastador, esas barbas gruesas y groseras; ¡no, ni lo permita Dios! La barba del novio de Rosa ha de parecer de seda.

—¿Y qué? —interrumpió la Chata—, ¿no le haces a Rosa un vestido para la iglesia?

—Sí, por supuesto; un vestido negro de gro de a cuatro pesos vara, todo lleno de adornos, y una mantilla de blonda española de a 200 pesos. Sí, ése será su traje para la ceremonia de la iglesia.

—¿Pues qué tú sabes todo eso?

—Sí.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi nanita.

—¿La señora?...

—Sí, me contó la otra noche su casamiento.

—¿Conque ha sido casada?

—¡Vaya!

—¿Y qué te dijo?

—Me informó de que hay tres ceremonias.

—Cuéntame eso —dijo la Chata tomando una actitud a propósito para no perder una sola palabra de Amalia.

—Pues en primer lugar son los amores.

—¿Y cuánto tiempo duran?

—Según... si la novia tiene papá y mamá que se oponen al matrimonio, entonces duran mucho tiempo.

—¿Y si no se oponen, duran menos los amores?

—Sí, porque entonces se casan pronto.

—Yo creo —objetó la Chata—, que los amores han de ser más bonitos que la ceremonia.

—¿Por qué lo crees?

—Porque ha de tener uno que hacer tantas cosas para ocultarse y ha de pasar por tantas ansiedades, que yo creo que ha de ser uno muy feliz.

—¡Quién sabe! Yo no sé de amores porque nunca los he tenido.

—Pues yo sí.

—¿Tú?

—Quiere decir, no fueron amores sino que mi primo...

—Ya me vas a hablar de tu primo; parece que no sabes hablar de otra cosa.

—Es que como se trataba de amores...

—Sí, pero eso ya me lo has dicho muchas veces.

—Pues bien, por eso creo que los amores han de ser lo más bonito.

—Puede ser, ¿pero por fin, te cuento lo de las ceremonias?

—Sí.

—Pues quedamos en que primero son los amores y después la toma del dicho.

—¿Y cómo es eso?

—Muy sencillo: viene el señor cura y le pregunta a uno si es cierto que... Fulano, la quiere a uno, y se contesta si sí o si no, y en fin, le hacen a uno una porción de preguntas de que ya no me acuerdo, en seguida firma uno un papel y también los testigos.

—¡Ah!, ¿conque hay testigos?

—Por supuesto.

—¿Y después del dicho?

—Siguen las amonestaciones.

—¡Ah!, y entonces todo el mundo sabe que se va uno a casar.

—Para eso es, para que lo sepan.

—¡Ah!, ¡qué vergüenza!

—¿Vergüenza por qué?

—Eso es muy feo.

—Pues entonces se pagan 60 pesos en el Arzobispado, y no hay amonestaciones.

—¿Sí?

—Sí; eso es lo que se llama dispensa de vanas.

—¡Mira qué instruida estás!

—Todo me lo ha dicho mi nanita.

—¿Sabes que los viejos saben muchas cosas?

—Y nosotros no, todo lo ignorarnos.

—No, no todo, ya lo ves; yo sé también muchas cosas más que tú.

—Pues bien, sígueme contando; quedamos en que no hay amonestaciones.

—Siguen las donas.

—Sí, eso sí ya lo sé, son los regalos, son los vestidos, el blanco y el negro, y las alhajas; muchas alhajas, ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto, porque cuando uno se casa se pone brillantes.

—Y todo.

—Ya se ve. ¿Pero me dejas acabar?

—Sigue.

—Porque si me estás interrumpiendo...

—Ya no chisto.

—Siguen las donas y después la ceremonia, en que le preguntan a una si recibe por esposo y compañero a...

—¿A quién? —preguntó la Chata riéndose.

—Al que sea; dicen su nombre. Después de la ceremonia la velación.

—Sí. eso ya lo he visto en la iglesia, lo de la cadena y el paño azul y todo eso, ¿pero después?

—Después se van los novios a su casa y viven juntos.

Hubo un largo rato de silencio: la materia estaba agotada, el casamiento descrito y Rosa la muñeca se había quedado abandonada.

Amalia y la Chata navegaban en ese piélago misterioso de las dudas de amor y se forjaban quimeras halagadoras; y sin saber por qué aquella conversación las había entristecido.

Al cabo de algún tiempo Amalia le dijo a su amiga:

—No le digas a nadie nada de lo que hemos platicado.

—No.

—A nadie.

—¿Es pecado?

—Mira... yo no sé; pero mi confesor me ha dicho que las niñas no deben hablar del matrimonio.

—¿Eso te dijo?

—Sí, porque yo le conté que iba a casar a Rosa mi muñeca grande, y que por hacerla trajes no había podido repasar los verbos irregulares.

—¡Ah!, entonces te lo dijo por lo de los verbos; así con razón, si no estudias...

—Pero siempre será bueno no decirlo.

La amistad de la Chata con Amalia comenzó a atesorar secretos y a ser por lo mismo más íntima.

Desde aquel día las dos amigas experimentaban un dulce bienestar en conversar a solas e imprimían a todas sus acciones cierto carácter misterioso, porque aquella conversación sobre el matrimonio de la muñeca era ya para ellas un asunto de cierta gravedad que ellas mismas comprendían pero que se empeñaban en sostener y en fomentar.

Halagaba su vanidad de niñas la idea de tener un secreto que guardar, un asunto de que tratar a solas y se segregaban de las demás para ir a reclinarsse sobre el barandal de uno de los corredores más lejanos, con objeto de estar a la vista de todas sus compañeras y a la vez sustraídas a su curiosidad.

Las niñas comenzaban a censurar aquella conducta y hasta había lenguaraz que exclamara:

—Parecen marido y mujer, nunca se separan.

Dispuesto el corazón a recibir las primeras impresiones del amor, basta a la mujer estar en contacto con otro ser para revestirlo de un encanto particular: la Chata y Amalia se querían entrañablemente, gozaban en estar juntas, deseaban estar solas, y como los celos son inseparables del amor, especialmente del amor indefinido, la mayor parte del tiempo lo empleaban en darse celos y satisfacciones mutuamente.

Esta intimidad iba tomando creces y del matrimonio de la

muñeca entraron al terreno de las suposiciones, personificando más resueltamente la cuestión.

—¡Casarse! —decía Amalia—. ¡Qué felices han de ser las que se casan!

—¿Por qué?

—Porque aman, porque son amadas.

—¡Pero nosotras! —exclamó la Chata con un acento de tristeza imposible de describir—, nosotras condenadas a vivir entre estas cuatro paredes; sin conocer el mundo ni a los hombres. ¡Si vieras cuántas cosas he oído decir de los hombres!

—¿Sí?

—Ya lo ves, aquí todas las señoras grandes no los pueden ver, siempre están hablando mal de ellos.

—¡Pobrecitos! —dijo la Chata, y lo dijo de todo corazón, porque la Chata era muy buena chica; por lo menos en lo de abogar por nosotros.

—Yo creo que los calumnian, porque si los hombres fueran tan malos como dicen, no se casarían tantas mujeres todos los días.

—Y aun suponiendo que sean malos —dijo a su vez la Chata—, ¡qué hemos de hacer! Es necesario conformarse y admitirlos tales como son, porque no hay otros.

—Yo quisiera tener un novio para desengañarme. ¿Y tú?

—Yo también.

—¿Y dejarías de quererme a mí?

—No; jamás —dijo la Chata, dando un beso en la frente a Amalia.

—¡Ay!, ¿y si te casas?

—Viviremos siempre juntas. ¿Y si te casas tú?

—También viviremos juntas.

Comenzaron los primeros días de la juventud de Amalia y de la Chata, en medio de todos los sinsabores y sueños de la reclusión; hasta que un día los parientes de Amalia, que regresaban a Oaxaca, determinaron llevar a la huérfana, pues según todas las combinaciones de familia, Amalia podía ya salir a luz y darse a conocer a sus parientes.

Amalia y la Chata lloraron muchos días, antes de separarse; se hicieron mutuos regalos, se cortaron cada una un rizo de cabello, y se despidieron al fin, recibiendo cada una por su parte el primer golpe doloroso: ofrecieron escribirse y se dirigieron la última mirada.

La Chata, lo mismo que Calipso, no podía consolarse de la partida de Ulises; pero Amalia que se veía libre, recibía a cada paso las más halagüeñas impresiones, y bien pronto entró en un mundo nuevo para ella, y en el que todos los objetos que la rodeaban tenían un encanto particular.

No es nuestro ánimo seguir paso a paso la juventud de Amalia, pues conviene al interés de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que a esta joven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino a México en el polvo de la revolución y en los brazos de Sánchez; de manera que volvemos a anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia después de haberse dejado de ver algunos años han vuelto a ser las amigas de colegio.

IV. Empiezan a prepararse las borrascas del corazón, en una danza

La Chata acabó de decir a Amalia cuanto al caso venía referente a Ricardo, el joven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario —decía Amalia—, que le dé a ese joven una cumplida satisfacción, pues en ningún caso desearía yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero...

—¿Otra vez peros?

—¡Qué quieres! Siempre he creído que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes también que yo soy una mujer discreta, una persona prudente, una mujer de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va a complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese joven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sánchez no viene hoy a comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes...

—Sí, ya sé; viene a la una de la noche, si acaso.

—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! —dijo todavía la Chata en tono suplicante.

Amalia hizo uso de su más expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente a un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fue estudiando uno a uno, estos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fístol se había descompuesto; todo permanecía en su lugar y cumpliendo fielmente su misión; el *cold cream* había refrescado el cutis en todo el transcurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan a dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la más dura de las matronas, estaban robando a la grasa, a las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica a las epidermis marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habían perdido el brillo grasoso; también aquellos cabellos muertos, sin savia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose a agrupar en graciosas ondulaciones; sólo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificación, estaban también disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreír, de atraerlo hacia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, había

trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulación, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante a expensas de la presión de las costillas falsas, y de una transformación anatómica interior, verdadera tiranía de la mujer contra su propio organismo, culto tormento del refinamiento y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrían caber muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia, confundiendo lo que le pertenecía con lo que debía pertenecerle, se engañaba a sí misma con una facilidad de que sólo es capaz una mujer; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes a la juventud que huía, a la juventud que la había abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un todavía pendiente de sus labios pintados con carmín, la impulsaba a formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dio un giro en escorzo para ver en el espejo la parte que de su falda dejaba arrastrando; y recorriendo con la vista esa línea oblicua y ondulada que traza una mujer desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el crepé de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Después, y como el general que se asegura una vez más de las municiones de reserva, se levantó la falda para verse los pies.

Éstos estaban calzados con unas preciosas botas de cabritilla

abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban a cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced a los tacones sobre los cuales anda hoy la mujer en este mundo, puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salón, que viven en su invernáculo: nunca las busquéis en las haciendas ordinarias y groseras, nunca creáis hallarlas de día sino al través de un velito de punto o bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendáis analizarlas a la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de día iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de muselina y un transparente; buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas a vuestro sabor; allí es donde os invitamos a comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetración y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo a Amalia: en un baile; más todavía, bailando; más aún, bailando una danza...

La danza ha llegado a la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transacción o como simple entretenimiento.

Bailando con Amalia fue cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama: *Ilang-ilang*.

Éste aspiró Ricardo.

Hay más.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.

Se lo dijo.

Amalia seguía bailando sobre las puntas de los pies, los cuales parecían dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, a propósito de los pies, lo ha dicho José María Ramírez.

No le hace: prohijamos la imagen y la acariciamos.

Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibración de los sonidos establece, no hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armonía!

El termómetro del corazón no es tan sensible al calor como a la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, a grandes periodos: muévasele como el boticario que emulsiona una droga; póngase en movimiento acompañado a un novio y resultará la ebullición.

Hay más: trasladad a la mujer del tocador al salón, en donde hay un indiferente que... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluido magnético que se llama simpatía; entonces la mujer y el hombre, después de verse se miran, después se observan y después se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transacción social muy aceptable, se atreve a pretender de la mujer todo esto de

buenas a primeras:

—Señora, voy a permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con mi brazo derecho; a tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; a colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir qué clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas a la Maximiliano, toquen la delicada epidermis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis a vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salón, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traducción la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni más ni menos, le sucedió a Amalia y a Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan ventajosa posición, en la posición que hemos procurado describir, le quedaba aún expedito el uso de la palabra; esa preciosa prerrogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra común y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡He aquí un momento indemnizador! ¡He aquí el oasis de las palabras-prosa, de las muchas palabras-paja, de las palabras-desierto! ¡He aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡Oh dicha! ¡Oh expansión! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar a esto:

¡A decir *palabritas*!

Ricardo estaba en esta envidiable posición.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban experimentando una inquietud desesperante. ¿Cómo no hablar y cómo hablar en tal situación otra cosa que *palabritas*?

—¡Qué bien baila usted! —dijo Ricardo.

—No señor...

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban a los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oído de Amalia, se pasaban a lo largo exponiéndose a que las atrapara algún concurrente. Estas palabras, en su carácter de *palabritas*, no dejaban lugar a duda, una vez casi todas las que pudimos oír eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡Linda! ¡Encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.

V. Amalia, como los generales, da la primera acción que se llama «reconocimiento»

Amalia, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los transparentes de los balcones y se sentó a esperar.

Al cabo de una hora se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recién llegado.

—Señora —dijo Ricardo saludando—, vengo a ponerme nuevamente a las órdenes de usted, y sería muy feliz si en algo pudiera serle útil.

—Confieso —contestó Amalia—, que mi conducta acerca de usted requiere una explicación, y voy a darla, pues en ningún caso quisiera aparecer como una persona ligera e imprudente.

«¡Malo!», pensó Ricardo.

—En el último baile —continuó Amalia— he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé qué falta...

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy a darle a usted una explicación, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta que usted haya podido cometer, debe olvidarse con sólo que usted tenga la intención de satisfacerme.

—¿Rehúsa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificación.

—¿Calificar a usted desfavorablemente? No en mis días, muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido...

—¿Se refiere usted a la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso...

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba a oír, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña a educarme en el Colegio de las Vizcaínas, he residido constantemente en mi país natal. Yo soy una mujer...

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una mujer —continuó Amalia— muy franca y usted

me inspira una confianza suma.

—¡Amalia...! —exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar a Amalia por su nombre.

—Sánchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! —exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabía usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció *sí* con el mismo acento con que hubiera dicho *no sabía una palabra*.

—Por otra parte —continuó Amalia—, usted que es hombre de penetración y de mundo...

Ricardo se permitió la coquetería de recoger esa flor con una sonrisa.

—Habrá comprendido —agregó Amalia— que entre Sánchez y yo...

—¡Ah!, por de contado, hay una distancia... Si verdaderamente no se comprende cómo una mujer de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse a un hombre que... el señor Sánchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educación, sus principios, su carácter...

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta a su imaginación y considerara a Amalia muy desgraciada.

—Pues bien —continuó—, ya podrá usted figurarse el género de vida a que estoy sujeta, porque además Sánchez es celoso.

—¡Ta!, ita!, ita! ¿Celoso? ¿Conque es celoso el señor Sánchez?

—¡Qué dice usted, qué atrocidad!

—Ya se ve, conocerse a sí mismo...

—Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿Se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuándo...?

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¡qué danza! ¿Creerá usted que la he mandado a buscar por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato más delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo —dijo Amalia reconviniendo con una sonrisa cariñosa—; no vaya usted a dar un fundamento sólido a los celos de Sánchez.

—Tendría razón.

—¡Ah!, pues yo no quiero que Sánchez tenga razón.

—¿No?

—Sobre que ése es mi sistema.

—Ya se ve, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior a Sánchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior a un tonto.

Por supuesto que cuando la conversación llegó a este punto, ya la Chata había encontrado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien —continuó Amalia—; la noche del baile, se enceló Sánchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yo!

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues a dónde íbamos a parar?

—Sobre todo cuando la conversación es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos...

—Es cierto que yo me permití decir a usted...

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores a las señoras, pero eso nada tiene de reprobable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿Qué hombre...?

—Ni ¿Qué señora...? Pues bien, dio y tomó Sánchez que usted me hacía el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dio mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar a usted pendiente para la segunda danza, sin darle a usted una explicación de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad...?

—De rogarle a la Chata, que es tan buena amiga mía, que suplicara a usted...

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no

olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntar a usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile... ya puede usted figurarse cómo me saldría, pero eso sí, se lo puse a usted de oro y azul.

—¿Al señor Sánchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quítame ahí esas pajas, iba a dar un resultado funesto; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros a que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah!, ieso es horrible!

—Y ¿cree usted que se convenció? ¿Que ha cambiado? No señor, al contrario, muy al contrario, desde esa noche no nos damos ni los buenos días.

—¡Amalia! —dijo Ricardo con entusiasmo—; si cuando la consideraba a usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresión que hace usted en mí.

—Ricardo... gracias.

El amor había logrado ya unir a todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situación dramática en pleno día, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladín de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha necesidad de amparar a

la desgracia oprimida, de redimir a la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenía arranques de franqueza y golpes de efecto.

La vanidad cooperó no poco a que Ricardo se entregara maniatado a su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuántas otras virtudes relevantes.

VI. La casa de Sánchez

El lector no conoce de la casa de Sánchez, más que el tocador de Amalia y la sala.

Le invitamos a pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que a pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desorden y desaseo, estaba instalada hacía dos horas una verdadera tertulia.

En un sillón verde estaba don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podría tener cincuenta años; era magro, de pelo negro entrecano, gruesas cejas y mirada huraña; tenía los ojos constantemente ribeteados por una línea roja y los lagrimales espaciosos y rubicundos; estaba envuelto en una capa parda y paseaba sus miradas alternativamente sobre cada uno de los personajes que iban tomando la palabra.

Don Aristeo era compadre de Sánchez.

—¡Pobre de mi hermano! —decía doña Felipa, mujer entrada en edad, trigueña y un tanto extenuada por una tos que padecía—. ¡Pobrecito! Ya no es posible ver lo que se sacrifica; el hombre trabaja, el hombre se afana, el hombre está pendiente de todo y de todos con una asiduidad y con una constancia ejemplares.

—Es una presea el señor de Sánchez —dijo una anciana con voz de sochantre—; si no fuera porque es un poco hereje yo lo querría más.

—¡Cómo hereje! —dijo doña Felipa—, usted llama hereje a todos los hombres ilustrados, a todos los que no participan de las preocupaciones de usted.

—¡Ave María Purísima! Felipita, si comenzamos a hablar de política, resulta lo del otro día.

—Eso no es política.

—No será, pero como es usted pura defiende usted todas esas cosas.

—Yo no soy pura, soy liberal, porque soy ilustrada y a mucha honra lo tengo —replicó doña Felipa haciendo dos contorsiones.

—Que lo diga el señor don Aristeo que es hombre docto —insistió la vieja chocolatera.

—Ya sabe usted, mi señora doña Anita —contestó don Aristeo—, que no me gusta meterme en cuestiones de ese carácter; yo soy el primero en lamentar los extravíos de la impiedad y de la Reforma, y acá a mis solas y por evitarme de controversias tengo muy presente en mis oraciones a todas las almas descarriadas por cuya salvación ruego a Dios Nuestro Señor todos los días.

—¡Quiere decir que usted también cree que el pobrecito de mi hermano es hereje!

—Mi estimado compadre y amigo, su hermano de usted, es una persona para mí sagrada porque basta que le coma el pan para que yo tenga el deber de respetarlo; pero no obstante, ya algunas veces le he predicado, en descargo de mi conciencia; mi compadre es un bello sujeto y siento en el alma que esté contaminado con las ideas nuevas; estas ideas, mi señora doña Anita, que han perdido y están perdiendo tantas almas.

—Eso, eso, señor don Aristeo, las ideas; Felipita tiene esas

ideas y por eso se incomoda cuando le digo pura.

—Ya he dicho que no soy pura sino liberal, y que una cosa es que uno tenga ideas de ilustración y otra que sea hereje como se permite llamarme la señora doña Anita, persona que no porque peina canas está autorizada para tratarme así.

—Lo siento mucho, Felipita, pero es cierto; y si no, vamos a ver: ¿usted dónde oye misa? ¿A que no me lo dice usted, mi alma?

—Oiré misa donde me dé la gana; yo no soy hipócrita ni necesito hacer alarde de devota ni probarle a nadie lo que creo.

—¡Qué tal! —gruñó doña Anita—, ¡qué tal! Ya salió cierto, ¿no lo dije? Está usted excomulgada, y como que sí.

—¿Yo excomulgada? Mire usted, señora doña Anita, que tengo muy mal genio, y en tocándome las generales y sobre todo a cosas de conciencia, no veo pelo ni tamaño y...

—Adiós —dijo la vieja—, me va a comer.

—¿Qué sucede? —gritó un pollo en mangas de camisa que se estaba poniendo la corbata—. ¿Quién grita aquí, quién alborota? Quién había de ser, tía Anita; siempre que viene hay una camorra y en presencia de don Aristeo; contenga usted a esa gente, respetable señor.

—Yo no me mezclo en esos asuntos, son cuestiones muy delicadas sobre todo tratándose de señoras.

—Me alegro que te descolen —dijo la vieja chocolatera—: los niños tampoco deben meterse en esas cosas.

—¿Quién le ha dicho a usted que no? Los niños de hoy sabemos más que todas ustedes las octogenarias, apergaminadas y ridículas; y siempre que usted, tía Anita, venga a alborotar mi casa, ha de oír mi lengua.

—¡Cállate, maldiciente, herejote!

—Y usted, arpía, rata de sacristía, Madre Celestina: déme usted un polvito, Madre Celestina; usted debe reducirse a rezar su rosario y dejarnos a nosotros en libertad de hablar y de discurrir según el espíritu de la época.

—El espíritu corrompido de la época.

—Que no es la de usted, sino la de los libres pensadores.

—Eso eres tú, tú eres libre pensador.

—Sí, a mucha honra lo tengo, porque soy un hombre libre.

—Un libertino querrás decir, ¡Dios me libre de ti! Tú sí que estás excomulgado, hereje; no tengo más consuelo sino que allá abajo, en el purito infierno, es en donde vas a recoger el fruto de tus libertades y sus ilustraciones.

—El infierno salió borrego, tía Anita, ya no existe más que para las viejas como usted que son las únicas dignas de permanecer en la tierra caliente por toda la eternidad.

—Ya quisieras ser tan buena cristiana como yo.

—Vamos, vamos, que se acabe la disputa, señora —dijo don Aristeo con aire de suficiencia y conociendo que la cuestión tomaba un carácter alarmante.

Reinó de pronto el más profundo silencio.

Las escenas de esta clase, se repetían con frecuencia en la casa de Sánchez; y como quiera que lo que allí pasaba reconocía cierto origen que importa a todos conocer, procuraremos dar más detalles acerca de la formación de aquella colonia doméstica, que buenamente se daba a conocer con el nombre de la familia de Sánchez.

Sea Sánchez el tronco, y examinémosle.

Sánchez como hemos dicho ya, era un personaje nuevo, fruto maduro del ánden y ténganse de nuestras cosas, resultado inmediato del torbellino revolucionario. Sánchez, oscuro, pobre e ignorante, hubiera muerto en su pueblo llorado por unas cuantas buenas gentes.

Pero diole por cursar la ciencia política con el tendero de su pueblo, que recibía algunos periódicos de México; fue amigo del prefecto, y como tal tuvo que ver, primero con la Junta Patriótica, después con el Ayuntamiento, luego con la Junta de Instrucción Pública; y poco a poco Sánchez, el oscuro Sánchez, se fue haciendo persona; no aprendió la política ni la historia, ni en otros libros, sino de oídas con los que hacen la política, que son los verdaderos maestros.

En poco tiempo ya Sánchez sabía que la política eleva a los hombres.

Que en política, el fin justifica los medios.

Que se debe trabajar para sí propio, haciendo creer que se trabaja por los demás.

Que en política, todos son escalones.

Que es necesario tener mucho cuidado con el patriotismo, porque éste suele, si es bueno, ser un ingrediente que destruye las más sólidas bases de cierta política.

Que también es necesario tener mucho cuidado con el corazón, porque los políticos no deben tenerlo.

Que por las circunstancias climatéricas y de otro género del país, la fuerza de inercia es una de las fuerzas más provechosas, como se sepa manejar, etcétera, etcétera.

Cuando Sánchez supo todo esto, fue ya político y aun se lanzó al editorial con brío y con fe, para ceñirse el doble laurel del periodista.

Sánchez era ya presentado a las notabilidades revolucionarias como político y como periodista, todo lo cual le permitió hincar un diente en la ley de 25 de junio, volviéndose propietario.

Se adjudicó iglesias, cementerios, casas, solares, coros, sacristías, ranchos y capitales.

Sánchez, en esa época feliz de la desamortización, no necesitó más que abrir la boca para decir en papel sellado: *esto es mío*.

No se necesitaba más. Ciertamente es que la ley había tenido la honradez de decir *vendo*; pero los compradores sabían mejor que la ley dónde les apretaba el zapato, y compraban con todos los requisitos legales, suprimiendo la insignificante formalidad de entregar el dinero.

Sánchez aprendió a hacer fortuna como había aprendido a hacer política: de una manera expeditiva y sin complicación ni grandes cálculos.

Cuando Sánchez tuvo un papel en la mano, en el que la ley lo investía con el carácter de presunto dueño, Sánchez haciendo poco caso del *presunto*, vendió lo que no podía comprar, porque no tenía con qué.

Y resolviendo con facilidad el difícil problema de vender lo que no había comprado, encontró la piedra filosofal.

Por supuesto, que una vez en posesión de esta piedra rara, Sánchez fue otra cosa.

El dinero hizo como siempre su transformación; le dio a Sánchez ese tinte que sin tener color puede llamarse dorado, y Sánchez comenzó a ser un sujeto muy apreciable.

Como todo le cogía en deseo, se emborrachó seguido con champagne, se mandó hacer mucha ropa, compró muchas

cadena de reloj y muchos brillantes, comió mucho hasta engordar y se volvió pulcro de la noche a la mañana.

No pudo tolerar una camisa de dos días, y se admiró en su interior de haber podido vivir treinta años sin calcetines.

Al poco tiempo, Sánchez se olvidó de su pasado. ingrato!

Una de las cosas que se le avivó a Sánchez con la opulencia fue el amor; de pacífico se tornó en ardiente, y también se admiró de cómo había podido amar a lo pobre.

Sánchez tuvo muchos amigos y muchas amigas, pero entre todas Amalia se llevó la palma y fue por lo que Sánchez se llevó a Amalia.

Como Sánchez no era inerte en materia de leyes ni de política, ni mucho menos en cánones, pues como hemos visto estudió en la tienda del pueblo todo lo que sabía, resultó casado por el mismo procedimiento expeditivo por el que había resultado rico; no encontrando inconveniente en que así como había suprimido el dinero para comprar podía suprimir la bendición para casarse, y así como había vendido antes de comprar, bien podía llevarse a su mujer antes de casarse con ella.

En todos casos Sánchez iba siempre a su fin por el camino más corto, y este sistema le había probado perfectamente.

Tal era Sánchez.

Siempre fue solo; pero desde que enriqueció, tuvo, no una familia sino una colonia doméstica, que dará todavía materia a nuestras habladurías.

Hablaremos de don Aristeo.

Don Aristeo era el *ad reventandum* de Sánchez. Nótese que todos los personajes, especialmente de los acabados de hacer, tienen un don Aristeo.

Don Aristeo conoció pobre a Sánchez. Don Aristeo había emprendido la carrera eclesiástica; pero las leyes de Reforma aguaron sus proyectos santos, y se quedó sabiendo más de sacerdote que de seglar.

Con motivo de las leyes de Reforma, don Aristeo se dedicó al estudio de las grandes cuestiones que se suscitaron entonces, y aún se permitió dar a la prensa, aunque no con su nombre, algunos largos opúsculos combatiendo el matrimonio civil, la libertad de cultos, la independencia de la Iglesia y el Estado, y otros varios asuntos de no menos importancia.

Estos estudios le dieron cierto valimiento con el clero herido, y fue don Aristeo objeto de señaladas distinciones por parte de algunos doctos señores de la Iglesia católica.

Prestóse don Aristeo a administrar ciertos bienes ocultos de acuerdo con Sánchez, bienes sustraídos a la rapacidad de la ley de marras, y que aún permanecen ayudando al culto, aunque bien seguros ya de los famélicos adjudicatarios.

Don Aristeo, como se ve, profesaba ideas diametralmente opuestas a las de Sánchez: pero Sánchez era su compadre y le debía tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.

VII. Continúa el elenco de la familia de Sánchez

La hermana de Sánchez, doña Felipa, no había visto a su hermano en quince años, porque Sánchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó a la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era más fea que su hermano y a pesar de todo fue insuficiente esa segunda mano que había transformado a Sánchez.

Doña Felipa siguió siendo fea e inculta: pero al saber que venía a México, y como por otra parte había ya cobrado mucho cariño a Sánchez, se dejó civilizar por éste.

De manera que, a lo mucho que doña Felipa sabía en materia de retroceso y preocupaciones, se agregaba el conocimiento de todo lo que Sánchez le había enseñado, y resultaba una enciclopedia de barbaridades, sólo atesorables en una entidad anfibia como doña Felipa.

Doña Felipa en su calidad de fea de solemnidad, había apechugado rabiando con su estado honesto. Quedarse; he aquí un gregorito reservado por la suerte en la naturaleza, entre todas las hembras, sólo a la mujer.

La mujer es la única que se queda.

Estas que se quedan, en cambio nunca se quedan por cortas, y por medio de una lenta sucesión de desengaños, asumen su soberanía en la lengua; y hacen muy bien, al menos atendiendo al sistema de las compensaciones, porque el

mundo que nada perdona el muy pícaro, les llama a voz en cuello doncellas recalcitrantes y les prodiga otra porción de epítetos, no menos provocativos y venenosos.

Antes las feas se quedaban para vestir santos; pero ahora que no hay santos que vestir, se quedan para todo lo que se ofrece.

Doña Felipa se había quedado para alborotar, para discutir, para regañar, para burlarse de todo, para matarse lentamente con su propia bilis.

Tal era doña Felipa.

El pollo que se ponía la corbata, le llamaba a Sánchez su tío, y no sabía por qué, ni nosotros tampoco; pero como esto de los parentescos se pone cada día más intrincado, no nos atrevemos a sacar de rastro la consanguinidad del pollo con Sánchez; y a nuestra vez nos conformamos con que sea sobrino en uso o no de todos sus derechos.

El pollo se llamaba Julio, y era el que más pronto había recibido el tinte dorado de que hemos hablado. Julio era ya un pollo elegante. Por supuesto, era empleado, porque esto de las oficinas es el maná más propicio de la patria.

No sepa usted hacer nada, no tenga usted oficio ni beneficio, no tenga usted patrimonio ni porvenir, y estará usted sentenciado por el orden natural de las cosas a morirse de hambre; pero para estos casos tiene la madre patria el maná de los destinos públicos, y de sentenciado se convertirá usted en persona decente.

Julio tenía todo esto encima, quiere decir: su inutilidad, su ignorancia, su pobreza, su oscuridad y su insuficiencia; era, en fin, un legítimo desheredado de la suerte, del talento y de la instrucción; pero era sobrino de Sánchez.

El día en que averiguó este parentesco, se volvió loco de contento, y cifró en Sánchez todas sus esperanzas.

Como Sánchez era ya personaje que tenía amistad con los ministros, y con el presidente y con muchos hombres de pro, pudo sin dificultad colocar a su sobrino.

El sobrino colocado contempló con placer su propia transformación, y llegó para él el día glorioso de exhibirse por esas calles ataviado y pulcro y elegante como un príncipe heredero.

Aprendió a ser cócora de los títeres y a hacer el oso, a blasfemar y a ser lo más estúpidamente sentencioso que se conoce.

Éste era Julio, miembro constituyente de la familia de Sánchez.

La Chata formaba también parte del elenco, pero de volo, quiere decir, comía allí muchas veces, dormía otras o se trasladaba a la casa por temporadas.

La Chata tenía su historia y seguía siendo mocha, pero vergonzante.

Estando en el Colegio de las Vizcaínas, a donde la dejó Amalia, acertó a salir algunos años después para vivir con sus parientes.

La conoció un señor vestido de negro, y quién sabe por qué se acordó tanto la Chata de la conversación aquella que había tenido con Amalia respecto del casamiento de la muñeca Rosa.

Tanto se acordó la Chata de esta conversación, que el del vestido negro se lo conoció.

Naturalmente aquel señor no estaba desprovisto de curiosidad y empezó a hacerle preguntas a la Chata, hasta que le refrescó las especies.

La Chata entró en detalles, y como en el colegio, pasó de la muñeca a su persona; y una vez personalizada la cuestión se casó la Chata con el señor del vestido negro.

Ese día se acordó mucho la Chata de Amalia y de la muñeca.

No había acabado la luna de miel, cuando el del vestido negro hizo un viaje.

No volvió.

Por vía de codicilo supo la Chata un día que aquel señor de la luna de miel era casado.

Y la Chata se quedó en el aire.

Desde entonces no tuvo residencia fija: unas veces desaparecía por varios meses; otras no se veía otra cosa por todas partes más que a la Chata; unas veces vivía con unas amigas y otras con otras; la conocían en todos los cajones de ropa, donde también la conocían con el nombre de la Chata.

Entraba al Sol.

—Ahí está la Chata —decía un dependiente.

—Buenos días, Chata, ¡qué milagro!

—Ha de estar usted —contestaba la Chata—, que las muchachas N... van a la tamalada.

—¿A la de las R...?

—Sí, las convidaron los Bustos.

—¡Ah!, y...

—Van todas de blanco.

—Y usted, como siempre, va a disponer los trajes; bien, muy bien, ¡como tiene usted tan buen gusto...! Voy a enseñarle a

usted unas muselinas de la India que acabamos de recibir.

—¿Muy caras?

—No, criatura, qué caras, si son regaladas; llegaron antes de ayer y se están acabando, son riquísimas.

—A ver.

Ya otro dependiente había colocado sobre el mostrador los bultos.

—Vea usted qué tela, Chata, de esto no ha venido nunca a México; hecho el vestido queda primoroso; generalmente los hacen encañonados.

La Chata se decide por la muselina, hace sus cuentas, no le alcanza el dinero, da lo que lleva, le apuntan el déficit a su cuenta corriente y le regalan un retazo de gro, dos cajas vacías, un rollo de cintas y un abrigo de brin del tercio de las muselinas.

La Chata le da la mano a todos los dependientes, recoge tres o cuatro flores y carga con la encomienda.

La Chata era muy útil, iba a los bailes y bailaba bien; tenía en las uñas las historias íntimas de todas sus amigas que eran muchas; la convidaban al teatro y al paseo y tenía semanas en las que sus costumbres eran enteramente aristocráticas, porque se las pasaba en casa de las B... o de las H...; era muy inteligente en comprar, tenía buen gusto, leía *La Moda Elegante*, y sabía hacer todas esas curiosidades de manos, tan inútiles como costosas, y que son el gran asunto de las señoras ricas que no se han emancipado completamente de la aguja.

Tenía a la sazón la Chata el compromiso de ayudar a unas amigas a acabar una cartera de cuentas, con otras emprender un cojín bordado en caneová, con otra amiga bordar una gorra griega y con una novia unas pantuflas.

La Chata hacía muy buenos dulces y los hacía de encargo.

A la Chata se le podía encargar un platón de cocada, unos cubiletes de almendra, unas peras en pasta de almendra, unas quesadillas de Guatemala o cualquiera cuelga.

Llegaba la Chata a una casa y un momento después estaba rodeada de la familia.

—¿Qué se les ofrece, muchachas?

—Qué se nos ha de ofrecer, Chata de mi vida —dice una señora—, que el jueves es el día de San Ruperto.

—¿Y qué?

—¡Cómo qué! Chata de mis pecados, ¿ya no te acuerdas de mi padrino el señor canónigo de...?

—¡Ah!, sí, ya caigo, ¿y qué quieres que se haga en tan poco tiempo?

—Ésa es mi apuración, y luego que no es lo peor el tiempo, sino la bolsa.

—No me digas, si todo el mundo está...

—Pero en fin, aunque sea haciendo un sacrificio.

—¡Pero mujer!

—No hay remedio, toma mis alhajas y me haces favor de llevárselas a Pancho Cendejas, le dices que por un mes nada más y a ver lo más que le sacas.

—Bueno, ¿y qué piensas?

—Comprarle una alba, ya sabes que las hay lindísimas, y le haremos además a mi padrino un platón de huevos reales que le gustan mucho; yo quería regalarle su molienda de

chocolate como todos los años, pero se me vino el tiempo encima y ya no se puede, ¿qué dices?

—Pues voy corriendo.

—¡Ay!, Chata de mi vida, sacarás una alma del purgatorio, mira que estoy atribulada.

La Chata se va, compra, vuelve, dirige, corta, dispone, hace el dulce, se queda a dormir, la obsequian, la miman, sirve admirablemente y la quieren todos, porque es buena para todo.

Tiene además Sánchez en su casa, un pobre hombre que se llama Pizarro, que ocupa el lugar medio entre el criado y el amigo.

Pizarro ha sido soldado, pero sin haber pasado de carne de cañón; tiene once heridas y está ya casi inútil, vive con casi todos sus huesos rotos, y un resto de voluntad y de carne le ayudan a seguir cargando su esqueleto roto por este mundo.

Pizarro quiere mucho a Sánchez porque le salvó la vida; lo mandó curar el último día en que a Pizarro lo medio mataron.

Pizarro sanó, y no se volvió a separar de Sánchez. Todos los compañeros de Pizarro eran jefes, todos eran felices, todos eran personajes. Pizarro era una resurrección, un mueble roto; tenía tantas heridas en la cabeza que no tenía memoria y tartamudeaba; le faltaba una mandíbula y tres dedos; y el pobre Pizarro aún se afanaba rengueando y sonriendo por halagar a Sánchez.

Pizarro cuidaba las armas, porque Sánchez, aunque civil, era hombre de armas; pero no de armas tomar, sino armero.

Como había andado en la revolución tenía pistola de Colt reformada y carabina americana de catorce tiros y puñal.

Nada de esto le había servido nunca a Sánchez para nada,

porque no había matado ni moscas, ni había sido necesario tampoco; y había quien creyera que Sánchez no debía tener aquel arsenal.

Amalia se lo había dicho muchas veces. Pero a pesar de todas las observaciones, Sánchez había adoptado la costumbre americana de usar revólver.

Sin meternos en si la portación de armas es de caballeros, ni si los de la Edad Media se hubieran considerado incompletos, como leones sin garras y sin dientes, en caso de no ir siempre armados; sólo procuraremos saber por qué Sánchez no dejaba un momento la pistola.

Las armas las inventó el miedo, y una vez fabricadas las compraron el valor, el coraje, la venganza, el crimen, los celos, la ley y la Iglesia.

Todos estos son los marchantes de las armas.

A Sánchez le sucedió una cosa apenas hubo quien le diera los primeros gritos: tuvo miedo.

El primer sinsabor que Sánchez probó en política lo indujo a comprar pistola.

Sánchez con pistola, se creyó a sí mismo con más lógica; y lo creía de buena fe.

Hay insuficiencias que el hombre se empeña en llenar a toda costa.

El hombre hace daño a otro, y después de hacérselo lo primero en que piensa es en la pena del Talión.

La tal pena es inexorable y durilla, y se nos resiste a todos por la intuición que hay en todo ser racional, de las santas palabras:

«No hagas a otro lo que no quieras para ti».

Después de hacer el mal encontramos más fácil ceñirnos una pistola al cinto, que enderezar nuestros pasos.

El revólver no es precisamente la insignia de las conciencias puras.

Estamos muy lejos de negar al revólver su lugar en el camino de la industria fabril, ni sus patentes de invención y sus medallas honoríficas, ni lo rehusamos como producto notable de las artes mecánicas, ni como resultado de la civilización y del progreso, ni mucho menos dejaremos de confesar que somos muy felices desde que podemos matar a nuestros semejantes de seis en seis.

De esto a la quijada de burro con que Caín mató a su hermano, va mucha diferencia.

VIII. En el que se da a conocer a la jamona de «sangre pura»

La revolución en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolución nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar a conocer al lector nuevos personajes, que en relación y contacto con los ya conocidos hasta aquí, completan el número de los que nos han de dar hasta el fin la materia de que trataremos en este volumen.

Como la jamona es por ahora el objeto de nuestro estudio, comenzaremos por ella.

La jamona, según hemos dicho ya, tiene perfiles que se escapan, y presenta cambiantes tornasoles como algunas reacciones químicas.

En ese piélago de dudas y contradicciones que constituye el corazón de la mujer, hay, no obstante, fundamento para asegurar que determinadas causas producen casi con generalidad determinados efectos; y esta circunstancia nos anima a emprender la difícil tarea de señalar algunas, siquiera como aviso anticipado que pueda servir de farol para que no caigan en el precipicio algunas apreciables criaturas.

Vamos a hablar de la señora doña Encarnación N..., persona conocida con otro nombre convencional que la costumbre se

ha empeñado en que sea el mismo; quiere decir, a esta señora le llaman todos Chona o Chonita.

Chona es rica, bastante rica; no ha sabido jamás lo que es miseria, ni se la ha podido figurar hasta el momento en que tuvo que ver con una sociedad filantrópica que se llama La Conferencia.

Tiene Chona en la actualidad sus cuarenta y tres calendarios, y tal circunstancia constituye el primero y el más importante de sus secretos íntimos.

Chona es una mujer bien cuidada: la visita Lucio como médico de cabecera hace veinte años, y es tan formal la lucha que Chona ha emprendido desde entonces contra los estragos del tiempo, que se puede decir propiamente que no ha pasado día por ella.

Chona disfruta, además de todas las cualidades de su posición y su patrimonio, de las inmunidades propias a su condición y nacimiento.

Chona en su calidad de mujer de polendas ha sido una de las más encarnizadas enemigas de la Reforma, y sin transigir un solo momento con las ideas del progreso, se encastilla en sus preocupaciones y es implacable en sus odios, para los que encuentra siempre una sanción en su conciencia.

Nació oyendo hablar mal de nuestros gobiernos y de todas nuestras cosas: sus padres, descendientes por ambas líneas de los principales conquistadores, heredaron el odio de aquellos señores contra todas las cosas de México, que nunca vieron como su patria, sino como la colonia arrebatada a sus legítimos dueños por el desbordamiento de las ideas del 93; de manera que Chona, esclava de la tradición y con apego a todo lo viejo, había aprendido a conservar todos sus errores y a aborrecer a quienes no pensaran del mismo modo que ella.

Las ideas nuevas fueron siempre en la casa de Chona

consideradas como una verdadera nota infamante.

El portero de la casa era un viejo español mutilado, del regimiento de la reina, y se apellidaba Santos.

Las personas que visitaban la casa eran, casi sin excepción, todos los ricos que aún conservaban los pergaminos de sus ascendientes, y además las notabilidades eclesiásticas: si contraían algunas nuevas amistades, eran la de algún ministro extranjero o de algún español que por razón de sus asuntos mercantiles, estuviera ligado con el escritorio de la casa.

La familia tenía casa en Tlalpan, en San Ángel y en Tacubaya.

Chona no había sido la hija única: tenía dos hermanos que de muy niños habían sido enviados a educarse a Europa.

Chona, obligada a sentir y a vivir en cierto círculo, se había habituado desde niña más a aborrecer que a amar, porque incesantemente las conversaciones familiares rodaban, por lo general, sobre la antipatía profunda que inspiraban los hombres y las cosas de México.

A los catorce años supo Chona que la persona que le estaba destinada para marido, era uno de sus parientes educado en Europa, y que estaba próximo a llegar a México.

Chona no había amado a nadie, si se exceptúa una corta temporada en la que uno de sus primos tomó la costumbre de visitarla con frecuencia; pero constantemente vigilada, no llegó nunca a oír de boca del primo una declaración en forma.

Llegó por fin el pariente, su presunto esposo; y como venía rodeado de todo el brillo que un elegante de veintiocho años, e hijo de una familia rica, puede adquirir en París, a Chona no le fue antipático el novio, al grado de que, sin pensarlo siquiera, consintió en el enlace.

En aquel matrimonio se trabajó más en el escritorio que en la

iglesia, pues se trataba, sobre todo, de unir dos fortunas que juntas iban a formar en lo de adelante un capital de consideración.

Chona vivió tranquila, pero sin goces: educada en el refinamiento y el lujo, había acabado por habituarse a todas las comodidades que hacían su segunda naturaleza, sin apreciarlas en lo que valen y sin pensar que había nada más allá de aquella vida en que todo le salía tan bien y tan a medida de su deseo.

El marido de Chona había dejado en París todo lo que a los veintiocho años le quedaba de sentimentalismo y de fe; y gastado hasta la indiferencia, había aceptado su posición de marido y padre de familia, como el segundo periodo indispensable de la vida, en el que entraba por hacer lo que hacen todos.

A la sazón en que conocemos a Chona ha entrado ya a la edad de la mujer, tiene más de treinta años, periodo de tiempo que a pesar de la notable hermosura de Chona, ha podido imprimir a su fisonomía no sabemos qué gesto de desdén aristocrático, que la hace de cierta manera interesante.

El marido de Chona tiene un amigo, un amigo íntimo y compañero suyo en su vida parisiense; juntos hicieron allí la campaña contra su propio corazón, contra su resistencia y contra su fe.

Este joven se llamaba Salvador, era de Buenos Aires y pertenecía a una familia rica de comerciantes.

A Salvador lo habían mandado sus padres a París para que se educara, y Salvador sabía efectivamente a su llegada a México, todo lo que hacen los estudiantes: conocía prácticamente, y con intimidad, la vida del barrio latino, ciencia que le basta al hombre para no quedar en aptitud de necesitar aprender otra cosa.

El marido de Chona vivía en el escritorio donde entre los grandes libros de caja se engolfaba horas enteras, porque ya en este corazón marchito no había quedado más que ese último jugo amargo que se llama avaricia.

En cambio, Chona se fastidiaba soberanamente entre sus colgaduras, entre los tapices y los primores de sus habitaciones, y buscaba un entretenimiento en las labores de mano, en esas curiosidades en las que la mujer que las concluye no tiene siquiera el mérito de la invención; bordaba con cuentas de vidrio sobre terciopelo una cartera; pero todos los trabajos preliminares eran obra del bordador a quien le pagaba porque restirara el lienzo y pusiera la cartulina, de manera que Chona reducía su afán a ensartar cuentas para cubrir la labor.

Chona no había tenido hijos; circunstancia que había obligado a los médicos de la casa a tener largas conferencias con el marido, quien a su vez confesó con ese motivo el forzoso desencanto a que estaba reducido merced a sus prodigalidades parisienses.

Salvador, en su calidad de hombre acomodado, se había acostumbrado a vivir con esa triste facilidad del que no lucha para conseguirlo.

La lucha del trabajo, esta lucha que para algunos es una sentencia y hasta una maldición, encierra el tesoro de la esperanza, la perspectiva de un más allá que nos alienta, explotando nuestras facultades y empeñándonos en sacar de nosotros mismos ese material de guerra, doloroso si se quiere, pero con el que compramos un pan blanco y una cama donde se duerme bien.

Salvador desde niño no había aceptado un puesto en esa lucha perenne; no era obrero ni paladín de la esperanza, era simplemente consumidor, y el caudal de sus esfuerzos era nada más el depósito de esa suma de facultades para el goce

y para los placeres.

Salvador decía que había nacido para gozar, y gozaba; pero si bien lo averiguamos, no soñaba con la felicidad como soñamos nosotros, nunca había despertado con el deslumbramiento de una de esas dichas lejanas que se le acercan al pobre sólo en mirajes y en fantasías.

Salvador no tenía necesidad de poner a contribución sus deseos no realizados, sus esperanzas de mejoramiento, sus ensueños, sus imposibles, sus quimeras; todo esto era para él una música incomprensible porque todo lo tenía: era buen mozo, no carecía de talento y de gracia, y siendo muy rico, no necesitaba apurar su ingenio para procurarse comodidades.

Había sentido la saciedad antes que el hambre, y su espíritu repleto no esperaba ya en la vida ninguna transformación, no se alentaba con ningún estímulo, estaba muerto en el término de su viaje moral; en una palabra, un fisiólogo hubiera podido diagnosticar sin equivocarse esa terrible enfermedad moral que se llama *spleen*, no el abuso de esta palabra que no tiene embarazo hoy en aplicarse con risible prosopopeya hasta el miserable remendón, sino la legítima desolación inglesa que llega a hacer suicidas a los millonarios.

Salvador, pues, pasaba al lado de Chona las largas horas que su amigo pasaba en el escritorio.

—¿Qué tiene usted, Chona?

—Nada. ¿Y usted?

—¿Yo...? Nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de todo.

—Lo compadezco a usted.

—¿Por qué?

—Está usted muerto.

—Me hago digno del mundo, digno de la época, digno de la sociedad en que vivimos.

—¡Blasfemo!

—Vea usted, Chona, le hablo a usted con el corazón.

—¿Qué corazón?

—Me hace usted unas preguntas...

—Eso es porque le conozco.

—Creo que no.

—Mucho, Salvador.

—Deme usted una prueba.

—Ésta.

—¿Cuál?

—Dejarlo a usted pasar junto a mí cuatro horas diarias.

—Llámeme usted de una vez inofensivo.

—No quería decir la palabra, me parecía dura.

—Eso requiere una explicación.

—Estoy dispuesta a darla.

—Pero deje usted esas cuentas de vidrio, a las que tengo una aversión horrible.

—¿Por qué? ¡Pobres cuentas! Las dejo.

—¿Por qué me considera usted inofensivo, vamos a ver?

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Ah!, la cosa es seria; treinta y dos.

—¡Me da usted lástima! —dijo Chona después de un momento de contemplar a Salvador.

Salvador sintió, como el enfermo, que la sonda había llegado hasta el fondo de la herida y guardó silencio; pero un silencio terrible, porque Salvador sintió que algo muy amargo se había revuelto en el fondo de su alma.

Después de un largo rato dijo Salvador con una voz vacilante, y conmovido, contra su costumbre:

—Tiene usted mucho talento.

Otra vez se quedaron callados y sin verse.

—¿Y no tengo remedio? —preguntó Salvador.

—¡Ah...! —exclamó Chona moviendo la cabeza con ese gesto del médico que no tiene esperanza.

—Cúreme usted.

—¿Yo?

—O usted o nadie.

—¿Quién soy yo?

—Ahora me toca a mí. Usted es una mujer desgraciada.

—Entonces un enfermo no puede curar a otro.

—Sí, porque uno de los enfermos es médico, y el otro es simplemente enfermo. Usted, Chona, tiene todavía lo que yo ya perdí para siempre; usted no ha malgastado su caudal.

—Es lo mismo, porque mi caudal consiste en bienes de manos muertas.

—Yo seré la ley de 25 de junio.

—Gracias.

—Yo sé una cosa: que usted nunca ha amado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No sé cómo; pero conozco las flores que no se han abierto.

—¡Soy casada!

—No me haga usted reír.

—Le recuerdo lo que pretende usted olvidar.

—Al contrario; hablemos de usted como mujer casada; ¿no tiene usted inconveniente en ello?

—No; ¿por qué?

—Usted se casó sin amor.

—Cierto.

—Y no había amado antes.

—Cierto.

—Usted no ama todavía.

—Eso... eso no es cierto.

—¡Chona, cuidado con mentiritas!

—Entendámonos, amo a mi marido.

—Lo creo, ¡pero si viera usted cuántos peros hay que poner después de esa frase!

—¿Muchos?

—Sí, muchos.

—Me voy haciendo curiosa: empiece usted.

Salvador sacó su reloj.

—Son las once y media.

Chona se acercó a una mesita china que servía para soportar una magnífica licorera, que consistía en una caja de madera preciosa con incrustaciones; tocó un resorte y la caja se transformó.

—Me entristece usted, Chona.

—¿Por qué?

—Si le digo a usted lo que pienso ¿no se burlará usted de mí?

—¡Burlarme! ¡Salvador...!

—Pues bien, óigame usted: este detalle es una galantería por parte de usted, que aislada tiene un atractivo encantador.

—Pero...

—Pero me ha hecho una impresión distinta de la que debía producirme. No cabe duda en que me adivinó usted el pensamiento; mejor dicho, eso es lo que yo iba a pensar y usted pensó por mí; pero en seguida me ha sucedido una cosa muy rara.

—¿Qué?

—Si se riera usted de mí por lo que voy a decirle, me lastimaría mucho.

—No me reiré, voy a estar formal.

—Pues bien, me ha dado vergüenza beber delante de usted. Chona se quedó pensando.

—No me reiré, ¿pero me será permitido sorprenderme?

—Sí, sorpréndase usted como yo: sorprendámonos.

—Insisto en que me voy volviendo curiosa: explíquese usted.

—Las licoreras, las copas, las botellas, los buffet son las hojas secas de mi historia; del fondo de las copas de cristal han brotado mis tristezas y mis alegrías; todo ese aparato del placer opulento es un teatro de día que me hiela la sangre. París me sigue por todas partes como una novia que estuviera yo obligado a cargar por todas partes asida de mi cuello; París me mató, Chona, y no puedo aborrecer ni su esqueleto, ni su sombra; no quiero volver y lo extraño; no quiero acordarme de él, y todo me lo recuerda; estoy enamorado, contra mi voluntad, de mi verdugo.

—Acabo de ver a París dentro de esa licorera, y al abrirse me ha parecido que usted también veía lo que yo en esas copas y en esos frascos... voy a cerrarla y... no he de beber delante de usted, Chona.

Salvador cerró la licorera.

IX. Patología interna

Vuelto a su estado normal aquel aparato, dentro del cual había leído Salvador tan negras leyendas, anudó el hilo de su discurso.

—Usted me ha dicho que ama a Carlos.

Carlos se llamaba el marido de Chona.

—Sí.

—Voy a probarle a usted que eso es imposible.

—Veremos.

—Carlos no tiene ya corazón.

—Pero sí yo.

—No creo en esos amores nones, Chona: sin reciprocidad no hay amor.

—Ésa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocación y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca, ni ama todavía, pero amaré.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó... por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted más que la apariencia sin modificación moral: su corazón de usted no ha tenido ni primavera ni estío: ríndase usted a la evidencia.

—¿Y eso también lo aprendió usted en París?

—Sí, Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto a la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razón?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre...

—Salvador... —repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver a Salvador y en seguida agregó—: Debía usted llamarse náufrago.

—Y usted tabla.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! —murmuró Chona—. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me había ocurrido y que usted me inspira; enmendarme! Quiere decir, corregirme, regularizarme: tácheme usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayúdeme usted a hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego a usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entrerrenglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! Empiezo a presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es más que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creído que no hay más libro que la mujer.

—Por eso está usted enfermo del alma, la mujer es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no a los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna mujer me había enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una mujer de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta virgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: ésa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo...?

—Usted no tiene remedio.

Carlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Carlos.

Carlos atravesó la sala para entrar a la pieza inmediata, fijó la atención en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola...

—Adiós, Carlos —dijo Salvador.

Y Carlos desapareció. Traía unas libranzas en la mano.

Apareció a poco rato y dijo a Salvador:

—¿Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

—¿Mañana?

—No, esta tarde.

—¿Hoy es martes?

—Sí.

—Yo no voy.

—¡Hombre!

—Vayan ustedes.

—¿Tienes qué hacer?

—Mucho.

—Iremos todos —agregó Chona—, te esperaremos.

—No; vayan ustedes: no voy.

Y Carlos salió de la sala.

—Este Carlos se hace más inglés cada día —dijo Salvador—, y acaso será el primer momento en que se ven marido y mujer en todo el día.

—Justamente.

—Lo dicho, ¡pobre de usted!

—Tenga usted presente que yo no me he lamentado.

—No. porque hay enfermos que saben sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no esperar la muerte en nuestra calidad de enfermos habituales; sanemos para morir después.

Efectivamente, Salvador hablaba con sinceridad, deseaba curarse, y sólo este síntoma era una regeneración.

En Chona se estaba operando también una transformación.

Cuando en la historia de su vida moral no leía más que esta palabra: *indiferencia* se entristecía de su pasado, pero porque presentía una regeneración.

Chona debía presentir un abismo ante cualquiera idea de regeneración moral, pero no pensaba en el crimen: llevar hasta allá sus ideas hubiera sido el colmo de la malicia.

A esa puerta nunca toca el amor sino después de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese día sola en su dormitorio, contó con todos los ángeles de la fantasía, menos con el del sueño; fue el primero que huyó.

Ese ángel es el que precede en su huida al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenía una magnífica fotografía de Salvador, hecha en París.

Le ocurrió ver esa fotografía.

«¡Quién lo había de creer! Cualquiera mujer que vea este retrato, cree que éste es un hombre lleno de fe, de amor, de entusiasmo, de poesía y... y no hay nada, ya es un cadáver.

»¡Hubiera yo visto a Salvador en París, lo hubiera yo podido seguir a todas partes para espiar sus acciones!

»¡Cuántas cosas habrá pasado! ¡Qué feliz habrá sido! ¡Cuántas mujeres lo habrán amado! Y cuando el sueño se haya apoderado de él, ¡cuán fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo...!

»La saciedad.

»He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿De qué? Por qué saciarse, cansará el amor, ¿el amor tendrá fin?

»¿Si Salvador será nada más un cómico?

»De todos modos, le queda algo más que a mi marido. ¡Cuánto me ha hecho llorar Carlos...!; pero todavía no lo sabe, él cree que jamás he derramado una lágrima... ya se ve, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

»En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

»¡Qué abismos, qué oscuridades se encierran en cada corazón!

»Yo no sé qué atracción irresistible me induce a averiguar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese París que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias e ilusiones y todo».

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos a la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situación idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos a describir.

Salvador estaba a la sazón en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

«No tiene esta mujer nada de *chic parisien*, pero

decididamente hay un tesoro en su corazón.

»Cuando se acostumbra uno a ver flores artificiales y a aspirar aromas de Pivet o de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmín, con un verdadero jazmín y goza con su aroma.

»A mí me ha sucedido estar embadurnado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo a mis órdenes además un frasquito de extracto de a 25 francos, que valía por todo un jardín; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

»Me acuerdo que Carlos me llamó estúpido, se rio de mí a reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aún percibía el de la flor.

»Chona es el heliotropo, París el pomo de 25 francos. ¡Qué falta me hace un novelista! Si estuviera yo en París, le preguntaría a M. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneración moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, después de haber vivido diez años en París.

»En fin, veremos. Yo noto en Chona... y a todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnación es peor; no, no es peor; yo he oído decir: la encarnación de un ángel, de un sueño, de un deseo.

»¡Si me volveré poeta a la vejez; si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavía en pañales en estas materias, a pesar de París!

»¡Ah! —agregó Salvador suspirando profundamente—: ¡Es imposible!

»¡Después de las locuras...! ¡De aquellas encantadoras locuras de mi baronesa...! ¡Oh, qué baronesa, todo fue para ella...

todo...! En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! —agregó con enfado—, ¡Chona...! No basta... no alcanza... no puede... no sabe... ¡pobre Chona!».

Salvador había pedido té a su criado, y en este momento se lo servía.

Salvador hizo una seña a su criado, y éste sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírvenme *kirsch*.

El criado obedeció.

Salvador estaba acostumbrado a no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solía estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró había un zapato de mujer, un zapato parisiense de raso color rosa pálido; aquel zapato perteneció a la baronesa, lo sabía el criado y sabía también que dentro de aquel zapato había de poner la cerillera.

El criado podía también hojear en ausencia de Salvador el álbum secreto de su amo.

Era un álbum en folio, tenía sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

Aquel álbum era horriblemente curioso.

Todo lo sabía el criado de Salvador; pero éste, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografía de Chona; hizo más, la guardó mientras su criado le servía.

Estaban, pues, ya frente a frente dos corazones que latían bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro virgen.

El de Salvador, una caja vacía.

X. Una vieja chocolatera

Sánchez es una verdadera presea para el interés creciente de nuestro relato: le sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sánchez no tenía sólo una casa, tenía dos; pero tal lujo de domicilios había permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenía una amiga y amiga de la tía Anita. Era la tal otra vieja chocolatera que se alternaba en chocolates y habladurías con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Ceferina, tenía un hermano clérigo que la mantenía, y doña Ceferina no vivía, hacía muchos años, sino para procurar la salvación de su alma; obra por demás erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Ceferina, estaban allanadas completamente.

Veamos su sistema.

Doña Ceferina madrugaba y oía la primera misa que se decía en la iglesia de su barrio; volvía a su casa a desayunarse, y en seguida emprendía el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular: allí oía la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traía entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de algunas de sus amigas, a quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvía a su casa a comer, dormía siesta y se levantaba para ir a tomar el chocolate a alguna visita: los lunes con las

monjas, martes con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, jueves con una amiga, viernes en la casa de Sánchez; el sábado tenía mucho qué hacer y el domingo se quedaba a comer en alguna parte, y el lunes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedía concurrir al depósito, al sermón, a los desagravios o a la novena solemne en alguna iglesia.

Lo único que cambiaba la monotonía de su vida, era el ir por una amiga o amigas a su casa para ir en su compañía a la iglesia.

Doña Ceferina tenía la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada día de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba a dormir, porque no había quien la llevara a su casa de noche.

A doña Ceferina nunca le faltaba qué hablar, tenía materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oía en otra, circulando las noticias de las funciones religiosas, y describiendo las fiestas de familia a que concurría.

Sabía de memoria el calendario; y más exacta que las interesadas, avisaba con anticipación en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de éste es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes a doña Anastasita la Ortiz y a mi señor don Francisco el licenciado, a quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya a pasar.

Un viernes entró doña Ceferina a la casa de Sánchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿Cómo están todos por acá? ¿Cómo está el señor Sánchez y Amalia y la Chata? ¿Cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, a Dios gracias.

—¿Y don Aristeo?

—Bien.

—¿Conque todos buenos? ¡Cuánto me alegro! De santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados, acabo de venir de la casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tosferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido a encontrar con un constipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé a dónde vamos a parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zas, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¡cómo ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé qué plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡Todo!, ¡todo! ¡Porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos también! ¡Asombra ver en ese montepío los primores que llevan! ¡Y qué alhajas!, ¡qué cortes!, ¡qué tápalos chinos! ¡Todo de gente que tiene! ¡Conque figúrate cómo estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vida! ¡Pero cómo ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima. ¿Conque...?

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡Qué me cuentas! ¿Conque ha habido de todo? Yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada; pero ve uno

unas cosas que con razón; ¡ya se ve! Es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo a la tierra, no hay nada oculto, y el día que uno menos lo piensa, ¡adiós!, se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo vi; si te digo, mi alma, que estoy aburrida; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! Le cuentan a uno y no hay remedio; ¿yo?, ¿pues cuándo sabía nada de lo de acá? Estaba muy quitada de la pena cuando me dice una señora que oye misa conmigo:

»—¿Usted visita la casa de Sánchez?

»—¡Cómo no, mi alma —le dije—; si Felipita es íntima amiga mía!

»—Y la pobre Amalia, ¿no sabe nada todavía?

»—¿De qué?

»—¡Cómo de qué! De la mujer esa que dicen que tiene el señor Sánchez, y que es la causa de tantos disgustos».

—¡Conque eso te dijeron! —exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira qué gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto a lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo...

—¡Ah!, pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra mujer, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiría mucho que fuera cierto pero has de saber que yo ya tenía mis antecedentes.

—¿Tú, tú también? ¿Luego lo crees? Ya lo ve usted, tía Anita, ¡oh!, si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes

tienen una lengua, que yo no sé a dónde vendremos a parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas...

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quién te lo dijo o me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que averigüe, porque sería mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas tanto! Y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas a morir de un derrame de bilis; ¡Dios me libre! Yo también me moriría de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber a qué atenerse.

—¿Pero me ofreces...?

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sánchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quién vive allí. Ahora, en cuanto a que el señor Sánchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré más: conozco a la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extranjera?

—¿Qué extranjera?

—¡Vaya!, mi alma, la de los rizos.

—¿Ésa?

—Ésa.

—¿Y qué?

—Ésa es la que vive allí, por cuenta del señor Sánchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras qué vestidos de seda y qué castañas y qué tren; ¡vaya!, sobre que pasa por su mujer en la vecindad.

—¡Me dejas de una pieza! Conque quiere decir que tú sabes.

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan a uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si es cierto es necesario ver cómo se remedia.

A la sazón que esto pasaba en la asistencia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sánchez.

—¿Y usted qué quiere? —preguntó Sánchez a un hombre que

lo había estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo —dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico.

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente más molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho días de estar viniendo.

—¿Y eso qué me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico a usted que me pague ahora, o que me cite usted para día fijo.

—¡Quite usted allá con su día fijo! ¿Cuánto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.

—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana. A ver, Pizarro —agregó gritando—, no me deje usted subir a estos ociosos y el que venga a cobrar, que no hay dinero, que sólo pago los días primero de cada mes; ya es preciso cortar este desorden.

»A mí me van a arruinar en este México; recibitos a todas horas, ¡habráse visto! No parece sino que no tiene uno el

dinero más que para tirarlo en lo primero que se le antoja; irecibitos a mí!».

—¿Qué le ha sucedido a usted, compadre? —le preguntó don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente más molesta que estos cobradores de periódicos; no hay día en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece a usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos a aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted a salir con sus rancias, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco a la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! —exclamó Sánchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos a ver, compadre, sea usted de la pelea pasada o no, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusión nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece a usted que debo hacer?

—¿Cuánto tiene usted, compadre?

—Pues... qué sé yo... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga 500 pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿Y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo ve, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada día las cosas se complican de una manera, que yo no sé a dónde iremos a parar.

—Y... ¿cuánto gasta usted, compadre?

—Huum... eso sí no se lo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? Hay lores que gastan medio millón.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted más; mucho más.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! Cómo había de gastar Amalia lo que gasta mi chica.

—¿Quién? —preguntó don Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿Pues qué no sabía usted, compadre? ¡Vamos! Pues ahora si veo que está usted en babia, me parecía que le había contado a usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted a Manuel? Mandó traer una cocota.

—¿Una qué?

—Cocota, compadre, ¿no sabe usted lo que es cocota?

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y después de seis meses me dijo un día echando albuces: «Oye, Sánchez, siempre he pensado volverme a Francia; ¿cuánto me das para mi cocota?».

—¡Jesús, María y José! ¡Qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre —le dije a Manuel—, ¿ella qué es lo que necesita?

»—Con 300 pesos cada mes se conforma; la tienes dos o tres meses y después se la pasas a algún amigo.

»—Negocio arreglado —le dije, y me quedé con la cocota».

—¡Pero, compadre! —exclamó don Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó a cenar una noche para el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo más original... «Ketty —le dije a la cocota—, aquí tienes a Sánchez, íntimo amigo mío, etcétera, etcétera», y me hizo la entrega. Al día siguiente me estrené pagando una cuenta a la modista, y según las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos

billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se había cogido la cabeza con ambas manos y permanecía aturdido.

—¿Y no sería lícito —dijo de repente don Aristeo— ministrar a esa señora unas píldoras de estricnina como a los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿Pero por qué?

—Porque es un animal muy caro: ¡300 pesos cada mes por una...! ¿Qué?

—Cocota, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa cocota?

—¡Que es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

—¡Si viera usted qué buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah!, qué quiere usted, compadre, éstos son los usos europeos, y en su calidad de cocota tiene que...

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! ¡Si esto no se ha visto ni en Gomorra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados, de eso hace tantos años... hoy la mujer se explota de distinta manera; ¡qué quiere usted, la civilización!

—Sí, compadre, la mujer ha llegado a ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer a esa cocota. ¿Cocota se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las Pandectas, es nombre nuevo.

—Es nombre francés; en París se dan las cocotas, y ya lo ve usted, se dejan importar.

—¡Ya lo creo, un mueble de éstos! ¡Y luego tan caro!

—¡Ah!, pero es una criatura angelical; ¡si viera usted qué alma, compadre!

—¡Por vida de usted, compadre, que no me vuelva usted a hablar de sus prendas morales, porque me va usted a volver loco! ¿Cómo puede haber sentimientos nobles en un corazón tan corrompido?

—Sobre que le digo a usted que es un ángel.

—¡Vamos!, yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razón, compadre, será un ángel; pero déjelo usted que se vuele.

XI. Sánchez soñando con los grandes negocios

La asistencia de Sánchez se venía abajo a la sazón; las dos viejas y doña Felipa habían entrado en pleno congreso y se debatía con acaloramiento la cuestión de si las noticias de doña Ceferina eran puras invenciones de las gentes o si tenían algún fundamento.

No tardó don Aristeo en formar parte de aquella diputación permanente, y doña Felipa, que era la más interesada en saber la verdad, dijo a don Aristeo:

—¡Qué dice usted lo que se cuenta, señor don Aristeo de mi alma! Vea usted que estoy en una verdadera tribulación.

—¿Qué se cuenta, doña Felipa?

—Nada: las gentes; ya conoce usted a las gentes, han dado y tomado en que mi hermano, mi honrado hermano, tiene... tiene su quebradero de cabeza; como si el pobrecito estuviera para esas cosas, tan ocupado siempre en su oficina y en todas las cosas de palacio y de la política; ¡vaya usted a ver, señor don Aristeo de mi alma, si eso será posible! Pero tanto lo dicen que ya sabe usted: cuando el río suena... yo no lo creo, por supuesto, y Dios me libre de hacer suposiciones; pero ya una persona me dice que se dice, ya otra que lo ha visto, ya, en fin, no falta quien diga que conoce a la chica, y yo entretanto no sé a qué atenerme.

»Lo único que sé decir es que al pobrecito de mi hermano no se le conoce inquietud, y luego, como trata tan bien a la Amalia y le da tanto gusto, se le resiste a uno creer ciertas cosas».

Don Aristeo fijaba sus miradas alternativamente en doña Anita y en doña Ceferina, y a pesar de estarlo viendo no acababa de convencerse de que todo aquello que estaba diciendo doña Felipa lo sabían las viejas.

—Pero... ¿estas señoras saben?

—¡Ay, mi señor don Aristeo! ¿Y quién no lo sabe en México? Si de lo que debía usted sorprenderse es de que no lo sepa Felipita tan bien como nosotras; si eso es público y notorio; conque es buena que se ha llegado a decir que Amalia lo sabe y se hace sorda, porque así le conviene.

—¿Y usted la conoce, doña Ceferina?

—Nada más dos veces la he visto: una yendo yo al Colegio de Niñas a ver a mi padre confesor, y otra en el atrio de catedral.

—¿Y qué tal?

—La verdad, como quiero tanto a la pobre de Amalia, me pareció así, así... le diré a usted, mi señor don Aristeo, ella no es fea quiere decir, no se ve fea porque como ahora se pintan tanto las mujeres no se puede juzgar; sí tiene buenas facciones, buenos ojos, buena boca, y un pelo que, a ser suyo, le aseguro a usted que es hermosísimo; yo creo que es americana, por lo menos así lo he oído decir: la americana por aquí, la americana por allá... eso sí, en cuanto a lujo, no se diga: ¡si parece una reina!

»—¿Quién es ésa? —le pregunté a una señora muy buena, que va todos los martes al Colegio de Niñas.

»—¡Quién ha de ser!, la americana —me contestó.

»—¿Qué americana?

»—La que tiene el señor Sánchez.

»—¿Conque la tiene?

»—¡Vaya mi alma! ¡Qué atrasada está usted de noticias!

»—¿Pero de cuál Sánchez habla usted?

»—¡Cómo de cuál! Del marido de Amalia, de su amigote de usted, porque yo sé que va usted a la casa.

»—Entonces le dije que yo no era precisamente amiga del señor Sánchez, que la amistad era con Felipita, y quedamos en eso».

—Conque ya lo ve usted, señor don Aristeo —dijo Felipita—, con esos datos ya podrá usted figurarse que cuando menos, la hacen a uno dudar.

La Chata, que sabía mejor que todos estos asuntos, había pasado varias veces por la pieza en que se discutían, y se había enterado a su vez de que se estaba preparando una borrasca.

Entre tanto Amalia seguía recibiendo en el saloncito a Ricardo, quien había llegado a convertirse en visita cotidiana; y por supuesto, la intimidad entre estas dos personas, entre quienes había ya tantos motivos de simpatía, subía de punto.

Sánchez, por su parte, estaba muy ajeno de que sus asuntos estuvieran a discusión, y no pensaba más que en la manera de aumentar sus rentas, a fin de poder subvenir a las necesidades que se había impuesto.

Sánchez había entrado por primera vez a desempeñar el papel de rico, y le había sucedido lo que a todos los ricos nuevos: no le alcanzaba.

Una vez en posesión de ciertos recursos que, con mucho, superaban a los de su haber común, Sánchez perdió los estribos en materia de egresos, al grado de que una

escrupulosa liquidación le hubiera puesto de manifiesto esta terrible verdad: —No tengo nada.

Pero Sánchez se había afiliado ya entre las gentes de cierta importancia; había contraído cierto género de amistades de ventajosa posición social, y ya no le era posible retroceder.

Introducir economías, rehusar ciertos convites, no corresponder a ciertos obsequios, hubiera sido salir en vergonzosa derrota del círculo social a que había logrado penetrar ayudado de la fortuna.

Era todavía tiempo de introducir el orden, y el orden bastaría para restablecer el equilibrio; pero el diablo de la vanidad se pronunciaba abiertamente contra cualquiera modificación, y Sánchez, veía venir, y no muy lentamente, su mina, sin poderla evitar, sin tener valor suficiente para cortar el mal.

Era el mes de diciembre, y la nota de los vencimientos de este mes fatal hablaba de una manera elocuente contra la tranquilidad de Sánchez.

El funesto renglón de la cocota había acabado de desnivelar el presupuesto: aquellos 300 pesos pagados con una escrupulosidad de lord, habían minado hasta los cimientos la fortuna de Sánchez.

Había recibido ya de un agiotista, seis quincenas adelantadas de sus sueldos, y una de sus casas estaba gravada en cantidad que debía pagar en diciembre.

Habíale aconsejado a Sánchez un amigo suyo que cultivara la amistad de cierto personaje, con la mira de llegar a merecer su atención y sus favores.

Este personaje era Carlos el marido de Chona, con quien Sánchez mantenía hasta entonces una amistad ceremoniosa y aparente; pero cierta mañana, hablándose en el almacén de Carlos de cierto negocio con el gobierno, no faltó quien opinara que antes de promoverlo oficialmente, se contara

con algún empleado que personalmente interesado en servir a la casa, fuera el medio para conseguir el resultado que se deseaba, y allí se habló de Sánchez, como la persona más a propósito.

Acto continuo Carlos envió a Sánchez una esquila invitándole a tomar el té en la noche.

Ya se deja entender que Sánchez recibió aquella esquila con placer, con un placer que le recordó la escena de las cartas de la Gran Duquesa, y si no cantó, porque Sánchez no sabía cantar, sí repitió muchas veces para su coleteo:

¡Oh carta adorada,
me hiciste feliz,
yo te besaré
mil veces y mil!

Se vistió a la oración, y puntual como un inglés estuvo en casa de Carlos a las ocho y media de la noche, no sin permitirse el lujo de alquilar una berlina con frisonas que hicieran un poco de ruido a su llegada a la casa.

Sánchez, fue recibido con exquisita atención, no sólo por Carlos sino por los empleados del almacén, que sabían que al obsequiar a Sánchez, se adherían a las miras del principal y cooperaban al buen éxito de los negocios de la casa.

Sánchez que era muy patriota, estaba creyendo que hacía un verdadero sacrificio en pisar aquella casa, por ser de mochos; pero ya se había prevenido para poder dar sus excusas a los amigos que pudieran por acaso afearle este proceder.

El salón de la casa de Carlos estaba profusamente iluminado y abierta la tapa de un magnífico piano de cola americano.

Carlos había mandado llevar algunos profesores de la orquesta de la ópera y había invitado a algunas notabilidades filarmónicas a fin de amenizar la reunión con piezas selectas

de música.

Había en el salón hasta doce señoras, y el resto de los asientos lo ocupaban mayor número de caballeros, en la generalidad personas de distinción.

Los señores profesores don Tomás León y don Pedro Mellet ocuparon el piano y tocaron admirablemente la gran obertura de Guillermo Tell, la que, a pesar de la gravedad y circunspección que reinaba entre los concurrentes y de esa reserva severa que se nota al principio de una reunión, arrancó una salva de aplausos que fue ya el principio de la animación y de la cordialidad.

Efectivamente, esa gran pieza musical ejecutada por tan notables profesores y en aquel piano, nada dejaría que desear a los más severos maestros.

—¡Qué hermosa obertura! —dijo Chona a Sánchez que estaba a su lado.

—Sí, sí señora, es hermosísima, y sobre todo itan bien ejecutada!

Esto lo dijo Sánchez porque creyó que debía decirlo, pero sin conciencia; porque en materia de música, Sánchez no había tenido tiempo de educarse el gusto, ocupado como había estado siempre en servir a la madre patria.

Cuando Sánchez se vio rodeado de atenciones de todo género, y haciendo en aquella selecta reunión un papel que ni él mismo se esperaba, tuvo uno de esos momentos de deslumbramiento y de ilusión que comunicó a su ánimo más expansión y a sus ademanes más desenvoltura; se atrevió a hablar de música dando a sus palabras cierto tono magistral.

Las frases de Sánchez eran recogidas con marcadas muestras de benevolencia, especialmente por parte de los dependientes de la casa.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Salvador a Chona con aire de príncipe.

—Es Sánchez —contestó Chona.

—¿Qué Sánchez? —insistió Salvador.

—Yo no sé: es una persona nueva, es amigo de Carlos.

—¿Hablan ustedes del señor Sánchez? —dijo un joven elegante—; yo también acabo de pedir informes.

—¿Y quién es? —preguntó Chona.

—Es un puro, es uno de estos liberales... ya ustedes me entienden; no hay más que verlo metido en el frac, para comprender de qué clase de pájaro se trata.

—¡Ah!, ¿conque es liberal? —preguntó Chona.

—Sí, es de estos hombres nuevos, ya saben ustedes; hombres elevados por la revolución.

—¡Ay Dios mío, qué horror! —exclamó Chona—, ¡cuántas muertes deberá este... santo varón!

—Vea usted, Chona —dijo el elegante—, en cuanto a muertes no me parece que tenga mucho que decirse, pero en cuanto a otras cosas...

—¿Y qué cosa es? —preguntó Salvador.

—Empleado del gobierno; parece que tiene un buen empleo.

—De todos modos —dijo Chona—, mi marido hace mal en presentarnos gentes de esa clase, ¿porque a dónde vamos a parar? Tras de éste vendrán otros.

—¡Y Dios nos asista, Chona! Porque su casa de usted se convertiría en una de tantas.

—Y hasta ahora —agregó Chona—, ya lo ven ustedes, nos hemos visto libres de esa plaga; yo no puedo ver a los héroes de hoy; a mí me llaman retrógrada, y mocha, y qué sé yo cuántas cosas más, pero yo no transijo; esa igualdad tan mentada no la paso, porque los de abajo son los que la proclaman para ser iguales a los de arriba.

—Lo que no puedo comprender es cómo Carlos, que ha sido el primero siempre en manifestarse intransigente, acoge esta noche a ese señor con una afabilidad, de que estoy verdaderamente pasmado.

—¡Vaya! —agregó Chona—, al grado de que yo acabo de llevar un gran chasco: al ver que mi marido lo trata tan bien, ¿creerán ustedes que me he permitido dirigirle la palabra?

—Era natural —dijo el elegante.

Carlos había tenido tiempo ya de notar que Chona, Salvador y aquel otro personaje hablaban con cierta reserva y acaloramamiento, y pensó desde luego que Chona era muy capaz de contrariar sus planes, de manera que tomando a Sánchez familiarmente por el brazo, lo llevó hacia donde estaba Chona.

—Estaba cometiendo una falta, aunque involuntaria —dijo Carlos a su mujer—, se me había olvidado presentarte a este caballero, al señor Sánchez, persona muy recomendable y amigo de toda mi consideración.

En la manera de hacer la presentación, conoció Chona que su marido tenía en ello algún interés particular, y Chona a su vez hizo un esfuerzo para dirigir un cumplimento a Sánchez, quien con esta nueva distinción acabó de perder la cabeza.

Se empeñó en ser lo más cortés y galante con Chona, quien, en medio de Salvador y del elegante, recibió heroicamente la andanada de barbaridades que Sánchez decía, seguro, por otra parte, de estar desempeñando admirablemente su papel de cortesano.

—Tengo la mayor satisfacción, señora, en haber tenido el gusto... de... el gusto de ofrecer a usted mis escasos servicios. Yo, señora... no soy de México, y nosotros los de fuera somos así... pues... no estamos al tanto de la etiqueta y de ciertas cosas; pero en cambio tenemos el corazón en las manos.

—Sí, señor —contestó Chona—, la ingenuidad es una virtud rara y...

—Porque vea usted, señorita, yo soy un hombre del pueblo, soy hijo del pueblo y todo se lo debo al pueblo; soy liberal, pero por lo mismo respeto la opinión de los demás para que así respeten la mía; ¿no le parece a usted señorita?

—Efectivamente.

—Porque uno es que sea uno liberal, pero liberal de orden, y otro es que lo confundan a uno con la gentuza; no, señorita, yo soy liberal de orden, como creo que lo será el señor, y el señor, y todos, porque ¿quién no es liberal, quiere decir, quién no ama esa deidad...?

Al llegar aquí le pareció a Sánchez que se iba elevando mucho, y como el papel que en aquel momento se había propuesto representar era el de un hombre sencillo y franco y sobre todo atento y apreciable, cambió de rumbo su discurso y continuó:

—Es cierto que entre los hombres de mi partido ha habido de todo; pero ¿qué quieren ustedes? Las revoluciones no se hacen precisamente contando con las clases privilegiadas, y no se puede evitar que ingresen a las filas hombres que deshonran la causa y hacen que por unos pierdan todos.

Afortunadamente para Chona, se sentaba al piano una señorita discípula del maestro Melesio Morales, y ejecutaba la preciosa composición imitativa del mismo maestro titulada: «Un sueño en el mar».

Sánchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fue a sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.

XII. Continúa Sánchez en el camino de su engrandecimiento

Después de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituían un cuarteto musical, la concurrencia fue invitada a pasar al comedor.

Sánchez, que, a imitación de los demás, había ofrecido el brazo a una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el más minucioso cuidado, aunque con disimulo, acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocación, con objeto de tomar nota y aprender ciertos detalles, supuesto que se le presentaba la ocasión de estudiar este punto en una casa de la que Sánchez tenía el más elevado concepto, reputándola como un modelo de buen gusto y elegancia.

El comedor estaba profusamente iluminado por medio de un candil con quinqués, con dos hermosos candelabros de doce luces que estaban colocados sobre la mesa entre dos magníficos jarrones de porcelana que sostenían grandes espejos esféricos; había además encendidos cuatro candelabros o albortantes de pared de siete luces cada uno.

Todo el servicio era de reluciente Cristofle; había hermosos ramilletes colocados en graciosos jarrones, y sobre cada servilleta una tarjeta con el nombre de la persona que debía ocupar el asiento respectivo.

Sánchez ocupó su asiento, y lo primero que llamó su atención fue la manera con que estaban dobladas las servilletas: le pareció muy ingeniosa y se propuso hacer un ensayo con un pliego de papel tan luego como pudiera hacerlo, pues ya le

había pasado por las mentes corresponder a Carlos su fina invitación.

Sánchez, colocado entre dos señoras, comprendió que tenía necesidad de no perder movimiento a sus vecinos, para hacer exactamente lo que ellos hicieran en materia de obsequiar debidamente a sus adláteres.

Preocupado con esta idea, se convirtió en autómatas imitador de su vecino de enfrente.

—¿Le sirvo a usted de esto? —decía éste.

—¿Le sirvo a usted de esto? —repetía Sánchez.

—Ofrezco a usted, señorita, un poco de esta jaletina, que me parece la más exquisita.

—Ofrezco a usted, señorita, etcétera —repetía Sánchez, quien al servir unos pastelitos, no acertó a tomarlos en equilibrio con el cuchillo y los tiró dos veces.

Aunque una de las cosas que había aprendido Sánchez desde que enriqueció, era a beber, le pareció que en aquella vez debía estar sobrio y bebió menos de lo que hubiera podido sin parecer mal.

Sánchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis, porque en esta materia se creía fuerte, supuesto que en el Tívoli había hecho tan repetidos ensayos, que por otra parte, le habían valido la reputación de exaltado patriota.

La conversación que había empezado con Chona, le hacía pensar en que era preciso al brindar hacerlo de manera de no herir las creencias de aquella familia y a la vez explicar que él, siendo liberal y todo, bien podía ocupar un lugar entre aquellas personas tan aristocráticas.

Efectivamente, Carlos fue el primero que dijo algunas palabras, dando las gracias a sus apreciables convidados.

Este brindis fue contestado por dos de los concurrentes sucesivamente, y entonces fue cuando Sánchez se paró, indicando con su copa en la mano que iba a hablar.

Reinó el silencio.

—¡Señores! —dijo—: he tenido el honor de ser invitado a esta distinguida fiesta de familia, en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar a las personas de distinción que me escuchan, que mis deseos, que los deseos más ardientes de mi corazón...

Sánchez, que había tropezado en este momento con la mirada de un señor sintió que se le había ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba a decir, pero continuó:

—Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende... esencialmente de... de la unión, de la unión sincera sin distinción... de colores políticos y sin pasión, sin prevención, y del respeto debido a la opinión...

Sánchez notó que el consonante en ón le había hecho un flaco servicio a su literatura, y doblemente mortificado, continuó:

—Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres piensen de la misma manera; los destinos de la nación están marcados en el cuadrante del destino...

Esto del cuadrante del destino lo había aprendido Sánchez de un diputado.

—Porque repito, señores —continuó—, que no riñe la cortesía y la buena sociedad, con la idea política, ni con la cosa pública ¡y así! —exclamó más recio creyendo haber hallado un eslabón para preparar el final—, y así, repito, señores, que estando unidos los mexicanos, sin la pasión y sin las distinciones odiosas... ¡para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria! —dijo de repente con el

acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa.

Pero su embarazo no tuvo límites en el momento en que notó, bebiendo todavía, que la mayor parte de los concurrentes no llevaban la copa a los labios, pues los que no tenían a la sazón fija la vista en Sánchez, no habían tenido motivo, al menos en el orden gramatical, para juzgar que el brindis se había acabado.

Sánchez tembló y no se atrevió a buscar miradas a su derredor, porque temió encontrarse con sonrisas significativas.

Salvador, que estaba sentado junto a Chona, le dijo:

—¿Qué dice usted que bárbaro?

El joven elegante que conocemos, añadió al oído de Chona:

—¿No se lo dije a usted? Si este *quidam* debe haber sido gañán, pero he aquí el fruto de las revoluciones. ¡Oh, esto es insoportable!

—Y luego que Carlos me lo ha presentado —dijo Chona—, de una manera que... estoy segura... a este hombre lo necesita mi marido.

—¡Chona! —dijo Salvador—, ahora la compadezco a usted doblemente, Carlos va a acabar por traer la comuna a su casa de usted.

Salvador apuró una copa.

—Creí que esta noche tampoco bebería usted, Salvador.

—Esta noche sí, por hacer lo que todos hacen y sobre todo, porque... Porque no hay licorera.

—¿En la licorera consistía?

—Sí.

—Entonces no debo invitar a usted.

—Acepto el equívoco, y yo soy ahora quien invita a la licorera.

—¡Ah...! —dijo Chona alargando mucho esta sílaba—, tomemos.

—Por... nuestra salud —dijo Salvador, recalcando las palabras y aludiendo a la enfermedad moral de que habían hablado.

Después de apurar su copa se dirigieron una mirada.

Ninguno de los convidados después de Sánchez volvió a brindar, aunque en la mesa reinaba ya mayor animación, al grado que ya se había introducido ese ligero desorden propio de la cordialidad que debe reinar entre convidados.

Carlos hablaba con algunos banqueros que estaban a su lado, y los dependientes de la casa se afanaban en obsequiar a las señoras.

Entre los dependientes se distinguían notablemente el tenedor de libros, que disfrutaba además de habitación y plato en la casa, un gran sueldo, y era considerado por todos los dependientes y servidumbre como la segunda persona de Carlos.

En cierto momento, Carlos creyó oportuno que la concurrencia se trasladase de nuevo al salón; pero antes de levantarse de la mesa, uno de los dependientes se acercó a Sánchez y le dijo:

—Señor Sánchez, invitó a usted a tomar una copa de champagne.

—Con mucho gusto.

Otros dos jóvenes entre tanto ofrecieron el brazo a las dos

señoras que estaban a los lados de Sánchez, quien tuvo ocasión de quedarse en el comedor con algunos jóvenes que se proponían estrechar sus relaciones con aquel personaje, que había tenido la desgracia de parecer necesario a aquellas gentes.

Uno de los dependientes, el de menos sueldo, se había acercado a Carlos para decirle:

—Se lo vamos a poner a usted como una seda.

Carlos se sonrió, contentándose con contestar:

—Se los recomiendo.

Sánchez, ya en el centro de un grupo, contestaba con amabilidad creciente los cumplimientos que le dirigían aquellos jóvenes, tomando todas aquellas demostraciones, como nacidas del interés que podía inspirar por sus prendas y por su posición social.

Un criado había llenado las copas y las presentó en una charola.

Sánchez recibió su copa, y una vez los demás con la suya, dijo el más joven:

—Señor Sánchez, tenemos el gusto de tomar a la salud de usted.

—Señores —contestó Sánchez en el acto—, por la amistad y por que siempre vean ustedes en mí al amigo leal, al hombre de corazón y de principios que no sabe inclinar su frente sino ante la virtud y la amistad. Señores, la verdadera amistad es una virtud.

—Permítame usted —le dijo un pollo a Sánchez, y llenó de nuevo la copa—, todo era espuma.

—Pero quién sabe si el señor Sánchez tendrá mala cabeza

—dijo otro.

—No, no señor, al contrario, estoy acostumbrado a beber fuerte: el otro día en la comida que le dimos a don Benito, tomaría yo... sí, muy cerca de cuatro botellas de champagne.

Un murmullo acogió aquella andaluzada.

—No es eso —dijo un joven—; lo que hay es que el señor Sánchez no bebe porque no le hemos tocado la fibra.

—¿Qué fibra? Vamos a ver —dijo Sánchez.

—¿Me permite usted una confianza?

—¡Ah!, sí señor, de muy buena gana.

—Pues que llenen las copas.

—Veremos si acierta usted —dijo Sánchez mientras llenaban las copas y figurándose que le iban a hablar de Ketty.

—Vamos, apuesto —insistió el joven— que ya usted adivinó; ¡ay amigo!, todo se sabe, todo se sabe.

—Nada de misterios —agregó un tercero—, el señor Sánchez es un hombre franco, según lo que he podido conocer.

—¡Ah!, sí señor —interrumpió Sánchez—, yo soy muy franco, sobre que es mi pecado.

—Bien, pues entonces ¿digo el nombre? —dijo el pollo.

—Sí, que lo diga —dijeron los demás.

—Brindemos —continuó el pollo—, por la encantadora Ketty.

Estas palabras las pronunció el pollo bajando la voz.

—¡Ah pícaro! —se permitió contestar Sánchez, alegrándose interiormente de que aquel detalle de su vida hubiera salido a la luz, porque en concepto del mismo Sánchez, tener una

cocota era darse cierto aire de grandeza.

—¡Oh!, es una mujer muy interesante —dijo uno.

—Y sobre todo —agregó Sánchez—, ¡qué corazón! ¡Qué alma!
¡Qué sentimientos!

—Pues por Ketty —repitió el pollo presentando de nuevo una
copa a Sánchez.

—Una palabra —dijo Sánchez—; me tomo la libertad de
invitar a ustedes todos, señores, a un pequeño almuerzo;
suplico a ustedes tengan la bondad de aceptarlo
honrándome... ¿aceptan ustedes?

Los seis jóvenes que rodeaban a Sánchez chocaron sus copas
en señal de asentimiento y bebieron.

—Tenga usted la bondad —le dijo al más joven—, de escribir
los nombres de estos señores en una tarjeta.

—Con gusto —dijo el joven.

Y apuntó los seis nombres en la tarjeta que le presentó
Sánchez.

En el salón seguía el concierto, pero como entre el salón y el
comedor mediaban muchas piezas, aquel alegre grupo podía
hablar con alguna libertad, sin que sus voces fueran
percibidas.

XIII. Chona bajo la influencia de la música y Sánchez bajo la influencia del champagne

Sánchez creyó haber dado un paso conveniente, asegurando sus relaciones en aquel círculo, que se proponía explotar más tarde, a la sazón que los dependientes de Carlos estaban ya seguros de poder disponer de Sánchez en el momento en que lo necesitaran para el negocio que se iba a promover por la casa cerca del gobierno.

Sánchez, al sentir expansión por su conquista, fue perdiendo su encogimiento y se dispuso a aceptar de lleno aquella situación llena de esperanzas.

Carlos, por su parte, más conocedor y experimentado, se conformó con entregar a Sánchez en manos de los dependientes, pudiendo merced a este recurso dedicarse a oír atentamente las hermosas piezas musicales que formaban parte del halagador programa del concierto.

¡La música! Ese elocuente lenguaje de la pasión y del sentimiento, ese idioma que nos ha hecho concebir al ángel, que nos ha hecho soñar en que más allá de esta vida ha de haber algo como la música; que nos parece la unión de todos los sonidos que nos han conmovido, como el rumor de las fuentes y de los árboles, como los trinos de las aves; la música, en la que adivinamos suspiros y sollozos y palabras de amor y de esperanza... ¿de esperanza...? Sí, hay melodías que, excediendo a la significación de cuanto el lenguaje pueda expresar, tienen el poder de elevarnos sobre nosotros mismos como en el principio de un vuelo, cuyo fin se pierde con el pensamiento.

Sí; la esperanza con todo y ser una abstracción, se deja percibir en la música, se hace sentir en una melodía; los poetas han dicho que es un ángel, pero a su vez, todos los ángeles son creaciones que nacen en nuestro corazón, porque amamos algo superior a nosotros mismos.

La influencia de la música es una riquísima pauta, es un cosmos de observaciones, y así como hay un mundo invisible, habitado por los seres infinitamente pequeños, hay en el corazón humano un piélago insondable, un mundo también de pequeñas emociones que permanecen ignoradas del observador, como los animales microscópicos.

Nosotros en virtud de ciertos elementos morales que hemos querido bautizar con el nombre vulgar de *Linterna mágica*, tenemos el poder de estudiar ese mundo aparte en nuestros propios personajes.

Invitamos, pues, al lector a estudiar a Chona, bajo la influencia de la música, olvidándonos entretanto de que hemos dejado a Sánchez en el comedor poniéndose bajo la influencia del champagne.

No decimos cuáles, ni en qué pasajes, algunas melodías tocaron algunas fibras del corazón de Chona; pero desde luego diremos que se estableció una relación misteriosa entre Chona, las melodías y Salvador.

Chona empezaba a saborear lo que ni su moralidad, ni su experiencia le hubieran negado ser un crimen amargo; y si alguna vez pudiera comprenderse el símbolo del amor ciego, era entonces; porque Chona se dejaba arrastrar sin esfuerzo, como la barba de pluma por el ámbar, por el encanto de la música, y se dejaba arrastrar indiferentemente al cielo o al abismo.

El piano, aquel piano del Norte, maravilloso resultado del adelanto mecánico, pulsado por inspirados ejecutistas, acompañado con la viola, el violoncelo, el bajo, el violín y la

flauta, instrumentos todos acordes, preciosos, tocados por Sayas, por Bustamante, Beristáin y por Jiménez, formaban un conjunto armonioso, y tal, que llenando toda la onda sonora del salón, repercutían las vibraciones, encontrando como recipientes eléctricos los nervios de Chona.

Chona, la señora grave y aristocráticamente fría, la mujer sin amor, la planta sin flor, estaba bajo la influencia de un genio misterioso que, como un gran maestro escultor, estaba corrigiendo los perfiles de la obra del discípulo.

No sabemos qué correcciones, qué inclinaciones de líneas inexplicables, operábanse en la fisonomía de Chona, pero sus ojos tomaban una expresión nueva de arrobamiento, en sus pupilas había un brillo inusitado y sus labios se entreabrían, como para decir juntas pero inarticuladas mil palabras de amor.

Salvador la miraba, mejor dicho, se extasiaba mirándola, y recogía aquel sobrante de luz, de sentimiento, de amor, que se desbordaba en Chona.

Esto no era extraño.

Ese amor que nace tarde, que brota entre dos seres que se han visto muchas veces sin mirarse, que se han hablado muchas veces sin comprenderse; ese amor es una verdadera mistificación, y entonces es cuando se comprende ese otro símil que se apropia el materialismo, «el amor es una enfermedad».

Aceptando el amor como enfermedad moral, no nos cabe duda de que Chona experimentaba esa invasión, no sólo en lo íntimo de su alma, sino en toda su economía, merced a la música.

La admirable combinación de nuestros sentidos y nuestras facultades intelectuales, la sabia subordinación posible de los instintos a la razón, de los deseos al deber, de las embriagueces al buen juicio, constituyen el ser perfecto, la

individualidad libre, digna de su prerrogativa de pensadora.

Pero ¿y los desvanecimientos, los vértigos, los arrobamientos y los delirios, falange fermentada de causas eficientes que determinan los funestos desequilibrios, las caídas, las debilidades, y las catástrofes?

¡Seamos indulgentes todos los que luchamos en la barca de nuestras dificultades, pilotos de este mar de tan difícil travesía!

En Chona la música determinaba un desequilibrio; sentía y se permitía aceptar la sensación sin discutirla, porque se estaba estableciendo una nueva armonía entre la música y su alma.

La melodía, la voz cantante, se apoderaba de sus sensaciones; y los bajos, el acompañamiento y los llenos de la música, estaban armonizándose con su razón, con su cálculo, y con su juicio; de manera que en aquel conjunto homogéneo, Chona, identificada con la música, no hacía más que sentir, entregada toda a un arrobamiento en el que música y amor se fundían en un solo acento y en una sola sensación.

Este estado excepcional tenía tal prestigio, que estaba embelleciendo físicamente a Chona.

Salvador por su parte, cansado de la grande ópera de París y acostumbrado a las grandes reuniones, a los grandes conciertos; amigo de la Patti y de Mario tenía ya todo ese aire de desdén del que viene del centro de la civilización a vivir en México; y si bien no había llegado a ser insensible a la música, ya se había acostumbrado a considerarla como un simple acompañamiento de ciertas situaciones; de manera que no era la música lo que en aquellos momentos le embargaba, sino la mirada de Chona, aquella mirada que sabía transmitir efluvios de pasión, que sabía penetrar al interior del joven descreído, que tenía el poder de fijarlo, como el magnetizador al sonámbulo.

Salvador estudiaba a Chona, y mientras más se fijaba en ella, iba descubriendo nuevos tesoros que a él mismo le sorprendían agradablemente.

«Después de todo —decía para sí—, Chona tiene una fisonomía distinguida; yo no sé qué he dado en verle hace algunos días; me parece como que se va transformando. No le había visto bien los ojos... tiene una mirada... y la nariz, y la boca... cuando la entreabre como ahora, respira no sé qué perfume. Decididamente Chona es una hermosa mujer... ipobre...! Ya se ve, es mejor que no haya amado nunca, si llegara a amar... he aquí una florecencia híbrida; me sucedería lo que a aquel jardinero de París que tenía una vieja planta del trópico, y el día que la vio florecer, aquel hombre estaba loco de alegría.

»El mal está en que Chona me conoce mucho; tiene razón, estoy muerto; y sin embargo... entremos a cuentas».

Y recogióse Salvador en una actitud que era tan propia para concentrarse como un *dilettante* a gozar de la música, como para hacer abstracción completa de la música y hacer jardines.

Se pasó la mano por las cejas como acariciándoselas, para poder cerrar los ojos, y pensó:

«Hace muchos días que yo no pienso más que en Chona, éste es un hecho; en este momento acabo de verla más bonita que antes, y sobre todo, me escuece a cada momento una idea con que no puedo transigir: Chona me cree inofensivo, le parezco una caja vacía, un estuche desprovisto, un residuo de amante; ¡qué papel tan triste! Aquí de mis conocimientos, aquí de mi letra menuda en materia de seducción... ¡gastado! Gastado o no, valgo lo que siempre he valido, es necesario que Chona me ame. Decididamente, voy a probarle que no he muerto».

Después de este soliloquio Salvador levantó la frente; la

sinfonía tocaba a su fin.

Salvador encontró aún la mirada de Chona, pero entonces él se fijó en la mirada, la aceptó no ya como indiferente, sino como el dueño de ella, al grado que Chona bajó los ojos.

«¡Todavía se me siente llegar!», dijo para sí Salvador con no menos fatuidad que aplomo, y con no menos aplomo que esperanza.

Hemos dejado a Sánchez entregado a los dependientes de la casa y formando un grupo en el comedor, al parecer muy poco afecto al divino arte de la música.

Sánchez, como se comprenderá, no se hizo rogar para apurar, una a una, cuantas copas de champagne le ofrecieron, pues encontrándose en un círculo más adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen a tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.

XIV. La embriaguez

El hombre, que alternativamente se siente rey del mundo o náufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educación imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de recurrir a una modificación física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su ser moral es susceptible de modificarse por influencias físicas, creyó haber encontrado en el alcohol un elemento maravilloso.

Allí donde el hombre encuentra que su razón no le basta, es el punto en que acepta el embrutecimiento, prefiriendo retroceder hasta la insensatez, a seguir luchando con su inteligencia fatigada.

Entre todos los animales, el hombre es el único que se embriaga y el único que se suicida.

La embriaguez es el suicidio de las almas mezquinas.

Nacer, ofreciendo el maravilloso organismo del cuerpo humano como recinto de ese yo incorpóreo y eterno, llegar a sentir el poderoso impulso de la razón, llegar a medir el universo con el poder de la inteligencia, reinar, dominarlo todo y penetrar en el vastísimo campo de las maravillas de la creación; tener todo este caudal, todo este tesoro de luz y de poder, para apurar en seguida a manera de tósigo un litro

de alcohol y descender desde el pedestal del ser pensador y libre hasta ese recinto de sombras y de vértigos en donde alientan el loco y el calenturiento, el insensato y el bruto, es la más estúpida de las barbaridades, el acto más criminalmente atentatorio y el más cobarde de los suicidios.

Todas las almas débiles, todos los cobardes y todos los criminales propenden a ese embrutecimiento, para probar si entre las luces perennes que se apagan en el alcohol la conciencia siquiera se adormece.

El débil, al echar de menos la suma de poder, la suma de saber que necesitaría en la liza humana para representarse a sí mismo competentemente; desesperado de no hallar lo que le falta, lo busca en el fondo de un vaso, y al experimentar los primeros síntomas del envenenamiento alcohólico, cuando merced a la excitación de ciertos ramos nerviosos y a la inflamación de ciertos tejidos siente dislocarse una rueda de su preciosa máquina, los engendros de esa descomposición se presentan bajo la forma de una expansión grotesca, y el ebrio con la mirada brilladora prorrumpe estrujando la prosodia de las palabras y perdiendo su encogimiento habitual; no se acuerda de que todo lo ignora, y cree saberlo todo y enseña al pensador, ya sin los velos de la modestia, sin las pausas del miedo, sin las vacilaciones del tímido, sin las reservas del buen juicio, toda su alma, todo su ser moral, en toda la desnudez de su impotencia, de su ignorancia y de su nulidad.

El hombre entonces creyendo ocultarse su insuficiencia y su cobardía, no hace más que disfrazarse con la ropa de sus propios defectos, ocultándose de sí mismo para que lo conozcan todos.

Tal es la embriaguez, tal es el contraproducente principio de buscar, en una enfermedad física, el remedio de las insuficiencias o la curación de males morales de un origen puramente moral.

Esta funesta enfermedad tan generalizada en el mundo, tan favorecida por el comercio, tan en boga en la época presente, tiene un sinnúmero de cambiantes, y su sintomatología es interminable.

La guerra, ese formidable enemigo de la humanidad, esa hidra destinada a escupir en la frente de la fraternidad universal, es la primera que ha recurrido al útil recurso de envenenar a sus cadáveres mientras pueden moverse, como el gallero que explota el coraje de su noble animal jalándole las barbas.

La conciencia humana es como el sol; siempre tiene una hora en que acierta a penetrar a un punto para señalar el meridiano.

El criminal pretende tapar ese objetivo con alcohol; pero al despertar de su atonía siempre se encuentra a la verdad sentada frente a sus acciones, inflexible y severa; siempre escucha después de su aturdimiento pasajero el formidable grito de su conciencia.

Estudiemos ahora los síntomas de la embriaguez en Sánchez, a quien nos preciamos de conocer perfectamente; hay más, como saben ya nuestros lectores, tenemos el poder mágico de penetrar en su interior.

Sánchez, cuando era bueno y pobre no bebía. La primera vez que Sánchez habló en público después de haber preparado su discurso, le faltó una cosa: cognac.

Tomó cognac y no tuvo miedo, y merced a este descubrimiento, Sánchez siguió bebiendo.

Ingresó a ciertos círculos, formó parte de ciertas combinaciones, y Sánchez se encontró siempre más expansivo y más locuaz, si se aplicaba por vía de aguijón de su timidez cierta dosis de cognac.

Sánchez era de los borrachos que saben contenerse en ciertos límites, merced a que el estrago del envenenamiento

lo invadía lentamente.

No hubo circunstancia extraordinaria de su vida, no hubo lance, pendencia, conquista o determinación arriesgada que no hubiera sido precedida de su estímulo favorito.

La locución de Sánchez se hacía difícil cada vez que se acordaba de su propia ignorancia en materia de idioma, y tales recuerdos fatales le hacían vacilar sobre algunos escollos, precisamente porque temiéndolos, no encontraba en su saber noción alguna para salvarlos.

Cuando Sánchez pensaba mucho hablaba mal; pero cuando no se acordaba de que no sabía nada, entonces tenía cierta facilidad y cierto aplomo para no pararse en escrúpulos de lenguaje.

En este temple había empezado a ponerse en el círculo de los dependientes, en el cual, dando rienda suelta a su flujo de hablar, no cesó de hacerlo un solo instante.

Sólo que Sánchez no tenía más que una materia completamente a sus órdenes, y esta materia era la historia de la última revolución, y como a ésta debía su ser político y social, se había acostumbrado ya a narrar los acontecimientos con una naturalidad que alucinaba un tanto a sus oyentes, a quienes entretenía largamente con una lección aprendida de memoria y relatada multitud de ocasiones.

De manera que Sánchez dijo casi todo lo que sabía, defendiéndose por medio de sus largos parlamentos de descubrir su ignorancia en otras materias.

Poco antes de concluir el concierto, Sánchez volvió al salón en compañía de los dependientes, recibió de nuevo los cumplimientos de Carlos, y al fin, poniéndose a los pies de Chona, se retiró muy satisfecho, pensando en que aquella casa fuerte podía muy bien sacarlo de apuros el día que menos lo esperase.

Al volver a su casa encontró todavía en ella a la visita cotidiana de Amalia, a Ricardo, quien a su vez había logrado llamar ya la atención de Sánchez por la asiduidad de sus visitas.

En el momento en que Sánchez se había separado del comedor de Carlos acababa de tomar ese trago final, que, sobre los anteriores, viene siempre a colmar la medida y a determinar la embriaguez.

Al entrar a su saloncito notó Sánchez que la lámpara colocada en la mesa del centro había hecho una genuflexión, ni más ni menos que una persona, y todos los muebles tapizados de rojo habían girado de derecha a izquierda, como formándose a su derredor.

Sánchez era el que había dado un pequeño giro para dirigirse de la puerta lateral al estrado, pero perdió la conciencia de este movimiento y resultó para él, que los muebles y las paredes eran las que habían cambiado de posición.

Se sentó en un sillón, poniendo más cuidado del que se requiere para ejecutar esta operación sencillísima, y pronunció un «buenas noches» más acentuado y preciso de lo que se necesitaba.

Antes de perderse todo para el borracho, se establece en su interior una lucha heroica de la razón contra el ofuscamiento.

Le estaba pareciendo a Sánchez que cada sílaba era un escalón; pero se consideraba con la fuerza suficiente para subir uno y veinte y más que se le presentaran; estaba en ese periodo de la embriaguez en el que la dificultad de entenderse a sí mismo, se le atribuye a los demás, y resulta un hombre haciendo un esfuerzo tan poderoso como inútil, para que le entiendan lo que nadie tiene dificultad de entender.

—¿Fuma usted, caballero? —dijo Sánchez buscándose la

cigarrera en la bolsa del chaleco y después en la del sobretodo; se paró para poder registrar mejor y dijo:

—¡Adiós! Pues dejé mis cigarros... sí señor... dejé mis cigarros... en la casa de Carlos mi amigo, los dejé... allí he dejado mis cigarros, en la casa...

A Sánchez se le estaba olvidando que debajo del sobretodo estaba el frac y en el frac los cigarros.

Ricardo le ofreció cigarro, y al dárselo, Sánchez abrió los dedos tanto cuanto los hubiera abierto para coger un vaso; se volvió a sentar y pretendió deshacer las cabezas del cigarro; pero esta operación empezó a parecerle muy difícil.

—Estos cigarros están pegados... ¡Vaya...! Pues están pegados... ¡cosa rara! ¡Pegados! Vea usted, señor, este cigarro está pegado: vamos a ver, dígame usted si este cigarro no está pegado; pero completamente pegado; parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un gis...

Ya Ricardo había encendido un cerillo y Sánchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesión, que en materia de luces decía haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, después de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salió de la sala.

XV. Sánchez hace partícipe a Amalia de las dulzuras del vino de champagne

Sánchez dirigió una mirada, una larga mirada de borracho a Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella mujer, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! —dijo Sánchez acercando su cara a la de Amalia para bañarla con la aldehída de la embriaguez.

—Mira —continuó Sánchez—, es una lástima que te visite ese mequetrefe... No te ofendas, Amalia... pero es una lástima... él me dio este cigarro que no arde...

Sánchez tiró el cigarro y continuó:

—Los cigarros de ése no arden, los míos sí; porque tengo muchos pesos que me ha dado la nación por mis importantes servicios... porque yo he andado en la revolución para elevar... para que suba este indio a quien amo... porque ya lo sabes... yo amo a don Benito, Amalia, y ahí lo tienes de presidente de la República mexicana.

Reinó en seguida un silencio soporoso, durante el cual no se oía más que la fatigosa respiración de Sánchez.

—¿Qué hora es? —preguntó Amalia.

—Sácame el reloj y mira tú, Amalia... no te ofendas... porque la verdad tengo la vista un poco turbada, turbadita, Amalia; quiere decir, así... como... yo no he tomado mucho, y tengo muy buena cabeza; pero: ¿creerás, Amalia, que no sé qué tenía el champagne?

En ese momento daba la una la campana del reloj de la sala.

—¡Vaya! —exclamó Sánchez, atisbando de una manera grotesca el reloj de bronce—; ése sí no tiene la vista turbada... ni la campanilla tampoco.

Y Sánchez rio de su propia gracia, con una risa de idiota.

Ya estaba atravesando Sánchez por ese periodo de excitación, en el que los objetos materiales toman cierto realce como si crecieran en tamaño; experimentaba esa lucidez febril que lo reviste todo de una luz intensa, y que en el orden moral engendra este otro fenómeno:

Todas las ideas entran en la esfera de la hipérbole, y nada queda en su justo medio.

De aquí nace la tendencia del borracho a parecer valiente, porque cuando los gases alcohólicos están excitando ciertos órganos, el borracho cobarde siente un placer nuevo al descubrirse valiente; el tonto se sorprende de esa misma lucidez, que en su propio concepto lo hace aparecer afluente y decidor; el enamorado siente avivado el fuego de su pasión, y la belleza del objeto amado toma nuevo encanto.

Por este estilo son las elucubraciones que se producen a merced de ese fuego fatuo que nace de la excitación alcohólica.

Sánchez sentía todo esto en presencia de Amalia, y estaba a punto de romper el velo de sus reservas, para afrontar con la indiscreción de un borracho cuestiones delicadísimas.

Sánchez tenía, ya hacía tiempo, para su colete, que Ricardo enamoraba a Amalia; pero había sabido ahogar, hasta entonces, la punzante desazón de este celo, en una compensación: en la cocota.

Infiel, antes que Amalia, había preferido no ver ni oír para

que a él no lo vieran ni lo oyeran; y tal sistema, según él mismo decía, le conquistaba, cuando menos, la paz.

Pero en aquellos momentos estaba mirando a Amalia más hermosa, más interesante, y con los atractivos que su imaginación exaltada le prestaba.

—Ya te he dicho, Amalia, que estás bien; quiere decir, que te estoy viendo más bonita ahora... y no es porque tenga nada... no; ya sabes que tengo muy buena cabeza, y... y lo que he tomado es un traguito nada más... no te negaré que me siento más expansivo... pero ya sabes que esto es por... es por ti... ¿Tengo razón?

—Sí —murmuró Amalia, sólo con el deseo de no contrariar a Sánchez.

—¡Ay!, qué sí tan frío... Y eso sí no lo puedo tolerar, porque lo que es a ese mequetrefe que te visita, lo echo por el balcón el día menos pensado; ¡júralo...! Lo tomo por la cintura y cataplum... hasta la calle... esto es una cosa muy sencilla.

Siguió Sánchez repitiendo estas palabras por medio de ese sistema peculiar del borracho que gira en un estrecho círculo, como si el limbo del embrutecimiento fuera invadiéndolo todo para dejar sólo en su centro una pobre idea girando sobre sí misma, como la llama de una lámpara expirante.

Amalia, que aún conservaba las violentas impresiones de la larga conferencia que acababa de tener con Ricardo, contemplaba a Sánchez en los momentos más a propósito para hacer la más desfavorable de las comparaciones.

Toda contrariedad determina la obstinación y la cólera en un cerebro exaltado, y la impasibilidad de Amalia comenzaba a ser para Sánchez motivo suficiente para excitar su furor; de manera que algunos momentos le bastaron para entrar en este nuevo periodo.

Se levantó de su asiento con un vigor de que no se le hubiera

creído capaz, y sin vacilar se paró frente a Amalia para insistir en sus reconvenciones de una manera brusca y descompuesta.

Amalia comprendió que iba a tener lugar una horrible escena, y procuró revestirse de toda la resignación de que era capaz; pero Amalia no tenía ningún camino, no salía avante con ningún recurso, no encontraba nada que pudiera calmar la ira de Sánchez, a quien exaltaban tanto el silencio como la prudencia, tanto la lógica como las concesiones; y si Amalia profería una palabra, si expresaba una idea, esta idea era tergiversada e interpretada por Sánchez, que se obstinaba en enredar un hilo que Amalia no podía romper.

En vez de acercarse, se alejaba más y más del periodo de la postración, y sobreexcitado su sistema nervioso, Sánchez se había colocado en la situación moral del demente.

Estaba pálido, sus ojos brillaban de una manera extraña y su mirada, lejos de estar vacilante y opaca como al principio, tenía una fijeza febril que no se podía contemplar con indiferencia.

Al llegar a este término, había perdido la conciencia de su propia embriaguez; se había desprendido del origen y no tenía ya la facultad de juzgarse a sí mismo; estaba entregado completamente al objeto que lo preocupaba, cobrando más y más vigor a medida que entraba más al fondo de sus mismas ideas.

Un hombre en este terrible estado de enajenación, impresiona vivamente al que lo contempla.

Las facultades que constituyen el ser moral, que son parte de ese espíritu que no ha de perecer, pierden, al influjo de una lesión material, la admirable armonía que las une, para convertirse en las cuerdas flojas de un arpa o en las ruedas de una máquina descompuesta que no llena su objeto.

Amalia fluctuaba entre la contrariedad y la ira, entre la

resignación y el sufrimiento; y sólo después de una terrible lucha de algunas horas, cuyas escenas se resiste a escribir nuestra pluma, fue cuando pudo contemplar en medio de un triste consuelo, que Sánchez al proferir una de sus más feroces imprecaciones, cayó a plomo sobre el sofá como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de pronto, como si hubiera sido herido por una descarga eléctrica.

Amalia contempló todavía por algunos momentos aquella masa inerte, y convencida de que habían de pasarse algunas horas para que Sánchez despertara, salió lentamente de la pieza.

Necesitaba respirar otro aire, y comprendiendo que ya estaba sola y que podía entregarse sin testigos a sus amargas reflexiones, atravesó algunas piezas hasta llegar a la asistencia.

Ardía aún una vela en un candelabro; don Aristeo envuelto en su capa parda estaba sentado en su sillón favorito, y Felipa estaba frente a él en otro sillón.

Don Aristeo hizo un movimiento al presentarse Amalia; pero Felipa permaneció inmóvil: estaba dormida.

—Serán las cuatro —dijo don Aristeo muy bajo y torciendo la cabeza como tenía de costumbre.

Amalia se apoyó en un mueble, porque experimentó un desvanecimiento.

—¿Está usted mala? —preguntó don Aristeo, incorporándose.

—No —dijo Amalia—, necesito aire.

—¡Cuidado con eso! Vea usted que las pulmonías...

Amalia atravesó la pieza dirigiéndose a la puerta: ésta había permanecido entreabierta, con objeto de que las voces de Sánchez y de Amalia entraran por allí cómodamente.

Don Aristeo salió en seguimiento de Amalia hasta el corredor.

—¿Se durmió por fin? —preguntó don Aristeo.

—Sí.

—¡Ah qué mi compadre...! Y vea usted, antes no era así, pero yo no sé qué tienen hoy las gentes; si casi no se conoce una persona que no le cuente a usted que se la pone seguido.

Amalia permaneció callada.

—Pero en fin, usted no debe hacerle caso cuando se pone en ese estado, porque ya sabe usted que así no sabe uno lo que hace.

—Lo peor es —continuó al cabo de un rato— que a mi compadre le da por enfurecerse; si es una fiera, lo he estado oyendo, y pensaba, como es muy natural, que no debía recogerme supuesto que de aquella disputa sabe Dios lo que resultaría.

—Tiene que resultar algo muy grave —dijo Amalia pudiendo apenas contenerse.

—Yo ya se lo dije a mi compadre; y cuidado si le he predicado; vamos, que yo no sé cómo se ha podido alucinar al grado de... Usted por su parte debe tener en cuenta que es imposible, absolutamente imposible, que pueda inspirar amor una mujer semejante.

—¿Qué está usted diciendo?

—Eso, que es imposible.

—¡Don Aristeo! —exclamó Amalia en tono de reconvención.

—Digo... —continuó don Aristeo turbado—, que... figúrese usted que la mujer que es capaz de dejarse traspasar como un mueble...

—¿Estoy sentenciada esta noche a sufrir injurias de todo el mundo? —dijo Amalia en el colmo de la indignación.

—¡Injurias! —repitió don Aristeo—; ¡injuriar a usted... no comprendo!

—¿Entonces de qué mujer está usted hablando?

—¡Ah!, ta, ta, ta, usted tomó... vaya... ¿Conque usted...? ¿Pues de quién había yo de hablar sino de la cocota, a quien no he podido olvidar un solo momento?

—¿La cocota? —preguntó a su vez Amalia con extrañeza.

—Sí, Amalia; sobre que estoy escandalizado, materialmente escandalizado, porque yo no sabía ninguna de estas modas de París.

—No entiendo lo que me está usted diciendo, don Aristeo, y temo seguir interpretando sus palabras de una manera muy poco favorable.

—¡Vaya! ¡Conque yo, que ya soy viejo y que he tenido mi mundo, no lo podía entender tampoco!

—¿Entender qué?

—Eso del traspaso, y sobre todo, de que esas mujeres se dejen llevar y traer... ¡vaya! Sobre que estoy, según lo he dicho a usted, verdaderamente escandalizado.

—Señor don Aristeo, ruego a usted se sirva hablar claro, porque tengo el sentimiento de no entenderlo a usted.

—Sírvase usted calmarse y procuraré ser lo más claro que me sea posible.

—Pues señor —continuó don Aristeo—, el caso pasó así: Manuel, usted conoce a Manuel, se fastidió un día de la cocota y se la dejó a mi compadre...

Un mundo de ideas se vino a las mientes de Amalia, porque en aquel momento ataba muchos hilos, corroboraba muchas sospechas y encontraba de lleno si no una disculpa, al menos una compensación a la infidelidad que estaba próxima a cometer.

Ricardo le había exigido a Amalia aquella misma noche, una resolución que pusiera término a sus ansias amorosas, y Amalia, que había empezado a familiarizarse con sus propias ligerezas, había retrocedido ante la idea de faltar a sus deberes.

Debemos confesar en honor de Ricardo, que sabiendo, como sabía todo México, la historia de la cocota de Sánchez, no blandió esta arma innoble para obligar a Amalia a decidirse; pero lo que no había hecho el amante, acababa de hacerlo el querido compadre de Sánchez, quien efectivamente estaba de tal modo preocupado con la historia de la cocota, que no pensaba en otra cosa, ni quería hablar sino de la honda impresión que le había causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraía postores que, como Sánchez, pagaran 300 pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que sólo es capaz una mujer, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba don Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuía el reciente disgusto al único motivo que según él había de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fue muy difícil a Amalia conseguir que don Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podía decirse, al grado que sólo el canto de algunos gallos y cierto fulgor blanquecino que se empezaba a percibir en el cielo, pudieron

cortar aquel relato que, según todas las apariencias, iba a acabar por volver loco al pobre compadre don Aristeo.

XVI. Don Aristeo y la cocota

Sánchez durmió hasta la una del día.

Amalia salió de su casa a las nueve y media, dejando avisado que no se la esperase a comer.

Don Aristeo y Felipa siguieron hablando de la cocota en la asistencia, cada uno en su sillón.

—¡Vaya! ¡Vaya con la impresión que me ha hecho a mí ese negociado, doña Felipa!

—¿Qué negociado?

—El de la cocota.

—No piensa usted en otra cosa.

—Y lo peor es, que mientras más pienso, menos lo entiendo y me estoy viendo tentado de una cosa.

—¿De qué cosa? ¡Ave María Purísima! Don Aristeo, ¿de qué cosa se está usted viendo tentado?

—No, no se alarme usted, doña Felipa, no quiero más que esto.

—¿Qué?

—Conocerla.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? Para juzgar con mis propios ojos eso que debe tener esa mujer, ese privilegio exclusivo, esa

cuadratura del círculo de a 300 pesos mensuales en billetes de banco.

—¿Pero para qué se va usted a meter en esas cosas, señor don Aristeo? ¿No considera usted que una mujer de éstas ha de estar naturalmente excomulgada? Porque de seguro no es cristiana.

—¡Qué cristiana va a ser, doña Felipa! Empiece usted porque es muy güera.

—Sí, eso ya lo sé; tiene el cabello casi blanco.

—Eso es lo que yo digo, esa mujer no ha de ser como todas, es seguro que tiene algo.

—En cuanto a lo demás —continuó Felipa—, doña Ceferina que la conoce ya, dice que es bonita, pero que no le parece tanto como dicen.

—No lo crea usted, doña Felipa, éstas son cosas de doña Ceferina, porque como ya no ve bien...

—¡Ah!, pues usted tampoco tiene muy buena vista que digamos, especialmente para conocer a las gentes; es usted muy mal mista.

—No lo crea usted, doña Felipa; si yo encontrara un medio para acercarme a la cocota, le aseguro a usted que no le perdería detalle ni circunstancia hasta convencerme de lo que quiero.

—¿Y qué sacaría usted de todo eso?

—No, lo que es de sacar... pero vea usted, doña Felipa, siempre es bueno saber y no que le cuenten a uno.

—¡Vaya! —dijo doña Felipa como inspirada por una idea súbita—; ya que tiene usted tanto empeño en acercarse a esa... mujer de mis pecados, y que no le teme usted a la

excomuni3n, ser3a bueno ver si de paso hacemos una cosa bien hecha.

—¿Cu3al, doña Felipa?

—Quitarle a mi hermano ese quebradero de cabeza.

—Y ese gastadero de pesetas.

—Y esa inmoralidad.

—Y el esc3ndalo.

—Y la ruina; porque mi hermano se arruina.

—Irremisiblemente, doña Felipa, júrelo usted.

—¿Pues qu3e le ocurre a usted?

—¿Qu3e ser3a bueno hacer? ¿Con qu3e pretexto pudiera yo presentarme en su casa?

—¡Ah!, ya caigo.

—¿Con cu3al, doña Felipa? ¿Con cu3al? Veamos.

—Mi hermano no sale hoy.

—Es cierto, hoy es d3a de jaqueca, y si acaso a la noche ser3a cuando se vaya encaminando...

—Pues bien, vaya usted a verla con pretexto de avisarle que mi hermano est3a enfermo, y una vez all3 y para que no descubra a usted con mi hermano, le dice usted que la visita es a excusas de 3l y...

—Etc3tera, yo me introducir3, yo har3 de modo... no tenga usted cuidado, doña Felipa. Est3 decidido, voy, voy sin p3rdida de tiempo.

—Vaya usted.

—¿Y si conseguimos que mi compadre se desimpresione...?

—Figúrese usted qué triunfo para nosotros.

—Va a creer doña Ceferina que es obra de la novena que está andando por esta desgracia. Es seguro, figúrese usted que doña Ceferina la pobre... es tan fanática.

—Conque voy, voy en el acto, sólo que... lo que siento es tener que ponerme camisa limpia... porque en fin... ella será todo lo que se quiera, pero supuesto que es una persona limpia... porque yo supongo que ha de ser muy limpia, ¿no es verdad doña Felipa?

—¡Ah!, ipor de contado, con 300 pesos cada mes cómo no ha de ser uno limpio! Que me den a mí la mitad y verá usted cómo ando toda la semana, albeando.

—Ya se ve. Conque... voy a vestirme, doña Felipa.

—Bueno, bueno, vaya usted pronto.

A poco rato volvió a presentarse don Aristeo.

—¿Qué hay? —preguntó doña Felipa.

—Nada, que... ¿me hace usted favor de pegarme este botón?

—Con mucho gusto.

—¿Y usted tiene curiosidad por conocerla, doña Felipa?

—¡Vaya!, si estoy como usted, y no sé qué hacer para conseguirlo; y luego que como esa extranjera, supuesto que es tan güera y todo, no ha de ser cristiana, no hay modo de verla en la iglesia.

—¡Vaya! ¡Qué iglesia! Para el inférnote que se ha de mamar la mi señora.

—Eso es seguro... aunque vea usted, don Aristeo, en eso hay

de todo, bien puede ser que se arrepienta a tiempo.

—Eso sí, si es a tiempo...

—Ya está pegado el botón.

—Dios se lo dé a usted de gloria. Iré de negro, ¿no le parece a usted, doña Felipa?

—Sí, es lo natural.

—¿Y será cosa de guantes?

—Vea usted... siempre no será malo, porque ella ha de tener guantes.

—¿En su casa?

—¡Como dicen que gasta mucho lujo!

—En fin, llevaré mis guantes amarillitos.

Después de una hora, apareció don Aristeo otra vez en la asistencia: se había afeitado, estaba vestido de negro y se había puesto unos botines de charol que tenía guardados hacía seis meses, porque le habían lastimado horriblemente los callos.

Felipa examinó a don Aristeo de pies a cabeza.

—Pero va usted a rabiar con esos botines, don Aristeo.

—¿Por qué?

—¿Son aquéllos...?

—Sí, son los mismos, pero han dado de sí, ya no me molestan.

Don Aristeo estaba mintiendo descaradamente, a juzgar por la manera con que tenía puesto el pie izquierdo sobre la alfombra; casi no pisaba.

—¡Ay! —exclamó doña Felipa—, ¿qué es lo que huele?

—Es el alcanfor; yo pongo alcanfor entre mi ropa para que no se pique.

—¡Ah!, pues eso es fatal, es capaz de no recibir a usted esa... esa señora, si va usted oliendo a alcanfor.

—¿Qué hacemos?

—Voy a ponerle a usted agua de Colonia.

Felipa trajo un frasco y roció a don Aristeo a toda su satisfacción.

—En fin, ahora con el aire libre acabará de quitarse el mal olor.

—Dios se lo pague a usted, doña Felipa. Conque si mi compadre pregunta por mí, le dice usted...

—Sí, que tuvo usted qué hacer; bueno, hasta luego don Aristeo.

—Hasta luego, doña Felipa.

Ya había andado don Aristeo algunos pasos cuando le dijo Felipa:

—Don Aristeo, oiga usted.

—¿Qué?

—¡Cuidado! —añadió Felipa riéndose—; ¡cuidado como se va usted a enamorar de la cocota!

—¡Va!, ¡iva! ¡Qué doña Felipa tan candorosa!

—Es que...

—Es que voy prevenido.

—¿A ver?

—Mire usted.

Y don Aristeo sacó de la bolsa un rosario, del que pendían varias medallas y cruces y especialmente pequeñas bolsitas bordadas con chaquira y que contenían reliquias de un prestigio y un poder ilimitados.

—¡Ah!, pues con eso... —dijo Felipa, no sin burlarse interiormente de don Aristeo.

Felipa se quedó pensando en la entrevista que iba a tener lugar, mientras que don Aristeo, apenas salió de la casa, empezó a cojear.

A poco andar, exclamó:

—¡Malditos botines! ¡Válgame Dios! A lo que expone a uno un animal de éstos traídos de París. Si mi compadre llega a saber que he visitado a su cocota, ¡adiós!, se armará una zambra... Pero no, bien puede ser que no se arme nada; mi compadre se tiene por hombre muy civilizado.

A don Aristeo no sólo le iban haciendo sufrir los botines, sino que le raspaba el cuello de la camisa, e iba notando que su levita negra le apretaba de la sisa: hacía mucho tiempo que no se la ponía; no obstante, todas aquellas mortificaciones eran otros tantos avisos que le despertaban la presunción, y al pasar frente a una vidriera o frente a una peluquería, no dejaba de mirar de reojo su imagen retratada de cuerpo entero.

«Estoy bien acabado —se decía—; pero en fin, vestido, todavía no estoy tan mal: creo en todo caso que mi figura no me expondrá a que esa señora me haga una grosería.»

En don Aristeo se había operado una verdadera revolución: jamás había sentido más punzante el aguijón de la curiosidad;

nada le había hecho más impresión en su vida, como la noticia de que hubiera mujeres que se dejasen alquilar, según expresión del mismo don Aristeo: no le cabía en el juicio, ya no tanto que las hubiera, sino que de buenas a primeras encontraran hombres que, como su compadre, no vacilaran en pagarlas tan caras.

«¡Si no será mujer...! —pensaba don Aristeo—; pero eso no puede ser, porque lo que es a mi compadre, en esa materia no le dan gato por liebre.»

Andaba don Aristeo absorto en sus cavilaciones y deseando y temiendo al mismo tiempo que se acercara el momento de ver a la cocota, hasta que llegó a la calle en que vivía; pero como don Aristeo era corto de vista, recorrió dos veces la calle por una y otra acera sin encontrar el número 10.

«Vamos —exclamó—, decididamente en esta calle no hay número 10. Éste es un chasco; doña Ceferina ha equivocado el número a propósito, o tal vez la calle. ¿Qué haré?»

Don Aristeo estaba tan preocupado, que había dicho casi en voz alta estas palabras, y como aunque el hablar solo no tenga nada de particular, esto siempre es una cosa que llama la atención.

Uno de esos muchachos vagamundos que salen deseando fijarse en algo nuevo, lo había estado observando: y a la sazón que don Aristeo hablaba solo, el vagamundo se había parado frente a él fijándole una mirada escudriñadora.

Don Aristeo sacó sus anteojos con objeto de hacer un nuevo examen, fijándose más detenidamente en el número de cada puerta.

Tan luego como se puso a andar el vagamundo le siguió colocándose a su lado, porque para aquel muchacho empezaba a ser aquello un lance divertido, y aun deseaba entablar conversación con aquel señor que le parecía, según todas las trazas, un loco manso.

Con objeto de llegar a ser interpelado, el vagamundo se rozaba con don Aristeo y no le perdía movimiento: llegó don Aristeo a la última casa, y al ir a atravesar la calle para recorrer la acera opuesta, tropezó con el muchacho, que dio un traspies y exclamó:

—¡Ay!, señor, por poco me tira usted; ¿qué no ve?

«¡Adiós! —exclamó para sí don Aristeo—, este chico me va a armar camorra.»

—Perdona, hijito, no te vi.

—Usted no ve nada, ni los números.

—¿Ni los qué?

—¿No anda usted buscando números?

—Sí, el número 10.

—¿Qué 10? Si aquí no hay 10.

—Eso es lo que me desespera.

—¿Busca usted al médico?

—No.

—¿A la partera?

—No.

—Yo conozco a todos los de la calle; ¿al licenciado?

—No.

—¿A don Juanito Gómez?

—No; a ninguno de éstos; ¿dices que tú conoces a todos los de la calle?

—Sí, señor amo.

La palabra amo era ya la solicitud manifiesta de una propina.

—¿Quién vive en el 8?

—Es la casa de la Purísima, viven la partera, la...

—¿En el número 7?

—El licenciado.

—¿En el 6?

—Don Juanito; en el 5, los españoles del empeño.

—¿En el 4?

—Un padre; ¿busca usted al padrecito?

—No.

—Pues en el 2 vive el médico, y el 1 está vacío.

—¿Y por qué te saltas el 3?

—¡Ah...! —dijo el muchacho riéndose.

—Vamos a ver, ¿por qué te saltas el 3?

—Porque usted no ha de ir allá.

—¿De qué lo infieres?

—Como allí vive...

—¿Quién?

—Una persona que... yo no creo que usted la busque.

—¿Por qué?

—Porque es arañita.

—¡Cállate, muchacho! Y no seas quitacréditos; ¿qué sabes tú de eso?

—Quiero decir, ella es muy guapa, y es güera; pero no por eso deja de ser arañita.

—No andes diciendo eso, ¡qué sabes tú!

—¡Ah qué señor! ¿A qué va usted allá?

—Vamos, vamos, muchacho, ve, ve a comprar tus tronadores o tus dulces; toma, toma este realito y múdate; ve con Dios, hijito, ve con Dios.

El muchacho se separó de don Aristeo, en dirección opuesta, pero para observar más a sus anchas.

Iba don Aristeo a entrar en la casa número 3, cuando de manos a boca dio con doña Ceferina.

—¡Señor don Aristeo de mi alma! ¿Qué milagro es verlo a usted por mi barrio?

—Qué quiere usted, doña Ceferina, aquí dando vueltas. ¿De qué se ríe usted?

—De nada; vea usted lo que son las cosas, nos hemos venido a parar en la lumbre.

—¿Cómo en la lumbre? ¿Por qué?

—Estamos en el 3.

—¿Y qué?

—Que aquí vive.

—¿Quién?

—La americana.

—¿No decía usted que en el 10?

—Yo nunca he dicho semejante cosa, porque ni los hay en esta calle.

—¿Conque aquí...?

—Sí, aquí... tanto que yo creí que iba usted a entrar.

—¿Yo, doña Ceferina?

—Por lo menos usted ha estado buscando una casa en esta calle, y ya hace un cuarto de hora que lo veo a usted recorrer los zaguanes, hasta que el pelón habló con usted y entonces sin vacilar se ha dirigido usted hacia aquí; ya ve usted que tenía yo razón en creer que iba usted a entrar.

Don Aristeo estaba perplejo.

—Y además —agregó doña Ceferina—, como viene usted de tiros largos...

—Sí, pero eso es porque...

—Vamos, vamos, vendrá usted tal vez a ver si esa mujer de mis pecados se quita de en medio.

—Pues es cierto, doña Ceferina, a eso venía yo, a ver si por fin conseguimos evitar los males que son la consecuencia inmediata de... de esta corrupción de costumbres, doña Ceferina.

—¿Y eso de acuerdo con Felipita?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está de salud?

—Bien, a Dios gracias.

—¡Vaya!, bendito sea Dios, don Aristeo; ¿conque va usted, eh?

—Voy a hacer ese sacrificio.

—¡Pobre de usted! Pero cómo ha de ser, señor, cómo ha de ser; eso sí, que no le arriendo a usted las ganancias con los vecinos, porque todos van a saber que usted ha venido, y será el habladero para poner tablados.

—¡Sea todo por el amor de Dios! Pero usted bien sabe cuán sana es mi intención y qué sinceros nuestros deseos.

—Ya se ve, señor don Aristeo... conquese... que salga usted bien de su empresa; allá iré a saber cómo le fue a usted de visita; Dios lo lleve por buen camino.

—Adiós, doña Ceferina.

—Adiós, don Aristeo.

XVII. El diablo verde

Fue preciso a don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Después de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordón de la campanilla.

Salió una criada.

—¿Está en casa... la señora?

—¿Trae usted tarjeta? —le preguntó la criada.

«¿Se entra aquí con boleto?», pensó don Aristeo.

—¡Tarjeta! —repitió—; no, no traigo tarjeta.

—¿Su nombre de usted?

—Me llamo Aristeo.

—Voy a avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato, volvió diciendo:

—Que no lo conoce a usted la señora, que le mande usted decir lo que quiere.

—Es muy largo —dijo maquinalmente don Aristeo—; dígale usted que vengo de parte de mi compadre Sánchez.

Volvió a desaparecer la criada, y un segundo después se abrió frente a don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Ketty.

Esta aparición hizo en el rostro de don Aristeo el efecto del *cardillo*, y estuvo a punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy lejos de esperar; se le olvidó completamente su prevención contra la inmoralidad de la cocota, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

—Pase usted, caballero —dijo Ketty en buen español aunque con un acento ligeramente inglés.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

Ketty se adelantó para guiar a don Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Ketty se sentó en un gran sillón de metal, e indicó a don Aristeo que tomara asiento en el sofá.

Don Aristeo tenía en las manos su sombrero, su bastón, sus guantes y su pañuelo; pero no se acordaba de ninguno de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podía quitarle la vista a Ketty.

Era efectivamente hermosísima la cocota: su cabellera casi blanca, estaba tan artísticamente rizada, había tal gracia en aquel agolpamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interesantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan majestuoso como una corona imperial.

Era una mujer de alabastro, porque sobre la tez blanquísima de las hijas del norte, todavía había alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacían presentir la presencia de no sabemos qué rosas encantadas, así como en los labios de Ketty se presentía el beso que parecía haber anidado allí,

sobre aquel granate, junto a aquellas perlas, en aquel botón de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habían de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego, y la humedad miel.

Ketty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace a uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Ketty.

Don Aristeo tenía trabada la lengua; y luego, que desde que había entrado allí había percibido un aroma tan exquisito, un olor a flores o a ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que don Aristeo dilataba las ventanas de su nariz para oler más, como dilataba sus pupilas para ver más y más a aquella aparición verde.

Lo único que no podía hacer don Aristeo era hablar.

—¿Usted es padre de Sánchez? —preguntó Ketty con una voz que le pareció a don Aristeo cajita de música.

Don Aristeo primero tragó, después tosió, y no seguro de que a pesar de esas dos cosas le saldría la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

—No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de don Aristeo, que a él mismo le pareció que otro era el que había contestado por él.

Ketty empezó a mecerse en el sillón, y como don Aristeo a su pesar tenía la vista clavada en los ojos de Ketty, a los pocos momentos comenzó a sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel movimiento le imprimía todavía algo más de fantástico

y de aéreo.

Ketty tenía una mano cerca de la mejilla; ipero qué mano! Era una mano modelo, blanca también como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; iera una mano tentadora!

Don Aristeo pensó:

«¿Si me dará la mano?».

Se vio tentado de retirarse, sólo para hacer la prueba.

—¿Qué dice Sánchez? —preguntó Ketty.

—Está enfermo —se apresuró a contestar don Aristeo.

—¡Pobrecito de Sánchez! ¿Qué tiene?

—Dolor de costado... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir a la calle.

—¿Pero está muy malo entonces?

—No; no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorría con una mirada impasible a don Aristeo, y acaso como mujer de mundo ya había comprendido el efecto que causaba.

—¿Es usted americana, de Norteamérica?

—No, señor, nací en Francia; pero desde niña vivo viajando.

—¡Viajando!

—Sí, señor, el mundo es para verlo.

—Es cierto —dijo don Aristeo; y agregó para sí—: «Yo nunca he salido de Oaxaca».

—Yo también quisiera viajar —continuó don Aristeo—; no

conozco el mar, ni París. ¿Es bonito París?

—Hoy está feo.

—¿Y le gusta a usted México?

—Puede llegar a ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero a otras partes, aquí sólo se hace pero no se gasta aquí.

—Efectivamente, señorita.

—¿Usted tiene minas?

—Sí —dijo resueltamente don Aristeo—; quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de mecerse en el sillón.

—¿En Pachuca?

—En Pachuca, sí señorita, y en Guanajuato.

—¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, París, Londres, Berlín, ¡oh!, es muy hermoso todo, y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh!, ¡es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

—Sí, señorita, yo voy a viajar; ¿y adónde me aconseja usted que vaya primero?

—Primero a los Estados Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; después vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; después a Saint Nazaire y a París, y luego a Londres; en fin, se debe ver todo.

—Y dígame usted, señorita, ¿usted tiene familia?

—¡Ah!, sí, sí.

—¿Y está...?

—En New York; pero yo estoy independiente.

—¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

—¡Ah!, sí, sí... diez años.

—¡Diez! —exclamó don Aristeo.

—Mis hermanos también viajan; uno está en el Japón; otro está en la expedición inglesa al polo; una hermana está en Lisboa y otra en Río de Janeiro, y yo en México a su disposición —dijo Ketty echando a don Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

A don Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera salido de una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

Don Aristeo seguía viendo, con una atención casi inconveniente, la cara y la mano de Ketty.

Ésta por su parte estaba ya segura de que algo muy hondo se había insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada: la criada se parecía mucho a doña Felipa; tenía un vestido igual e iguales maneras.

Como don Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron a turbarse.

La criada traía una gran charola que casi no cabía por la puerta, y sin consultar a su ama colocó aquella charola sobre

una mesita que estaba junto a Ketty.

Había en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamón de Westfalia, queso inglés, una jaletina, frutas secas y pan.

Después puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

—Usted va a... —dijo don Aristeo parándose.

—Usted tendrá la bondad de tomar el *lunch*.

—Señorita... yo no acostumbro —y pensó don Aristeo: «Me va a convidar a almorzar; ¿qué dirá mi compadre? ¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, o tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca?».

—¿Usted no toma el *lunch*?

—¡Señorita...! Acompañaré a usted.

La criada acercó la mesa de modo que don Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dio a don Aristeo.

—¿Le sirvo a usted, señorita?

—Gracias —dijo Ketty cortando un pedacito de queso.

Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para don Aristeo.

—¡Salud! —murmuró Ketty apurando su copa.

—¡Salud! —repitió don Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso, y don Aristeo la imitaba.

Se le estaban yendo los ojos tras del jamón, pero temía parecer glotón si comía carne a tales horas, y se limitaba a su pesar a imitar a Ketty.

Bastó a don Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse más expansivo.

—He tenido una agradable sorpresa al conocer a usted, señorita —dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabía que era usted muy hermosa, ipero no tanto!

—¡Ah!, señor, gracias.

—Positivamente, señorita, es usted la mujer más hermosa que he conocido; con razón mi compadre... mi compadre la quiere a usted mucho.

—¡Pobrecito de Sánchez! —volvió a decir Ketty.

—¿Y... no se vuelve usted a Europa?

—Sí, señor.

—¿Pronto?

—Tal vez.

—Quédese usted.

—¡Ah!, no, señor; ya he vivido mucho en México.

—¿Y Sánchez?

—Él me ha dicho de venir también conmigo.

—Mejor será que usted se quede, señorita.

—Usted puede viajar también.

—Sí... efectivamente —dijo don Aristeo acordándose de que no tenía un centavo.

Las resoluciones de don Aristeo habían encontrado una contrariedad que no se esperaba; no tenía valor para afrontar la cuestión de trabajar contra Sánchez; y hasta llegó a encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los 300 pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sánchez, y aquella mujer realmente tenía algo que don Aristeo no había visto nunca.

De esta consideración pasó a la de su miseria, que por la primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

—Por otra parte —pensaba don Aristeo—, si yo le he de hacer la guerra a mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio más que por el del amor; pero esto es imposible.

—¡Ay!, señorita, si yo fuera joven...

—¿Qué haría usted?

—Procurar que me amaran.

—Debe usted tener quien lo ame.

—¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quién me ha de querer a mí? El amor es para los jóvenes.

—Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar a don Aristeo, lo entristeció más.

—Pero ¿sería posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar a un hombre... así, que no fuera joven?

—Ya lo ve usted; yo amo a Sánchez.

—Sí... es verdad; y entre mi compadre y yo... en fin, no hay

mucha diferencia.

—La gratitud —agregó Ketty— es la puerta del amor.

Ketty empezaba a comprender que don Aristeo podía ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podía prestar todo género de garantías.

—¿Habla usted inglés?

—No, señorita.

—¿Francés?

—Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada más lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo *bonjour*, se ríen de mí.

La sola idea de acompañar a Ketty en su viaje, estaba sacando a don Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad a la que su compadre gastaba podía ser tan dichoso como él, era para don Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió todo lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el día, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debía retirarse para no ser molesto.

—Voy a pedir a usted un favor, señorita.

—¿Qué favor?

—Que no sepa mi compadre que he venido a ver a usted; yo vine oficiosamente a avisar a usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

—Bueno —dijo Ketty—, Sánchez nunca viene en la mañana, sólo viene de noche y algunas tardes; usted puede venir si gusta.

—Tendré esa satisfacción.

Ketty fue quien alargó la mano a don Aristeo para despedirlo; don Aristeo se apoderó de aquella mano que había estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presión era extraordinariamente dulce.

Se despidió don Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y galanterías, y repitió que pronto tendría el honor de volver.

Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de despertar, aunque seguía sintiendo en la mano la impresión de la mano de Ketty.

«¡Decididamente es una mujer encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Sí, bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten a uno, y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo mi compadre lleva ocho meses de estar pagando 300 duros! ¡Hace bien! ¡Muy bien hecho! ¡Yo haría lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta mujer! ¡Y yo que la creía un demonio! ¡Yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre...! ¡Vamos, vamos, esto parece increíble! ¿Y ahora qué le digo a doña Felipa, que me estará esperando con tamaña boca...? ¡Vamos! Ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo... que en fin, que he cambiado de modo de pensar, se armaría una, que... ¡Dios me libre...! Nada; le diré a doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanza de que llegaremos a quitarle a mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.»

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentación.

Era tarde.

XVIII. El tesoro virgen y la caja vacía

Cuando se acabó el concierto, Chona se retiró a su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar a su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar a oscuras y no oír ruido.

El silencio que sucede a la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas notas entregaron a la fantasía la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporosas, en ese mundo de los sueños; mundo al que apenas los poetas han logrado robarle algunas imágenes que han dejado copiarse.

Había más de éxtasis que de sueño en aquel estado particular en que Chona se encontraba después del concierto.

Quién sabe cuántas horas duraría aquel bienestar, pues es imposible adivinar el momento en que la última rueda de aquella máquina cesó de moverse; porque Chona esa noche no se durmió, sino se perdió en el sueño.

La luz de la mañana ahuyentó las sombras, y con las sombras huyeron las visiones de la noche.

Algo parecido a una contrariedad experimentó Chona al ver la luz.

De entre las blancas ropas salió el brazo de Chona cubierto con una manga con puño de encajes; la mano de Chona,

pálida y tibia, buscó algo en la pared, hasta que tocó con la yema del dedo índice el botón de marfil de una campanilla eléctrica.

Algunos segundos después sintió que abrían la vidriera.

Era su camarera.

Chona, sin abrir los ojos, balbuceó apenas esta palabra:

—Cierra.

La camarera, sin hacer ruido, acabó de cerrar la puerta del balcón y dejó caer la cortina.

La pieza quedó sumergida en las tinieblas.

La mano de Chona había vuelto a entrar, como un armiño que a la puerta de su madriguera hubiera notado que hacía mal tiempo.

Realmente la mano derecha de Chona experimentaba ya el bienestar que se disfruta al recobrar la temperatura después de un enfriamiento.

Chona quería robarle a aquella mañana fría una hora, para agregarla a la noche anterior.

Chona estaba acostumbrada a salirse en todo con la suya.

Se volvió a dormir.

Dos horas después, el ángel del sueño se cansó de darla gusto: Chona abrió los ojos y abrió su pensamiento.

Entró Salvador.

«¿Él? —pensó Chona, y se sorprendió de la eficacia de su visita imaginaria—: ¿Él? ¿Él lo primero en que yo pienso...?» —y después de una larga pausa agregó—: «¡Qué bien se viste Salvador! ¡Ninguno lleva el frac como él! ¡Qué elegante es...!»

»Hoy vamos a platicar mucho... ¿Vendrá? Naturalmente; hoy con más motivo, ha de tener deseos de que hablemos de ese señor Sánchez para reímos de él; ¡pobre señor!, me pareció un poco alegre al retirarse».

Volvió a tocar Chona el botón de marfil y volvió a aparecer la camarera.

—¿Abro? —dijo ésta.

—Sí.

Apenas penetró la luz, Chona dirigió su primer mirada a su reloj de mesa: eran las diez. Se apresuró a incorporarse, haciéndose una reconvención para reprocharse su pereza; pensó en que no debía haber dormido tanto.

—¿Pasó usted mala noche? —preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple a las salvedades de *usted dispense; si no le soy a usted molesto, etcétera*.

—Sí... —contestó Chona mintiendo.

¿Por qué mentía? Chona era libre para dormir o velar sin coacción de ninguna especie, y no sabemos por qué creyó necesario justificarse por haber dormido dos horas más.

Chona, con ayuda de la camarera, salió de la cama envuelta en un largo peinador blanco; había metido los pies en unas chinelas de terciopelo acojinadas y con una orla de piel de nutria.

La camarera templó y perfumó el agua, ofreció a su ama elixir dentífrico en un precioso vasito de cristal de roca grabado a buril y con las armas del último imperio; aquel vasito perteneció a la emperatriz Carlota.

Chona estuvo sola después más de media hora, hasta que la

camarera entró con la ropa.

—¿Qué vestido me traes? ¡Ah!, ¡ése es un vestido muy triste; no lo puedo ver!

—Traeré otros —dijo la criada, y a poco rato volvió con seis vestidos.

—Ese morado tampoco.

—¿Quiere usted el que trajo ayer la modista?

—Sí.

Era un vestido de gro color de almendra, lleno de flecos y escarolas de un trabajo exquisito.

—¡Ah! —dijo Chona examinándolo—, tenía razón madama Clara; está enteramente igual al que vino de París.

—Pudiera estar mejor —se atrevió a decir la criada.

Este vestido color de almendra, tenía esos márgenes misteriosos, que son el resultado de un refinamiento no bastante comprendido por todos.

Las mangas no dejaban salir los brazos sino haciéndolos perder sus perfiles en una especie de nube de encajes; así como no dejaba adivinar el pecho sino al través de una vaporosa confusión de adornos exquisitos.

Este vestido, según la expresión de la misma madama Clara, vestía solo.

Efectivamente, cualquiera cosa que se hubiera metido dentro de aquel traje, hubiera podido pasar por una mujer.

Chona agregó al vestido un simple aderezo de oro.

—¿Han traído flores?

—Temprano trajo el jardinero de San Angel, cuatro buqués.

—¿A ver?

La camarista trajo uno que ya estaba colocado en un jarrón de forma etrusca.

Chona eligió el más grande, el más aterciopelado de los pensamientos, y lo colocó entre los rizos de su peinado.

En el cuarto de Chona había una atmósfera pesada, pero impregnada de esencias; la camarista no entregaba a Chona ninguna pieza de ropa interior, sin haberla perfumado antes con el pulverizador.

Salió de allí Chona como una de esas rosas acabadas de abrir, y a las que se cuida de quitarles las espinas y algunas hojas verdes.

Chona estaba irreprochable; y cuando hemos dicho que su edad era uno de sus más íntimos secretos hemos acertado, pues nadie, a juzgar por las apariencias, lo hubiera adivinado, era una de esas organizaciones vigorosas encomendadas a una propietaria que profesaba la higiene por intuición, y que la practicaba escrupulosamente, de la manera más solícita y cariñosa que pueda imaginarse.

A las doce llegó Salvador.

Se dieron la mano y se miraron, y hasta después de una larga pausa, fue cuando Salvador dijo:

—¡Qué bien le sienta a usted la música!

—¿Por qué?

—Porque la música tiene algo, sólo para usted.

—Para todos.

—Es inútil la modestia, y sobre todo el disimulo; ha

amanecido usted hoy dándole las gracias a Euterpe.

—¡Viene usted terrible!

—Me voy a hacer espiritista.

—¡Ave María Purísima!

—He resuelto volverme loco y ése me parece el camino más corto.

—Hablemos con formalidad: ¿qué le pareció a usted el concierto?

—¿La verdad?

—Sí, desnuda.

—Le estoy encontrando algo nuevo a todo.

—¿También a la música?

—¡Precisamente! Y usted tiene la culpa.

—¿Yo? —preguntó Chona con una mirada que borraba las interrogaciones del yo.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Me tiene usted por vanidosa, por fatua?

—No, Chona, la tengo a usted por una mujer de mucho talento.

—¿Ése es su primer síntoma de espiritista?

—Hemos quedado en que hemos de hablar formalmente.

—Convenido.

—Pues entonces comienzo. ¿No ha sentido usted alguna vez el deseo de comunicar a... alguno, a un buen amigo, sus

impresiones íntimas? ¿No es verdad que hay veces que se siente uno capaz de describir, de narrar, hasta de pintar ciertas situaciones?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces es cuando está uno solo, sin nadie que lo escuche, sin nadie a quien regalarle un ramillete de pensamientos que vuelve uno a guardarse con tristeza: ¿es cierto?

—Sí, Salvador.

—¿Cambiamos ramilletes?

—Sale usted perdiendo; el mío es un ramo marchito.

—¿Marchito? El pensamiento que tiene usted en el peinado no es más puro que los que están adentro.

—Sí, es cierto, Salvador, no es más puro; ipero mis pensamientos son tan tristes...!

—¿Y qué, los míos serán alegres?

—Puede.

Tanto a Salvador como a Chona les pareció que habían llegado al término de un camino y retrocedieron.

—¿Por qué se calló usted, Chona?

—Me volví.

—Ya estábamos cerca.

—¿Verdad?

—Pues yo quiero llegar hasta el fin.

—¿Para qué?

—Para dejar para siempre el mundo en que he vivido hasta ahora; porque allá a donde íbamos llegando hay otra vida, otro modo de ser; y o conquisto esa vida, o tiro esta que tengo y que para nada me sirve.

—¡Salvador! ¿Qué es eso? ¿Se vuelve usted impío?

—Impío no; cuando más llegaría a ser incrédulo.

—¿Son los espíritus los que hacen eso?

—En medio de un mundo de materia no hay más que un espíritu: el de usted.

—Ahora me toca a mí ser incrédula.

—No tiene usted razón. Usted es capaz de adivinarme y sabe usted tan bien como yo que no miento.

—Por lo mismo lo he creído a usted siempre.

—Menos ahora.

—Menos ahora, porque es usted otro.

—Sí, me ha vuelto usted otro.

—¿Tan pronto?

—Media hora basta para hacer día la noche.

—¡Pero usted, Salvador!

—Yo.

—¿Y París? ¿No me ha dicho usted que allí lo dejó todo? ¿Que París es una novia que está usted obligado a cargar asida de su cuello por todas partes y para siempre?

—¿Y si no fuera por eso, cree usted que yo podía haber hallado a usted en el mundo? ¿Podría saber lo que usted vale, si antes no hubiera comprendido lo que valen las demás

mujeres? Para que usted quepa en mi corazón, es preciso que allí no exista nada. Supongamos que mi corazón es un campo talado, que es un desierto; sólo así puede usted caber en él.

—Ha cumplido usted su palabra, llegó usted hasta el fin. Ahora reflexionemos.

—Ya sé lo que me va usted a decir.

—Entonces...

—¡No sea usted cruel!

Salvador dijo esto de un modo que reveló la más profunda emoción, y reinó en seguida un largo silencio.

XIX. El tesoro virgen cabe dentro de la caja vacía

¿Por qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? Si somos los Sísifos del destino, luchemos.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo.

—¿Contra el deber?

—Contra todo.

—Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontraremos?

—¡La felicidad!

—¿Qué felicidad? ¿Usted cree en eso?

—Por la primera vez.

—¡Ay!, ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

—Se compone de esencias vírgenes, de efluvios desconocidos, de intuiciones jamás sentidas por nadie; se compone de usted... ¡Ah!, si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡Qué tesoros de poesía! ¡Qué fuego podría ofrecer la mujer redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reina...!

—La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se

marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un día; viven aprisa; se precipitan para llegar a un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

—¡Pero usted...! ¡Ay Chona! Allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres a su vez han sido para usted pétalos; han sido también flores, más que prematuras, raquílicas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generación.

—¿Usted cree que acabó en mí todo? Lo mismo creía yo, pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilfarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna mujer ha osado tocar, porque ninguna mujer se parece a usted en el mundo.

—¡Qué más! Siento en mí la redención; mi alma brota de mis ruinas y renazco a una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa; vida que está más allá de todas las miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

—Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruina de fútiles prodigalidades, la caja vacía de los juguetes del alma; hoy al transformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho más que tirar la basura para guardar las flores; la vida moral del hombre bien puede ser sólo un crepúsculo, pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno día. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó a Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida a las alas

de la fantasía de Salvador; había perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguía en su viaje fantástico, como había seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situación semejante, la cesación de la palabra es un abismo, y no parece sino que la verdad majestuosa y severa, no se presenta sino en ocasión solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se había elevado como un aerostato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frío asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? —le preguntó Salvador presintiendo la transición.

—Porque tiemblo.

—¡Temblar! ¿Quién osaría detener mi pensamiento? ¿Quién me impediría tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¡El deber! ¿Y quién traza ese deber? ¿Qué ley es ésa de tan raquíticas proporciones?

—¡Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creería sin derecho para robar una paz que no podría devolver. Dígame usted que ama a Carlos; dígame usted que Carlos la ama a usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: éste es el fruto de mi amor; ésta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé a mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz, nadie que yo sepa tiene derecho

de exigir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que, sin ser contrario a la naturaleza, pueda pedir a una mujer que no tenga corazón; ni habrá ley que me obligue a no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador...!

—Tiembra usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrión sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una unión fría y forzosa como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! ¡No pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oído evocar más que a los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condición de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar a nadie.

—¡Error!, ¡error! ¡No amar a nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo a usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿Qué deber es ése de que usted me habla, que pueda ser superior a esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinela avanzado, osó siquiera presentarse anoche a turbar el éxtasis a que la entregó a usted la música? ¿Se atrevió ese cancerbero a acercarse al lecho de usted para turbar su sueño? ¿Ese deber no se ha callado cobardemente, mientras usted pensaba en mí, mientras veía usted mi retrato?

—¿Usted sabe...?

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? Sí; lo sé, porque yo a la sazón veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre que me he vuelto espiritista.

Esta vez no se rio Chona, estaba vencida.

De los ojos de Chona se desprendía una lágrima.

—¡Chona! —exclamó Salvador lleno de entusiasmo—; ¡Chona! —repitió como en actitud de caer a sus pies—; esa lágrima es el bautismo del amor; esa lágrima consagra nuestra unión eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba a tomar entre las suyas una mano de Chona; pero ésta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Había en el semblante de Chona un gesto tan aristocráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y a su vez se levantó, pero no con altivez; estaba pálido como en el momento que precede a la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazón.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mirada, y tuvo un momento de horrible angustia.

Se apoyó en el respaldo del sillón.

Salvador estaba inmóvil.

Sonó la campana del reloj, y esta vibración repentina fue como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintieron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar a Salvador la hora que apuntaba el reloj.

A aquella hora subía Carlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió a las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y a oscuras; sólo que aquellas dos horas difirieron completamente de las otras dos que había dedicado en la mañana a sus ensueños.

La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba a la imaginación con aquella palidez mortal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo había contemplado el último momento; aquella palidez tenía para Chona, no sabemos qué alta significación que la preocupaba de una manera horrible.

«Lo he lastimado profundamente —decía Chona—; he sido muy cruel, inútilmente cruel! ¡Qué transición tan dolorosa! ¡Él estaba lleno de pasión, lleno de entusiasmo, sí, porque Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior a cuanto podía yo figurarme... y yo... yo me he levantado de mi asiento como ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿Por qué se sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? Él no hubiera sido capaz de nada, iba a acariciarme tal vez sin pensar que me ofendía. ¡Pobre Salvador! Él tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pareció que se había quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió

a decirme que lo había yo herido... ¡pobre Salvador...!

»Pero bien, ¿qué debo hacer? Él también sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

»Ése precipicio es el crimen... ¡Adúltera! ¡Qué fea palabra! ¡Qué horrible idea...! ¡El crimen...! ¿Yo criminal? ¿Yo confundirme con esas gentes a quienes siempre he denigrado? ¿Yo ser una de tantas mujercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas...? ¡Ah!, no; jamás, jamás; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré a... a la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento... debe haber oraciones contra este pecado..., debe haber métodos contra estos accesos... ¿Y quién me podrá dar ese remedio? Basta mi voluntad... ¿Y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba a caerse muerto... si mañana me encontrara severa, fría, altiva... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio... ¡Ah!, ¡pobre Salvador...! ¿Pero si por docilitarme me dejo llevar y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crimen...? ¿Si llega un momento en que no puedo retroceder...? ¡Ah!, no, eso jamás; yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sabio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar a nuevas faltas y sin exasperar a Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. ¡Sí, sí, ánimo, ánimo! Porque la más pura, la más grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seducción que se presenta a mis ojos con tantos atractivos, con tantos encantos».

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitación.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacía en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que a su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una momia, le quedan por atavíos al esqueleto; había algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue a muchos insectos sorprendidos por el frío y por la desolación.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de pieles y se hizo conducir en uno de sus coches al paseo de Bucareli, arrellanada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar a nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé inglés negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisones negros también.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado a servir, habían adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares —le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¡Cómo está tan ovachón!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó a su casa después de la oración.

XX. Don Aristeo tentado del demonio

Cuando llegó don Aristeo a la casa de Sánchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? —preguntó a don Aristeo.

—¡Quite usted allá, doña Felipa! ¡Qué mujer!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una mujer más linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no una divinidad, es una exageración; pero sí es el diablo más hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una mujer con un pelo como de ángel; ¡Ave María Purísima! Ya vuelvo a hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel más lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparación, doña Felipa; pues figúrese usted a Luzbel hembra, allá cuando todavía era ángel bueno.

—Sí.

—Pues ahí tiene usted a Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted a ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco a ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba... lo que se llama... figúresela usted... así de una manera... en fin... ¡verde!

—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos... ¡qué manos...! ¿Ha ido usted a la Academia?

—¿De San Carlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Venus de mármol?

—La vi con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le vería usted siquiera las manos.

—Sí... y algo más, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Venus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo a usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas?

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de dónde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Qué mal gusto!

—¡Quite usted allá, doña Felipa! ¡Qué mal gusto! ¡Si viera usted cómo ha gozado esa mujer!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y además se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo: «¿Toma usted el *lunch*?», y yo le dije: «Tomaré el *lunch*», por parecerme que... en fin, puede ser que estas extranjeras que son tan raras, tomen a *desaire* o a mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comería usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué más?

—Había un jamón exquisito; de buena gana le hubiera traído a usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero a todo esto ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos...?

—Sí, lentamente, lentamente yo iré minando y con paciencia...

—¡Pues Dios lo haga!

—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpación de un espíritu maligno.

—Pero... permítame usted que sea curiosa, don Aristeo: ¿realmente es una mujer que valga la pena, o que de alguna manera sea disculpable el hombre que...?

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de aplomo.

—¿Y qué...?

—La verdad... disculpo a mi compadre —dijo bajando la voz—; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con tercia y quinta.

Esta conversación se prolongó por mucho tiempo entre don Aristeo y doña Felipa, y subieron de punto la animación y los comentarios desde el momento en que doña Ceferina, deseosa de saber lo que había pasado cambió el turno de sus visitas a fin de averiguar el resultado de la entrevista de don Aristeo con la cocota.

Doña Ceferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena a cierto santo de su devoción que ya en ciertas ocasiones la había sacado avante en asuntos más intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicación con la cocota, cuya imagen tenía grabada en la mente de una manera persistente e inusitada.

Cuando don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno a sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omisión que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

«Después de todo —pensaba don Aristeo—, esas mujeres, prescindiendo del infierno que se mamarán después, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios según las latitudes.

»Una mujer de éstas, no puede menos que no tener corazón, o tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionarles esa suma de comodidades de reina.

»¡Ay!, en mi tiempo no había cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios, esta civilización europea ha de

acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

»¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasado! Eso sí, por su dinero; pero bien visto, ésta es una cosa de la civilización, está muy bien pensada digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga a decir cada disparate del tamaño del mundo.

»Si yo tuviera la conciencia un poco ancha; si por un poco de tiempo pudiera sofocar los avisos de mi razón y de mi moralidad, estoy por decir que pretendería que mi compadre se desprendiera de la cocota, y a mi vez ensayaría yo un par de meses... no, es mucho, siquiera una quincena; haría de cuenta que soy rico y viviría un poco en esa atmósfera de placer... ¡Qué barbaridades estoy pensando, Señor! ¿Qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios mío! ¡Lo que puede una mala compañía! Me ha bastado ver a esa mujer de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son a propósito para meterme en esos devaneos.

»Si yo tuviera siquiera dinero, ya sería otra cosa, porque bien claro me dijo esa mujer que *si yo tenía minas* bien podía viajar con ella. ¡Oh!, y lo que es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba más, sino que después de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa mujer cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no saben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

»Y por otra parte, bien podría sostener el papel de rico, al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaría para algo; eso sí, sólo para hacer el papel de minero por algún tiempo y para que

esa mujer no me coja en mentira.

»Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situación financiera es de las más desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo a grandes pasos a la más completa ruina, y ni él ni yo habíamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podía ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situación comprometida, cuanto para que yo entre en posesión de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré a mi compadre y la ocasión me parece oportuna».

Acto continuo don Aristeo entró al cuarto de Sánchez.

—Buenos días, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! Sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovía de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podríamos proponer la transacción y que se venda la casa.

—Eso debía usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos a ver, le compro a usted el negocio.

—¿Al contado?

—Pero compadre, usted sabe bien cómo estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensación recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo a mi vez saliera también de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiría a usted dinero a toda costa.

—Pero si usted puede, sólo queriendo, disponer de 300 pesos mensuales.

—¡Ah...!, sí... —dijo Sánchez.

—Pues bien, me conformo con esos 300 pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, a la venta de la casa.

—Bien, sea entonces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica a su tranquilidad, es esa señora... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruina y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no da un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones...

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio a ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.

XXI. En el cual el lector vuelve a seguir los pasos de Ricardo, de Amalia y de la Chata

Perdónenos el lector, si por algún tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por vía de reparación hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo había logrado hacer la más fácil de todas sus conquistas, pues a la verdad no había puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fue esto:

Era muy franca, tenía no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspección que era de esperarse en mujer de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la mujer una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmón.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlita oculta en materia de corazón.

«Amalia es muy sencilla —exclamaba—; ya se ve, se ha educado en el Colegio de las Vizcaínas y casi de allí salió para unirse con Sánchez.»

Ricardo no sabía todo lo que podía haber en aquel casi ni en aquella sencillez.

Otras veces decía Ricardo: «Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sánchez». Y muy contento con este símil, que le parecía en extremo adecuado, se daba el parabién de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que había encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habíamos vuelto a ocuparnos de él, sino en el momento en que Sánchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Carlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno: la lámpara de mesa tenía encima, a guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, a propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida de color de rosa; parecía una rosa reina: su vestido tenía muchos volancitos como para figurar ese agolpamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de éste, la mujer recurre a Escabasse, o a Cataño, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenía aromas del Japón, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exudaciones y demás miserias humanas.

Amalia estaba además parada sobre las puntitas de los pies;

lo cual, estéticamente, suprimía, en la idea al menos, no sabemos cuántas libras de peso a su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacían el efecto de arquear el pie de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el más provocativo de los puentes.

Amalia vivía sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presunción.

El rey de la creación, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó más en sí mismo; nada más natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente a su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético con que pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que, en lugar de juntarse en la barba, se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y después de abrirse, traían no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo; Salín había sabido pintarle un chaleco y un gabán de mucho gusto, y Minard le había hecho unos botines que realizaban el tipo del pie mexicano; pie por el que Amalia se salía de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismarck que comprimían los músculos de la mano, al grado de hacerla inverosímil: las

manos de Ricardo perdían con aquellos guantes la tercera parte de su volumen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.

Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirigió a la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

«¡Ahí está ya!», dijo para sí, y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos.

Se miraron, se sonrieron y entraron.

Ricardo se desabrigó y se sentó junto a Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí, Amalia?

—Mucho, ¿y usted?

—No tengo otra imagen en la memoria: ¿puede uno ver a usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia, en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí, lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situación actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte... ¿le digo a usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede a uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las cree amigos viejos, por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece —continuó Amalia— que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un ser que se interese por mí; que ya tengo a donde volver los ojos; que ya tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada más como a hermano?

—¿Qué más quiere usted?

—Es cierto, ¿a qué más podría yo aspirar? Pero...

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso, y deseo que me quiera usted más que a todo el mundo.

—No amando a nadie, bien puede ser un hermano el ser a quien más se ame en el mundo.

—Es cierto, pero... tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar...

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre

Sánchez y yo...

—Hay un abismo —agregó Ricardo—, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.

—¡Qué quiere usted! Ésa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensación...

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriría de pena.

—Entonces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancípese usted.

—¡Ricardo...!, ¿y mis deberes?

—¿Y qué? Siendo la base de estos deberes sólo la voluntad, cuando ésta cesa...

—No obstante, Sánchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay más matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sánchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

—Dice que nada importa la bendición de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sánchez; la prueba es que si nada importa todo eso ¿a quién ocurriría para arrancarla a usted de mis brazos? El señor Sánchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafío a que la separe a usted de mi lado, y supuesto que la mujer es del más fuerte, ni más ni menos que la leona o la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendición nupcial a la Remington, y entre sus derechos y los míos, no habrá ninguna diferencia.

—¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razón el señor Sánchez, para nada sirve la bendición de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidado!

—¿Con quién? Sólo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momento dudo.

—¡Ingrato!

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaría a usted menos.

—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo a usted más cada día, y como mi amor crece, ve pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Ésas sólo pueden nacer del corazón.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas a Ricardo en la rodilla.

Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

—Juicio, señor mío, juicio; no se le permiten a usted esas libertades.

Amalia sabía abusar de estas transiciones; del fondo de la más grave de las cuestiones, descendía a la puerilidad y a la broma.

—¿Le gusta a usted mi vestido? —preguntó de repente a Ricardo con el candor de una niña.

—Sí —contestó maquinalmente Ricardo.

—Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se ve, todo lo que tengo es tan feo!

—¡Es hermosísimo! —dijo Ricardo volviendo de su distracción—, parece usted una rosa de Castilla.

—Tengo seis vestidos color de rosa.

—Usted tiene cien primaveras cada día.

—¿Qué color le gusta a usted más? ¿El color de rosa o el azul?

—El color de rosa.

—A mí también.

Ricardo estaba visiblemente contrariado; pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñía. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus pies, muy lindos sus ojos e incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras más hermosa me parece usted, me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo a usted con todo mi corazón.

—¿Sabe usted que es muy serio lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es serio, y tanto, que estoy resuelto a todo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, a todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamorado, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos más tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces...

—¡Calma, hermanito mío, porque no he concluido! Somos lo que se llama dos pichoncitos, pero al mismo tiempo soy una mujer honesta que sabe cumplir con sus deberes; sí, señorito, y soy por lo tanto incapaz de hacer locuras.

—¡Amalia! ¿Habla usted formalmente?

—Sí, señor.

—Quiere decir que me he equivocado, que soy un mentecato, que he podido tomar por amor lo que no era más que...

—Siga usted, siga usted... no se arrepienta; que es seguro que va usted a ofenderme, que es lo que merezco por ser ingenua, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted a decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de abusar de la debilidad de una mujer, ustedes los hombres se pintan solos para dejar a uno lo más mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿Qué está usted diciendo?

—Verdades, sólo verdades; ya no puede uno decirle a nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan a uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! Tenga usted la bondad de no continuar.

—¡Eso es! ¿Tampoco tengo el derecho de defenderme?

—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? De sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito a usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco a usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente a escuchar, y Ricardo en cuya imaginación rodaba todavía el torbellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestión con mesura y aplomo; circunstancia que nos obliga a continuar esta materia en otro capítulo.

XXII. En el que se ve que la jamona sabe más de lo que le han enseñado

—¡Amalia! —exclamó solemnemente Ricardo—: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije a usted —continuó Ricardo— que la amaba, porque... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó... más todavía.

—¿Más? —preguntó Amalia, a pesar de haberse propuesto no hablar.

—Más, Amalia: me apretó usted...

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apretón, ¿de qué manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted...

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah!, yo creí que iba usted a decir otra cosa.

—No, Amalia, nada más eso. Después me mandó usted llamar

con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme...

—Sí, para darle a usted una satisfacción; para no pasar para usted por una mujer desatenta; eso a mi modo de ver, no tenía nada de particular.

—Después —continuó Ricardo—, le volví a decir a usted que la amo.

—Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

—Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confidencias, entre otras que no ama usted a Sánchez y que no es su marido de usted.

—Todo lo cual —interrumpió Amalia— lo ha traducido usted de este modo: «Amalia está enamorada de mí». ¿No es verdad?

Ricardo guardó silencio, y sólo preguntó con la mirada.

Amalia volvió a fijar la vista en el techo.

Exasperado Ricardo exclamó:

—Pues bien, sí es cierto; lo he creído, lo creo y lo creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

—Como amante.

Amalia volvió a fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea usted, Ricardo, qué figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un monstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando a

Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacía cada vez más embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóvil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente a Amalia.

Ésta permanecía con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla a usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adiós, Ricardo; pero vea usted, vea usted; así parece un animal negro con muchos pies!

—Efectivamente —dijo Ricardo alargando la mano a Amalia—, me despido de usted para no volverla a importunar con mis gratuitas suposiciones, y le pido a usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de qué.

—Adiós.

—Adiós.

—¿Le es a usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces...?

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse más de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablemos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho a usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted...?

—Como hermano, nada más como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver a verla a usted jamás; puesto que su cariño está muy lejos de ser como el mío.

—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡Ardiente! ¡Apasionado, profundo!

—¿Y el mío no? —preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como a un hermano.

—Es cierto.

—Pues no quiero ese cariño; o me ama usted como yo la amo, o desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿Que haga sacrificios? Ordene usted, mande y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted a amarme tanto como yo la amo a usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada día se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar a más recompensa que a ese cariño tibio y fraternal...

—Entonces —interrumpió Amalia—, no vuelve usted a verme; entonces se va usted y... ¿no es esto? Quiere decir que, o lo amo a usted por fuerza o hacemos de cuenta que no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que ésas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seductor y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero a usted como es, y todavía no me he puesto a pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, no podría decir cuáles son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazón de una mujer que, como yo... ya lo ve usted, no es una niña; ¿o pretende usted que le haga mi programa ni más ni menos que si se tratara de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo a usted.

—También lo siento. Y vea usted, al principio creía yo que me había usted comprendido perfectamente.

—Así lo creía; pero ahora...

—Ahora le da a usted porque tengo obligación de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se violente, de que usted quiera coger las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es más fácil.

—Voy a ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta a usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

—Coraba. Mírelo usted bien.

Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quítele usted el velador a la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hermosísimo! ¡Yo no he visto todavía un vestido más bien hecho! ¡Ya se ve, es el cuerpo! ¡Es usted tan bien formada! Las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultura!

—¿Verdad?

—¡Ay, y acaba de asomarse un pie! ¡Qué pie! ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar a usted esos pies de niña!

—¿Ya me vio usted los pies?

—Más bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! —dijo Amalia—, pues lo siento; porque ¡si viera usted qué botines me ha hecho Garau...!, es cosa que

me nadan los pies.

—¡Vea usted qué lástima! Y si así se ven tan pequeños ¿qué será...?

—Soy extraordinariamente cócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia que espanta; Sánchez acaba de pagar 110 pesos a Garau.

Ricardo se mordió los labios, pero exclamó:

—¡Con razón! Yo pagaría 200.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí a usted, me he persuadido de que no hay en el mundo mujer más de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Crejó por un momento Ricardo que empezaba a ganar el terreno perdido, y que al fin había logrado llevar la conversación al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán... —dijo Ricardo vacilando un poco en contestar—; serán... como todo lo de usted, de un gusto particular: apuesto a que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen a las once; ¿viene usted a las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

—¡Ah!, cuánto se lo agradezco a usted.

Amalia dijo esto con una intención difícil de comprenderse.

Amalia temía el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaría porque Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder quería ponerle anticipadamente la ocasión de anudar al día siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestión más ardua a la más fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de severidad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podía resolver.

Si abordaba resueltamente la cuestión del tocador, de los encajes y de los vestidos, Amalia sostenía la conversación con una impassibilidad y con un aplomo tales, que parecía olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasión, si se manifestaba resuelto a todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsión fría y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco común, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

«¡Sí, me ama, me ama esta mujer; esa mirada está rebosando de pasión; esa mirada la vende a pesar suyo; si no me amara no me vería así!».

Ricardo tenía en qué apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabía mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasión, de sentimiento, que enloquecía a Ricardo.

Ésta era una clave misteriosa que poseía Amalia, y que poseen muchas mujeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen a fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son un arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados que, como un cartabón movible, sombrean y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal mundo de causas, que parece increíble; de una sola faz de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglón de todos los poemas de amor.

Sólo que, a pesar de todo, existen sustanciales diferencias en ese principio.

Dios puso en los ojos algo superior a la palabra y a la acción, algo que es sólo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que rebosara, que se manifestara de algún modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingenua envía el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atracción sexual.

La joven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la mujer que no lo conoce nunca! La mujer sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un dilettante.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que los ojos son las ventanas del alma

y de que las miradas son dardos, y otra porción de cosas que les aprenden a los poetas, la mujer empieza a elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza a proveerse de miradas, como el cazador se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la mujer entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde... *Poncio Pilotos, fue crucificado, etcétera.*

Entonces la jamona es el ruseñor que, trinando en la floresta, estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bablot o en los profundos conocimientos musicales de Melesio Morales; entonces la mujer es el zenzontle que antes de dar al viento sus cantares se acordara de la llave de do en primera y se callara antes de atacar el si bemol por temor de hacer un gallo.

Ni más ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de experiencia, con su almacén universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced a todos esos reactivos, forja dardos-miradas por el procedimiento de la galvanoplastia, y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes a las bailarinas y a los diplomáticos.

Amalia sabía hacer todo eso y muchas cosas más; Amalia en materia de amor había pasado de la calidad de discípula a la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenía, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos; la cuestión para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontráis corazones que os entreguen el huso, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la mujer sabe tanto como Amalia, estáis expuestos a enredaros en la tela, ni más ni menos como la más incauta de las moscas!

Como lo había previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.

XXIII. De cómo el espiritismo puede ser un magnífico recurso amoroso

El mismo día en que Sánchez cumplía su palabra a los dependientes del almacén de Carlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habían llevado.

No sabía quién la había puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

Efectivamente, en el sobre estaba el timbre rojo que ella conocía perfectamente.

Chona leyó lo que sigue:

Chona:

Algo como una sombra de muerte nos separó anoche. Yo nunca había descendido desde tan alto; y si no tuviera la esperanza de que usted haya comprendido el mal que me hizo, créalo usted, Chona, hoy me entregaría a la desesperación.

Hay en el fondo de la repulsa de usted, una cosa que se parece un poco a la justicia, pero no a la verdad. Cuando he podido reflexionar acerca del desdén de usted, que es el único en el mundo que me ha hecho impresión, me he decidido a aceptarlo con todas sus consecuencias.

Usted ha pensado, lo mismo que yo, en que tanto rigor fue inútil; no obstante que la honra y el deber han tenido, merced a esto, un momento de sentirse verdaderamente complacidos: razón por lo que creo que empezamos a liquidar

cuentas con esas entidades morales que a mi vez respeto profundamente.

Voy a hacer más: sepulto solemnemente, al pie del ara de esas entidades morales, hasta mi última esperanza de acariciar a usted alguna vez; renuncio formalmente a mi persona y me presento a usted de nuevo en mi calidad de incorpóreo; ¿está usted contenta?

Lo infinito no necesita pretextos para existir y estoy seguro de que la he de amar a usted muerto, lo mismo que vivo; prescindo totalmente de la forma, y el alma de usted es mi alma, ya se esconda en el cuerpo de usted o se desprenda de él.

«¡Salvador está loco!», exclamó Chona y suspendiendo la lectura se quedó profundamente pensativa.

No me preocupa ninguna traba humana —siguió leyendo Chona—, nuestro amor no es más que un principio aparente: nos hemos amado antes, y la revelación manifiesta de habernos encontrado en el mundo, no es más que un eslabón de nuestra vida perenne.

Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y a quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Carlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado usted consultar mi amor.

«Salvador adivina», pensó Chona.

Me complazco con proporcionarle a usted la satisfacción de que les dé gusto: ame usted a su marido y obedezca a su confesor; lejos de oponerme a esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su misión con esos señores.

Esta carta debe preceder a mi visita porque es mi fianza. La adoro a usted, Chona; dentro de poco lo va a oír usted de

mis labios.

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginación se perdía en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y tomando las ideas de Chona cierta forma de superstición, sentía a la vez la curiosidad más viva por descifrar aquellos misterios.

«¿Será capaz Salvador —pensaba Chona—, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, o lo que me dice es el resultado de una mistificación real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su experiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé qué carácter de verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

»Conozco a mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento a merced de su influencia y vacilo, temo... tiemblo... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte égida... el sacerdote... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior a todas las trabas de este mundo».

Volvió Chona a leer la carta y en seguida exclamó:

«¡Bueno!, esta carta revela más cabeza que corazón; yo le temo a su amor, pero no a su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; fingiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre expedita la retirada: él me hace concesiones, yo también voy a hacérselas y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso así, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

»Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesión va a estar muy divertida y sobre todo voy a

reírme mucho con su mentido espiritismo; itiene unas cosas Salvador!».

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona... —dijo al entrar, dándole a esta palabra el acento de saludo y de pregunta a la vez.

—¡Salvador! —dijo Chona tendiéndole la mano.

—¿La mano sí? —preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transacción?

—Quiere decir que usted se había propuesto...

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazón —exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, más como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincón.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubación, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, sólo que el hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel, y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariablemente, Salvador el sofá y Chona el sillón del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentían a Salvador y

estaban más dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocía los pies de Chona: había dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocía, no sabemos por qué.

La luz de los balcones hería el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara a un magnífico grabado que representaba a Daniel respetado por los leones.

—Vamos a ver —dijo Salvador—, ¿qué le ha parecido a usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fe de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta a usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se ríe de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reírse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay más fotógrafo que el amor.

Chona no se rio.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene después de un momento en que se pone usted muy seria.

Chona se rio.

—¿Ya lo ve usted? —dijo Salvador riéndose también.

—¡Todo lo ve usted! —exclamó Chona.

—¿Por qué será?

Chona no pudo contestar más que con una mirada.

—Volvamos a mi carta.

—Volvamos a la carta.

—Se reduce a esto: a que me diga usted que me ama.

—¿Traducción libre? —preguntó Chona.

—Literal —contestó al punto Salvador—; ¿hacemos la traducción?

—Sí, porque va a ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza —contestó Salvador—, quedan a salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo a usted vivir en su mundo, obedeciendo

todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Ésas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo a usted bajo su influencia y bajo su protección; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mía, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay más, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay más todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una transformación, la he encontrado a usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negación, quiero decir, no me había dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer a usted me hacía temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo yo pasaría a la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona, hoy está empezando mi regeneración espiritual, porque al ponerse mi alma en relación con la de usted, he sentido a mi libertadora ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted a volver loca!

—No lo temo; lo que podría temer es que se volviera usted ciega; pero poco a poco irá usted acostumbrándose a la luz, hasta ver el sol de la verdad frente a frente.

—Sí; ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro a usted que cada día verá mejor —y luego agregó Salvador, uniendo el hilo de su discurso—: mi alma hubiera permanecido vacía si no hubiera conocido a usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es ésta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rio.

—Usted —continuó Salvador— no es la continuación de mi vida anterior, sino el principio de la eterna; todas las mujeres que me han amado, han tomado de mí la parte de mi ser transitorio en mi estado de negación, que concluyó antes de conocer a usted.

—Debo recordar a usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes...

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y hastiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; había acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—¡Sobre que le digo a usted que me voy a volver loca!

—No haga usted ningún esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reírse y lo desea; me felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

—No me río, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasmarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto a mi confesor?

—Porque le ha espantado a usted la palabra espiritismo y empieza usted a escandalizarse.

—Me he decidido a tomarlo a pechos, y lo sigo a usted sólo con la imaginación; por lo demás, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razón, tanto más cuanto que yo la ayudaré a usted en todo; he ofrecido respetar cuanto a usted pertenezca.

—Estoy segura de que ningún amante ofrecerá otro tanto.

—Es cierto, y ésa es una señal de que empieza usted a comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestión consiste sólo en el camino que se elija, debo decirle a usted que para mí no es el medio sino el resultado lo que me espanta; yo no debo amar a usted, porque cometería un crimen; no debo entregarle mi corazón, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir a dar al punto de donde debo huir a toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al

cumplimiento de mi deber.

Esta conversación, como las anteriores, fue interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Carlos.

XXIV. En el Tívoli del Elíseo

A pesar de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto a Ricardo, la mañana en que salió de su casa después de la embriaguez de Sánchez, fuese en derechura a ver la Chata.

—Chata de mis ojos —le dijo al entrar—, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! ¡Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni más ni menos.

—¿Pues qué...?

—Figúrate que llegó Sánchez... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas más; ¡por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos a lo que importa —dijo Amalia bajando la voz—. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, a mí no me basta saber que me quiere... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber... pero fíjate bien en esto, necesito saber hasta qué punto me ama Ricardo, hasta qué punto es hombre de resoluciones y en fin... si en último caso puedo contar con él.

—¿Para qué?

—¡Anda! ¡Chata! ¿Para qué ha de ser? ¿No ves que ya no es posible vivir con Sánchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demás no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma; escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto a él: figúrate que sé...

—¿Qué, mujer?

—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte más grave del asunto.

—¿A ver?

—Sánchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un día de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarro, no debo soportar las consecuencias; pero a la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré a aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuáles serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto a que te ame, él me ha dicho muchas veces tantas cosas de ti, que he llegado a creer que está verdaderamente enamorado. Vamos a ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasión, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame a mí.

La Chata llamó a una criada y le dijo:

—Vas a la calle de San Juan de Letrán y le dices a Jacinto Rodríguez, de mi parte, que me mande el coche cerrado del otro día, el de los frisones tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy mujer de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ah!, ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¡Qué mala eres!

—¿Por qué?

—Como Ricardo es poeta, vas a poner la escena en un jardín.

—Si fuera en una noche de luna respondía del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? Yo no hago más que preparar las situaciones.

—Debías haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mía; pero no tengas cuidado, que aun cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

—¿Quién?

—Un buen amigo.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma! Mira que tú y yo estamos que ni pintadas para salir a danzar en la *Linterna mágica*.

—Pues el día que quieras te presento a Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás cómo en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos a lo que importa y ya que

tú vas a dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? Llorar.

—¡Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la más mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.

—¿Y si me huele?

—¡No!, te lavas las manos con mi jabón.

—¡Ay, qué sacrificio! Se me van a poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras que te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras me gustan más tus ojos.

—¡Ah!, entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó a los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamación.

Algún tiempo después llegó la criada.

—Me tardé —dijo al entrar—, porque no estaba allí el señor

Rodríguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Elíseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo más secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Elíseo estaba solo. Al través de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado las vio por los intersticios de las enredaderas. La Chata dejó instalada a Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió a montar en el coche.

Media hora después volvía acompañada de Ricardo, sólo que esta vez, no se paró el coche a la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió a Ricardo a un cenador.

—¿Conque es cierto? —exclamaba Ricardo—, ¡qué hombre! ¡Dios mío! ¡Qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y más que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante unión no podía resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mujeres somos tontas para elegir y siempre vamos a dar con lo peor.

—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

—Sí señor, ¿qué había de hacer la pobre?

—¿Pero a dónde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me aflige es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto a eso —dijo Ricardo con aire de gran señor—, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he

tenido una parte tan directa en este rompimiento, a mí me toca darle a Amalia una compensación; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilación, Chata, sin dilación; vamos a ver a Amalia, quiero tranquilizarla, quiero probarle que... ivamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo? ¿Acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que después...

—¡Qué disparate! Jamás me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que más pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada...

—¡Ah!, ¡qué alma tan noble tiene Amalia! —exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decía: ¡Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! Mira que él es muy caballero y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

—Y yo no quiero eso, decía Amalia —continuó la Chata—, no quiero que jamás haga Ricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré dónde me voy, me volveré a encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de cómo lo quiere.

—Vamos a ver a Amalia, dígame usted, en dónde está —dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted —dijo la Chata—, que por lo pronto... como la cosa me cogió de sorpresa, no supe qué hacer con ella: en mi casa la buscarían y en otra parte no tendríamos libertad para hablar; tomamos un coche y nos venimos aquí.

—¿Aquí está?

—Y yo al verla tan afligida y sin saber por mi parte qué partido tomar, me pareció conveniente avisarle a usted.

—¿En dónde, en dónde está? Vamos a verla.

—Vamos.

Y la Chata y Ricardo salieron del cenador que ocupaban y se dirigieron al que ocupaba Amalia, quien había tenido tiempo sobrado de prepararse y había estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! —dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! —dijo Amalia arrojándose a ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

Hubo el silencio propio del *tableau*; silencio durante el cual la Chata fingió enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! —dijo éste—, ¿qué lágrimas son esas? No señor, nada de llorar, hoy es día de felicidad, de alegría, de... imozo...! nada, nada, aquí estoy yo y que rueda el mundo; imozo...! Soy el más feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, a usted se lo debo todo, ¿no

es verdad Amalia?

—¡Ay, es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozo! —volvió a gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿Tomaremos sauterne? ¿O prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted a meter en...? —dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos a tener con esta aflicción?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae sauterne y borgoña; dicen ustedes que no tienen apetito; imira! —agregó llamando al criado—, tres copas cognac y curazao ¡vuela!

—Pero... —murmuró Amalia— ¡esto es una calaverada!

—Qué quieren ustedes, hijas mías, ésta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué afligirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrarme todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos; ¡qué más da! Vamos, el mundo es grande y yo les garantizo a ustedes que nos vamos a pasar una vida de ángeles. ¡Ya verán! ¡Ya verán!

—Vamos, aquí están las copas, ustedes curazao, y yo cognac; pero mira —agregó dirigiéndose al criado—, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló a traer una botella de cognac y otra de curazao y las destapó en el acto.

—¡A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que asustarse por tan poco o creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; porque me he propuesto que hoy sea día sólo de placer; conque... ¡a la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡Traición! ¡Esto es una traición! ¡Qué se diría de semejante desacato! No, señor. ¡Hasta verte, Jesús mío! ¿Saben ustedes el origen de esta frase? Ya se lo explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado —dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted —dijo Amalia y bebió la suya.

—¿Por usted? —preguntó Ricardo—, pues ahora vamos a beber esta otra... por ti.

Y llenó las copas.

—Pero... —se atrevió a murmurar Amalia refiriéndose a la segunda copa.

—¡Amalia! —exclamó la Chata en tono de reconvención, y le dio la copa.

—¿Por quién? —preguntó Ricardo.

—¡Por... por ti! —dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! —dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los labios, tomó la mano de Amalia y le dio un beso.

La Chata fue entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaría Ricardo.

El criado había puesto ya la mesa.

—Mira, chico —le dijo Ricardo al criado—, te recomiendo que nos traigas huevos a la polaca.

—Está muy bien, señor.

—Y... será bueno un poco de pollo a la Marengo.

—Sí señor.

—¡Oh!, si hubiera mondongo a la lionesa sería yo el más feliz de los hombres; verán ustedes qué platillo: ¿hay mondongo a la lionesa?

—Voy a preguntar.

—Ve, hombre, ve a preguntar si hay mondongo a la lionesa.

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos a almorzar muy mal.

—Al contrario —dijo la Chata—, icómo habíamos de almorzar mal en el Tívoli!

—Ésta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos o tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! —dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado —contestó Ricardo—, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán a tres; voy a abandonar a todos mis comensales y que busquen anfitrión, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve a hablar más de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿No te lo decía yo, Amalia?

—Sí, sólo conmigo es adusto, sólo a mí me pone mal modo.

—¡Ay hija! ¡Qué mal modo! ¡A pesar de que has sido tan cruel conmigo, me has hecho sufrir tanto! Pero eso sí, vida nueva, ¿no es verdad, amor mío? Se acabaron las trabas y ancho mundo. ¿No es verdad que no nos volveremos a separar, Amalia?

—Sólo Dios lo sabe.

—Y tu amante y tú, ¿no es cierto?

—¡Vamos! ¡Vamos, ahijado! En todo caso su madrina de usted es una persona de respeto.

—¿Usted?

—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la... de todo lo que hay de más hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazón y al aire libre.

El criado trajo los huevos a la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponía comer poco, y la Chata mucho; porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mía.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos —dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah!, bien; ahora... *petit poisson á la crème*; ¡oh!, ¡esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció a Amalia poniéndoselo muy cerca de la boca; Amalia iba a tomar el tenedor, pero Ricardo le dio a entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! —dijo la Chata con cierto tono de reconvención cariñosa, como si hubiera querido decirle: «¡Qué chambona eres!».

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! —le dijo Ricardo—, me haces feliz. ¿No te encelarás si le ofrezco una sopita de cariño a la Chata?

—¡Encelarme! Yo no soy celosa.

Ricardo dio a la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh!, ¡esto es soberbio! —dijo Ricardo viendo el tercer platillo—. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

—Esto es jamón York lasañas al Málaga; pero antes tomaremos.

Y sirvió sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia.

Amalia empezaba a olvidar sus proyectos de comer poco.

Al servirse el tercer platillo, la Chata se comía a señas a Amalia, quien comprendiendo al fin lo que debía hacer, partió un pedacito de jamón, le colocó encima la pasta, y a su vez lo acercó a la boca de Ricardo, quien, prendado de aquel mimo, no supo cómo ponderar su agradecimiento.

Amalia también le ofreció a la Chata otra sopita de cariño.

—El tercer platillo estuvo mejor que el segundo —dijo Ricardo.

—¡Ya se ve! —dijo la Chata.

—¡Otra libación! —exclamó Ricardo.

—A este paso... —dijo la Chata.

—¡Oh! El sauterne, el *haut sauterne* se puede tomar por barriles, éste es un vino noble; yo no tomo otra cosa.

—¡Con razón, sí es delicioso! —dijo la Chata, lamiéndose los labios, después de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fue el más amable de los anfitriones, y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquél el más delicioso almuerzo a tres, de que pueden hacer mención los cenadores del Tívoli del Elíseo.

XXV. A los postres

No parece sino que el género humano ha nacido para regodearse, y que Lúculo es el único que ha dado en el ítem.

La felicidad rebosaba por todos los poros de los tres personajes del cenador.

Ricardo estaba rubicundo, respirando vida; estaba inspirado, respirando *esprit*; estaba tierno, respirando amor.

Amalia respiraba también, y en aquella respiración tenía, no poca parte, la cebolla aquella.

¿Y la Chata? ¿Cómo no había de respirar la Chata? Aquélla era su obra; era además la madrina, por lo tanto respiraba satisfacción y otra porción de cosas.

Todos respiraban.

Siempre se respira a la hora del champagne. Ricardo, con permiso de las señoras, había alargado los correones del chaleco y del pantalón.

La Chata y Amalia, sufrían, a pesar de su depósito de viandas, la presión tiránica del corsé.

Esta presión estaba produciendo en el pecho de Amalia cierto movimiento compasado, como el del lago que se siente acariciado por una brisa que va refrescando poco a poco.

Tenía Amalia descubierto un pedacito de garganta, que como una península se adelantaba en la región pectoral, que estaba teniendo entonces esas ondulaciones de que hemos hablado.

A guisa de faro, tenía Amalia en la costa de la península, quiere decir en el punto donde se cerraba el vestido, un prendedor de oro, que estaba llevando a la vista de Ricardo el compás del corazón de Amalia.

La Chata, aunque no era hombre ni nada, estaba observando aquella ondulación del prendedor con cierto arrobamiento.

La Chata era muy observativa.

Las sillas de Ricardo y de Amalia formaban ya casi un solo asiento.

Y a pesar de la perspicacia de la Chata, se le pasaban por alto algunas frases que Amalia y Ricardo se decían muy bajito.

Por supuesto, que aquel torrente de felicidad inopinado, había aumentado las atmósferas del amor aquel, a un grado temible para un maquinista.

Ricardo y el champagne lograron poner los asuntos bajo su verdadero punto de vista filosófico y edificante.

—El mundo —decía Ricardo— es patrimonio de los atrevidos; hemos llegado a una época de realismo tal, que, a no dudarlo he encontrado la razón de por qué no nací antes: ésta es mi época.

»Vivo para mí, cumpliendo mi misión de darme gusto; no hay más ley que la de la atracción universal; el sacudimiento de las sociedades va poniendo las cosas en su verdadero lugar; va armonizándolo todo, y en esta sucesión de movimientos, nos tocó por fin a ti y a mí, Amalia mía, juntarnos para morir así: la teoría de las medias naranjas, por más que sea vieja, es buena como el vino: queda de todo esto una cosa por resolver: Sánchez.

»Sánchez cuidó de escriturar sus casas; pero no le pareció que debía hacer lo mismo con su mujer, y supuesto que en el

matrimonio no valen papeles, como dice la chinaca, beato el que posee, no necesitamos Amalia y yo, más intervención que la que necesitan las golondrinas».

—¿Y yo? —reclamó la Chata.

—¡Es cierto! ¡Evidente! No necesitamos más que a mi madrina, cuya misión sobre la tierra es la de un ángel de paz. Chata, usted debe aprender a volar un día de éstos.

La Chata y Amalia celebraron la gracia.

—Ya me parece que te veo volando con *puff*.

—¡No me digas! Y con castaña de rizos, por supuesto.

—Naturalmente —dijo Ricardo—, los ángeles tienen cabelleras de una propiedad y elegancia irreprochables. Pues como decía, queda Sánchez: le espero.

—¿Y si lo desafía a usted? —preguntó la Chata.

—Resuelve él mismo la cuestión de la manera más satisfactoria que pueda imaginarse.

—¿Por qué?

—Supongamos que viene Sánchez, que pregunta por mí, que nos saludamos como dos buenos amigos, que le ofrezco asiento, que se sienta, que no sabe por dónde empezar, y que se decide a concluir y que me pregunta: ¿En dónde está mi mujer?

»¡He aquí el epigrama por excelencia! Colocad esa pregunta en el más grave, en el más encopetado de los personajes antiguos y contemporáneos, y os hará soltar la carcajada; pues bien, supongamos que Sánchez me espeta su sambenito a guisa de inocente pregunta».

—¿Y qué le contesta usted, vamos a ver? —dijo la Chata, poniéndose de codos sobre la mesa.

—Le contesto: «¿Usted me pregunta por su mujer? No sabía que se le había perdido a usted. ¿Y cómo ha sido ello?».

—¡Qué barbaridad!

—¡Nada de eso! ¡Qué lógica! «Cuénteme usted eso, señor Sánchez»; entonces mi hombre ¿me cuenta o no me cuenta? ¿Se enfurece o se calma? ¿Qué quiere usted que suceda, Chata?

—Supóngalo usted furioso.

—Entonces le manifiesto que tengo el tímpano auditivo muy delicado, por cuya circunstancia le suplico nombre las personas que deban entenderse con mis padrinos.

—¿Y se bate usted con Sánchez?

—No; porque Sánchez no se batirá conmigo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Sánchez reflexionará en que de todos modos pierde. Por mi parte apuesto un almuerzo con vino del Rin para veinte personas, a que le convierto en una escuadra inmóvil su brazo derecho por todo el tiempo que piense vivir en este mundo; yo sé romper cierto hueso infaliblemente, de veinte tiros, diez y nueve.

—¡Pobre Sánchez! —exclamó la Chata figurándosele manco y viudo.

—En todo caso la cuestión no es la de encontrar a su mujer, sino una bala.

—¡Ay, qué horror! ¡Ni lo permita Dios!

—No lo permitirá, no se aflijan ustedes; Sánchez se consolará por medio de otros procedimientos; es hombre también afecto a las compensaciones; de manera que si ustedes no lo

tienen a mal démosle perpetua sepultura a Sánchez dentro de esta copa de champagne.

Y, sirviendo tres copas, propuso un brindis. Amalia y la Chata esperaron copa en mano.

—Aquí yace un aficionado al matrimonio, a quien se le olvidó el cura y la ley. ¡Que Dios tenga piedad del alma del finado!

—¡Amén! —dijo la Chata y apuró su copa.

—Amalia se ha creído dispensada de tomar la suya —dijo Ricardo picado.

—Es que...

—Todavía es tiempo, y en todo caso ni aún el tiempo hemos perdido; pues almorzar era preciso.

—¡Amalia! —dijo la Chata en tono de súplica.

Amalia bebió haciéndose cierto esfuerzo.

Después del almuerzo y la alegría, nuestros tres personajes tuvieron que ocuparse seriamente en realizar aquella sustitución; paso que a la verdad no era de los más sencillos; pero afortunadamente estaba allí la Chata, y para la Chata no había nunca dificultades.

Propuso que de allí se trasladasen los tres a Tacubaya, donde de tres casas que había desocupadas, se podía tomar una sin dificultad en la misma tarde.

La Chata apoyó su proposición con una elocuencia digna de un diputado opositorista: dijo que el campo era lo más a propósito para una situación semejante y que allí estaría bien guardada Amalia, y que de todo lo demás la Chata misma se encargaba: fue, en fin, tan bien combinado el plan de la Chata, que Ricardo y Amalia no se atrevieron a hacer ninguna objeción, y no tuvieron más que esperar los trenes a

la salida del Tívoli.

Sólo que entonces Amalia y Ricardo fueron los que montaron en un vagón, y la Chata regresó en el coche a la ciudad.

Ya hemos dicho que la Chata era muy previsora, de manera que antes de separarse de Amalia le pidió sus llaves.

La Chata hizo creer en la casa de Amalia que ésta no iría por aquella noche, por estar en ocupaciones con ella con motivo de su cumpleaños, que iba a celebrarse en esos días; y nadie extrañó que la Chata abriera los roperos de Amalia y remitiera a su casa algunos bultos.

En el último viaje de los trenes, la Chata estaba en Tacubaya al lado de Ricardo y de Amalia, quienes habían pasado la tarde en un jardín.

La Chata lo había previsto todo, y aún había tenido tiempo de enviar algunos muebles de su casa y lo más indispensable por lo pronto.

Pizarro, el criado de confianza de Sánchez, sabía que éste no había de dormir en la casa aquella noche, y así sucedió en efecto; a eso de las doce, en la asistencia no se encontraban más personas que don Aristeo y doña Felipa.

—No se canse usted, don Aristeo, algo gordo está pasando aquí; hoy ha sido un día fecundo en acontecimientos; esta ida de Amalia no me gusta; me pareció además notar no sé qué aire de disimulo en la Chata, y cierta precipitación que me dio muy mala espina.

—Pues si usted quiere que le diga, doña Felipa, esto no es más que principio de los grandes trastornos que va a haber en la familia.

—¡Es posible!

—Ni más ni menos.

—Entonces usted sabe algo.

—¡Ya lo creo, y mucho! Y sobre todo algo que a usted le interesa extraordinariamente.

—¡A ver, a ver, don Aristeo! Cuénteme usted todo lo que sepa, pues yo, como siempre, soy mujer de secretos.

—Pues bien, doña Felipa, ya usted sabe el estado deplorable que guardan los negocios de mi compadre.

—Todos se lo hemos dicho, por consejos no ha quedado; pero ya sabe usted que el bueno de mi hermano tiene una cabeza que parece de piedra. ¿Y qué, el mal es muy inmediato?

—¡Vaya!, la cosa tiene que tronar en este mes, y de una manera que yo no sé lo que va a suceder; porque todo, todo se le complica al pobre de mi compadre; yo no he visto situación más comprometida que la suya; por una parte se le cumplen unas libranzas, y tendrá que perder probablemente las dos fincas; por otra parte Amalia parece que sabe ya lo de... lo de esa mujer de mis pecados.

—Sí; y en cambio mi hermano sabe también lo de Ricardo. ¿Qué será bueno hacer, señor don Aristeo?

—Yo, como buen amigo y pariente, he hecho ya cuanto ha sido humanamente posible; ¡es buena, que le he ofrecido mi finca de Oaxaca!

—¿Ha cedido usted por fin?

—¿Qué quiere usted, doña Felipa? Éste es un deber de amistad; ya sabe usted que por mí no hubiera cedido nunca; pero mi compadre está en una situación en la que sería un cargo de conciencia no auxiliarlo, y me parece que con eso y los 300 pesos de la...

—¡Eso, señor don Aristeo, eso...! ¡Los 300 pesos de mis ojos, que cada vez que los oigo mentar me parece que los gasto yo y vea usted de ahí ha provenido toda la ruina de mi hermano! ¡Ah! Si usted lograra quitarle de la cabeza ese capricho...

—Ya se lo he manifestado, le he probado hasta la evidencia que mientras no prescindiera de ese gasto tan fuerte, no tiene más que esperar la miseria, y eso después de un golpe de los más formidables.

—El cielo se lo ha de dar a usted de gloria, don Aristeo, haga usted esa buena obra y verá usted...

—Sí, sí; ya estoy viendo cómo... eso sí, yo creo salirme con la mía. ¡Pues no faltaba más! ¡Ya verá usted, ya verá usted! ¡Si toda la lástima es que no sea yo joven!

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! Porque lo primero que hacía yo era enamorarle a la cocota.

—¿Pues no dicen que esa mujer no entiende de amor?

—Ya se ve que no entiende, pero en fin, agregando al personal algún dinero.

—Eso es lo peor, don Aristeo, que usted no sea rico; porque a serlo, se podía hacer el sacrificio de ofrecerle el doble a esa mujer venal, que al fin, como es americana, se dejaría seducir muy fácilmente con el brillo del oro.

—Pero... no hay que pensar en eso, doña Felipa, pues ya ve usted que ni mi edad, ni mis recursos, ni nada, podrían hacer el contrapeso que se busca.

—Tiene usted razón.

—Pero no obstante, yo no quito el dedo del renglón y verá

usted cómo siempre algo se consigue.

Don Aristeo y doña Felipa estuvieron hasta muy tarde en la asistencia, dándoles a los asuntos de Sánchez más vueltas que a un asador.

XXVI. La tribulación de Sánchez

Sánchez entró a su casa a las ocho de la mañana del día siguiente, y venía abrumado de malestar y de tedio.

La luz de aquel día había brillado siniestra ante sus ojos, y la realidad de su situación pesaba sobre su alma como una carga insoportable.

La saciedad de su reciente vigilia había agotado en su alma ese conjunto de aspiraciones y de deseos que prestan al hombre el vigor y la esperanza; el mundo se despojaba ante sus ojos de todo encanto y la perenne amenaza de su ruina le trazaba triste, desierta, la senda de su porvenir.

Sánchez había adquirido en aquellos momentos cierto poder de fantasía, cierta lucidez de ideas que no eran comunes en él: no parecía sino que relajadas sus fuerzas físicas, abandonaba su cuerpo a su precisa reacción y todas sus facultades morales estaban como bajo el influjo de una exacerbación febril.

Sánchez después de una larga y silenciosa concentración, exclamó sin sentirlo:

—¡Qué horrible es ver claro!

Efectivamente, Sánchez estaba viendo claramente su inevitable mina, y al volver los ojos al hogar doméstico, al buscar ese consuelo de la confianza familiar y de las mutuas intimidades, encontraba su casa vacía; y allí, donde creía encontrar una compensación, estaba el embrollo y la guerra doméstica: reo del delito de infidelidad, sufría la pena del talión, considerando a Amalia próxima a abandonarlo y a las gentes que lo rodeaban recelosas y hurañas, esperando

el fin de aquel estado de cosas, efímero y deleznable; leía en cada semblante la desconfianza, en doña Felipa una reserva extraña; en su compadre un ojo penetrante que le adivinaba a su pesar todo lo que Sánchez pensaba; en sus criados veía acreedores pasivos, pero en cuyo semblante leía Sánchez aquella mañana precisamente un secreto reproche y un disgusto mal disimulado.

En un momento iba a ver desaparecer el conjunto de apariencias de rico que le rodeaban, para convertirse tal vez en reo entregado al desprecio de las gentes y al poder de los tribunales.

Hacía diez días que Sánchez había tocado a varias puertas, que había recurrido a ciertos amigos, de cuya amistad y poder no debía dudar, y uno a uno, con diversos pretextos y de distintos modos, se habían excusado, haciéndole perder una por una todas sus esperanzas.

El abogado encargado de algunos de los asuntos de Sánchez, no tenía ya por su parte ninguna fe en prolongar la situación; la fuerza de inercia estaba agotada, la transitología judicial recorrida, los plazos al vencerse y todo en fin, auguraba que Sánchez bajaría en breve de su falso pedestal para ser entregado al desprecio público.

Un mundo de reflexiones acudía a la imaginación de Sánchez, y agobiado con sus propios pensamientos, había permanecido más de una hora y media sentado en un sillón y sin cuidarse de nada de lo que inmediatamente le rodeaba.

Don Aristeo, interesado como estaba en ponerse al tanto de los asuntos de la casa, hacía también largo rato que había aparecido a la puerta de la pieza en que estaba Sánchez, pero al verlo tan abstraído, don Aristeo prefirió guardar silencio.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Sánchez y como si temiera que aquella verdadera expresión de su estado

moral fuese sorprendida por algún importuno, volvió la cara en torno suyo, para cerciorarse de que estaba solo, cuando vio a don Aristeo casi frente a él.

Sánchez se estremeció, como el culpable cogido infraganti, y procurando reponerse exclamó:

—¡Ah!, ¿es usted, compadre?

—Sí; venía a saber si ha habido novedad.

—No: ninguna —dijo Sánchez haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y en seguida agregó:

—¿Ha venido alguien a buscarme?

—Los de siempre —exclamó tranquilamente don Aristeo.

—Bórreme usted de todos los periódicos, ya no quiero periódicos, no he leído uno solo, están muy insulsos, todos dicen una misma cosa.

—Bueno —contestó don Aristeo.

—¿Y Amalia?

—¿Amalia? Bien, no ha habido...

—Quisiera hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vea usted, compadre, hoy parece que está usted mal dispuesto, después del reciente disgusto y de...

—Es que estoy decidido a tomar una determinación.

—Ya veo que eso es indispensable; pero si a usted le parece empezaremos por lo que más importa.

—¿Y a qué asunto le da usted la preferencia, compadre?

—¡Cómo a cuál! Al de la finca de Oaxaca; vea usted que mientras más tiempo se pase...

—Bien; pero ya sabe usted que la dificultad es el dinero; ya sabe usted que yo no puedo disponer por lo pronto de un centavo.

—Suprimiendo algo...

—¿Algo? ¿Qué quiere usted que suprima?

—Podía usted hacer un ahorro de 300 pesos.

—¡Ah! —dijo Sánchez—, iya, ya sé adónde vamos a parar!

—Ya verá usted —añadió don Aristeo—, que eso lo concilia todo; me da usted 300 pesos en señal de trato, y tiramos en seguida la escritura en la que cedo a usted todos mis derechos y acciones.

Don Aristeo y Sánchez se engolfaron en el intrincado negocio de la casa de Oaxaca, cuyos pormenores ofrecen poco interés para el lector; y después de haber hablado mucho, Sánchez se decidió a prescindir de la cocota, sacrificándola en aras de sus necesidades.

Don Aristeo no pudo contener una exclamación de júbilo, al pensar que con aquellos 300 pesos iba a sustituir a Sánchez en su papel de gran señor al lado de la mujer más encantadora que había visto en su vida.

Iba don Aristeo a suspender aquí su entrevista, una vez que había conseguido su objeto, pero Sánchez le obligó a continuar, haciendo recaer la conversación sobre Amalia.

—Compadre, yo no quería decir nada y aún creo que no será nada tampoco; pero Amalia...

—Amalia, ¿qué?

—Amalia no está en casa.

—La verdad, no.

—¿Adónde fue?

—Dicen que a la casa de la Chata.

—¿No durmió aquí anoche?

—No, no, compadre; anoche no durmió...

Sánchez montó en ira; se puso hecho un energúmeno, pateó y se propuso armar un escándalo; mandó llamar a doña Felipa a fin de que buscara a Amalia en la casa de la Chata.

—Yo creo que todo eso es inútil —dijo doña Felipa—; a mí nadie me quita de la cabeza que Amalia se ha ido con intención de no volver más; la Chata ha estado aquí y se llevó algunos bultos de ropa y no sé cuántas cosas más.

—¿Y tú lo has permitido?

—Qué había yo de hacer; ya sabes que no me gusta meterme con Amalia, y debido a esa prudencia hemos podido estar en paz; pero digo lo que me parece, porque ya sabes que todo lo observo.

—Esto no se puede quedar así, compadre, voy a dar pasos; voy a ver al gobernador, a la policía, y a todo el mundo.

—Poco a poco, compadre; es necesario tener mucha prudencia en estos asuntos.

—¡Prudencia cuando le juegan a uno las barbas! ¡Prudencia cuando esta mujer, por quien tanto me he sacrificado, se va de mi lado sin decir una palabra!

—Razón de más para suponer —dijo don Aristeo— que acaso no se haya marchado para no volver, porque lo que es ayer

ha mandado avisar que no se le esperase; y la prudencia aconseja esperar. ¿No le parece a usted bien, compadre?

—Sea por ahora, pero si se pasa el día...

—Ya veremos, compadre, ya veremos.

Al oír las once Sánchez pensó en la oficina, y como era día de quincena, se apresuró para salir de su casa; aunque en materia de quincenas cada una que pasaba era un suplicio para Sánchez viéndolas pasar a ajeno poder.

No bien hubo salido Sánchez, don Aristeo se puso al tocador y volvió a engalanarse como el día en que fue a visitar a la cocota.

—¡Cómo, señor don Aristeo! ¿Estamos de tiros largos?

—Tengo que hacer en los juzgados —contestó don Aristeo, quien tenía ya estudiada su respuesta—. Por fin se ha conseguido algo, parece que mi compadre se decide a hacer la economía de los 300 pesos.

—¡Bueno, bueno! —exclamó doña Felipa—; y quiera Dios que las cosas se compongan, señor don Aristeo.

No necesitamos decir hacia dónde encaminaba sus pasos don Aristeo.

Al llegar al número 3 de la calle en que vivía Ketty, encontró don Aristeo al vagamundo, como si lo estuviera esperando.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días —contestó maquinalmente don Aristeo.

—¿No se le ha olvidado a usted el número?

—¿Qué número?

—El 3.

—¡Ah!, ¿eres tú, pillastre? Toma y ve por donde no hagas daño.

—¡Ah!, ¡qué señor! —dijo el muchacho tomando la propina que le dio don Aristeo, y echando a correr a lo largo de la calle.

Don Aristeo subió y se hizo anunciar.

—¡Mi buen amigo! —dijo Ketty al recibirlo.

Don Aristeo, a pesar de haberse preparado lo bastante para arrostrar con la emoción de aquel momento, estaba temblando.

Cuando se sentó aún le zumbaban los oídos, y la idea de que al entrar allí iba a alcanzar la más tentadora de las dichas que había soñado, lo embargaba completamente al grado que por un largo rato no pudo desplegar los labios.

Para Ketty, aquella emoción de don Aristeo equivalía a una salva de aplausos, y se lisonjeaba su vanidad de mujer, a pesar de la triste figura y los años de don Aristeo, pensando en que su hermosura era la causa de la revolución que se operaba en su visitante.

—No debe usted extrañar —dijo al fin don Aristeo— que me encuentre tan vivamente impresionado en presencia de usted; digo impresionado para expresar... Usted comprende bien el castellano, ¿no es verdad?

—Sí señor, un poco.

Don Aristeo, que había hablado en su vida muy pocas veces con extranjeros, pensaba lo que todas las personas que sólo conocen su idioma; le parecía que Ketty no lo entendía perfectamente; se figuraba que tal vez sus más bellas construcciones gramaticales y sus mejores frases, iban a ser palabras al viento, por no estar al alcance de Ketty.

Don Aristeo deseó de todo corazón saber inglés o francés, o el idioma que conociera Ketty más a fondo, pues deseaba aprovechar todas sus ideas para inspirarle interés y cariño a Ketty por medio de su elocuencia.

—Desde el momento en que usted tuvo la amabilidad de recibirme, manifestándome generosamente que un hombre como yo podía hacerse amar, me abrió usted la puerta de la esperanza, mas...

—¿Cuál puerta, señor?

—Quiero decir, me inspiró usted una esperanza, tal vez la más risueña de mi vida.

—¡Ah!, sí señor, usted debe tener esperanzas en sus minas de usted; las minas dan mucho dinero. ¿Y van bien las minas, señor?

—Perfectamente —exclamó don Aristeo—, hoy debo recibir dinero de las minas, mucho dinero, mucho mones —se atrevió a decir el viejo para darle a su idea más realce, y pensó: «Así está bueno, esto es un golpe certero; sus ojos se han animado y hasta ha sonreído cuando dije mones».

—¡Oh, bien, muy bien! —dijo Ketty.

—Y dígame usted, señorita, ¿supuesto que tengo minas, me será permitido preguntar a usted?

—¡Oh!, sí, puede usted preguntarme.

—Decía yo... preguntar a usted si podría yo... en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor... yo no puedo decir...

—Porque, oiga usted... creo que Sánchez...

—¡Oh!, ¡Sánchez! ¡Sánchez! —dijo Ketty con cierto enfado—,

Sánchez tiene malos negocios y no hace pagos este mes; Sánchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá a visitar a usted?

—Sí señor, Sánchez puede venir, pero el señor Sánchez no es amigo mío, yo le recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto don Aristeo necesitaba para ser feliz y sólo pensaba que el tiempo era precioso y que no debía sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posición con respecto a Ketty.

XXVII. Sigue la tribulación de Sánchez y empieza la de doña Ceferina

Muy poco tiempo tardó Sánchez en convencerse de que Amalia lo había abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya había combinado no sabemos cuántos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

Sánchez:

Todo ha concluido entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi resolución es irrevocable; resuelta a todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy a usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra unión, pues esto sería hoy un lazo que tendría que respetar a pesar mío. Sea usted feliz y adiós para siempre.

Amalia

Estaba reservado a Sánchez este momento para conocer todo lo que amaba a Amalia, y sentía la más amarga desazón al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, éste sin duda era el que lo afectaba más profundamente, y se entregó al más íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre —exclamó al verlo entrar—, soy muy desgraciado!

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó a su lado.

—Vamos a ver, compadre, ¿por qué se aflige usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolución desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; puede usted hacerle patente que con respecto a Ketty, no hay nada ya, y aún pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré diciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted a mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero... piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debía usted promover un avenimiento.

—Si sólo atendiera a mi dignidad ultrajada, sería así; pero hay algo superior a todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

—En todo caso —dijo don Aristeo—, mi opinión es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolución alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguedad: yo le ofrezco a usted solemnemente averiguar cómo están las cosas y le daré a usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su resolución, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó a don Aristeo hacer desistir a Sánchez de sus proyectos, y sólo después de una larga y acalorada discusión, logró que aceptara sus consejos de manejarse con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, a reserva de averiguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya o en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que a Sánchez y a don Aristeo les pareció de fácil salida, fue de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Ceferina, quien no tardó en presentarse a la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de aflicción por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes que en tratándose de un cuidado soy la primera; conque... ¿qué tal va de pesadumbre? Ya me figuro cómo estará esta casa; crea usted Felipita, que no he podido pensar en otra cosa. Yo estaba muy quitada de la pena en casa de las Rodríguez, cuando me dice doña Juanita: «¿Qué dice usted, doña Ceferina de mi alma, la desgracia del señor Sánchez?/iAve María Purísima! ¿Qué desgracia?, pregunté yo muerta de susto./¿Qué desgracia ha de ser, será posible que usted no sepa nada siendo de la casa?/Pues no sé nada./iAnde usted, me dijo doña Juanita, pues la cosa es seria! iFigúrese usted que Amalia se ha salido de su casa!/iEs posible!/Y poderoso, me contestó doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se

habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé». Y positivamente me quedé como si me hubieran echado encima un jarro de agua fría; pero considerando cómo estaría usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habían mandado hacer.

Doña Ceferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate, pero redondeado ya su discurso, con aquel incidente esencial, esperó tranquila a que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse cómo estaré, doña Ceferina, porque de esta hecha, adiós casa, adiós comodidades, adiós todo; sólo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y que se fue sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, créalo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venía don Ricardo todas las noches? Pues con don Ricardo se fue; no hay que dudarlo.

—Sí; pero eso no pasa de una suposición.

—Ya se ve que es una suposición; ini cómo me había yo de atrever a asegurarlo, ni a darlo por hecho! Pero en fin de algo le han de servir a uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ¿O no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted!, pues yo no lo hubiera creído; ya sabe usted, por aquello de la extranjera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! Tengo eso más que agradecerle a mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, créalo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devoción, que me hacen cada día nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! Conque no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si vienes solo, porque de que a una se le juntan, es cosa de morirse. Y dígame usted... ya sabe usted lo que son las gentes, que tienen una lengua que hasta miedo da, ¿será cierto que el señor Sánchez, su hermanito de usted, está el pobrecito muy mal en sus negocios?

—¿Quién le ha dicho a usted?

—Eso sí que no puedo decir, porque ya sabe usted mi sistema, mi alma, el pecado se dice pero no el pecador. Y a todo esto: ¿qué dice de esta desgracia el señor don Aristeo?

—Figúreselo usted al pobre tan corto de espíritu; es cosa que habla solo, y ni come; todos los días se viste y se sale a la calle, porque anda muy ocupado en los negocios de mi hermano, a tal grado que hasta de noche sale, y se recordará usted, esto no lo hacía nunca.

—¡Pobre de don Aristeo! ¡Es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sánchez el quebradero de cabeza; es buena que me eché a reír cuando me dijo que iba a ver a esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas a primeras con una mujer de ésas sin religión y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante

alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo a usted que ya no se puede vivir sin tener por delante más de cuatro ojos que la fiscalicen a una sus acciones!

Doña Ceferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando a la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.

XXVIII. Los estragos del tiempo

En el punto a que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situación de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Después de cierto tiempo es cuando volvemos a seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sánchez, por ser uno de los tipos de nuestra predilección.

Sánchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y a pesar de todas las influencias, sus fincas fueron embargadas, si bien después de las moratorias consiguientes a la chicana y a la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sánchez, según expresión de él mismo, se había vuelto cabeza.

Por lo demás, nada había avanzado sustancialmente.

Llegó a saber que Carlos lo necesitaba, y Sánchez, en su tribulación, vio en lontananza como un iris de paz, al ángel del soborno, dado caso que haya iris y ángel de esa calaña.

Pero Sánchez lo vio sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el ángel se hizo esperar más de lo necesario.

El otro ángel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

Amalia, que bien pudo haber sido otro ángel para Sánchez, había volado también.

En cambio, Sánchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente de su ruina: la única teta a que había quedado colgado Sánchez era a la de la Tesorería General de la Nación, teta providencial y reformadora, que ha obligado a prorrumpir en famélicos desatinos a más de cuatro patriotas como Sánchez.

Pero todavía esta teta tenía un mamón inagotable: el agiotista.

Calcúlese cuál sería la situación de Sánchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que, en medio de los más difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontrarnos por esos mundos de Dios con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sánchez se lo encontró a pedir de boca, y más a tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No diremos quién era el tal, por temor de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografía, que podría convertirse en una acusación personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conecedor, vividor, patriota de los de la Junta y de los que van por delante de los que fabrican vítores y brindis; de esos expansivos que le deben a la patria cien veces más de lo que la patria les debe a ellos; en una palabra, este amigo a quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sánchez.

Sánchez había descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sánchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el

del Cazador y el del Refugio, quiere decir, Sánchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mixtura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta poción es en México la verdadera leche de la desgracia, y los fósforos figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros a medio vivir y de todos esos estómagos a medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sánchez había ocurrido ya a esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensación, cuando no es más que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

Pues bien; Sánchez un día, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo más estúpido que conocemos cuando se quiere curar a sí mismo; los ingleses toman té, y después un baño en el Támesis o una bala en la sien: en México se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sánchez, en lugar de ir a la fonda se fue al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su fósforo, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veía pasar a Amalia y a Ketty; allí recordaba el té de Carlos y sus esperanzas de seguir siendo gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso don Benito, no le hacían caso; allí notaba la ausencia de un botón, la torcedura de sus tacones y otra porción de miserias, y allí en fin, fue donde se encontró a su amigo.

Una tarde, entró Sánchez buscando su rincón favorito, su confesionario, su reclinatorio, y encontró que no había en el café más asiento vacío que el suyo; pero enfrente había un parroquiano.

El parroquiano notó que Sánchez vacilaba, e hizo un ademán invitando a Sánchez.

Sánchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de fósforo ya no lo piden, los criados se lo dan.

Bastó al criado ver a Sánchez para decirle al encargado de la cantina:

—¡Un fósforo!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafés tabernarios excluye todo refinamiento: no hay que buscar una tacita de porcelana de Sèvres, de bordes doblemente dorados con el néctar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata o de Christofile ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí, al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes o en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azúcar en la charola, cuyos colores huyeron para siempre: allí está la indispensable cucharita de latón, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa, y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalán en el propio vaso, donde el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama fósforo.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sánchez y su presunto amigo. Cada uno frente a su fósforo.

—Es bueno aquí el café —dijo el desconocido.

—Sí, señor —contestó Sánchez—, con efecto.

—¿Usted viene todos los días?

—Sí —dijo Sánchez, remedando un sí de clarinete de pura tristeza.

—Yo también.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sánchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? —le dijo a su vecino.

—Soy de a caballo.

Sánchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? —dijo el vecino.

—Sí.

—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer sí fue bemol.

—¡Vaya! ¿Qué milagro? Pues a mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay más que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, éste es el pago que nos dan, todo porque dizque servimos al imperio, y ése no es más que un pretexto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances: ¡qué imperio ni qué calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, qué había yo de servir al imperio: yo serví a la nación y como soldado, fui donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general don Leonardo Márquez.

—Entonces...

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Después me pasé, cuando iban a ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavía, cada vez que pueden me dicen que si fui traidor y que si por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque éstos sí estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaría también en la bola?

—Sí.

—¿En la revolución?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los del Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba a Sánchez y le estaba conociendo que tenía algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! Si es una cosa de corazón lo compadezco, porque esto de las mujeres... mal haya la... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? Pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara más mala que una legión de diablos. —Con que...

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! Pues como le iba a usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo. ¿Y a usted no le han...?

—No, a mí no.

—Repetiremos el cafecito ¿le parece a usted?

—Hombre...

—Sí: ¡mira muchacho! —dijo al criado—, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sánchez empezó a reprocharse su laconismo.

—¿Pues qué? ¿Usted no está bien a pesar de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo muchos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya sabe usted, el que mejor se agarra...

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adiós!

—Hay algunos que tienen fortuna...

—¡No señor! ¡Qué fortuna! Pico, son picos largos.

—No sé cómo harán.

—¡Vaya!, si yo fuera como usted, ¡cuándo había de estar así...!

—¿Pues qué haría usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?

—En eso no hay buscas.

—¡Vaya!, estando uno arriba...

—¿Pero cómo...?

—Y luego se hace uno regidor.

—¿Y eso qué?

—¡Ah!, qué señor, pues usted sí que tiene la leche en los labios. Si a mí me hicieran regidor, me ponía las botas.

—Usted cree...

—¡Vaya!, si mire: así de negocitos; y legales, eso sí y que no se los pueden probar a uno.

—Pero...

—Todo está en ingeniarse.

—Pero yo no entiendo...

—Tengo yo un compadre que es proveedor.

—¿Y qué?

—Él me ha dicho cómo se hace eso, pues no ve usted cómo se matan por ser regidores, y si fuera de balde, ¿usted cree que se andarían tropezando por salir?

—Todo eso es muy bueno, pero como yo soy liberal de buena fe...

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, sólo que unos

maman y otros no.

—Para eso sería necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner a usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy bandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.

Sánchez, como todos los desesperados, empezaba a concebir esperanzas a medida que el oficial desplegaba más elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial subió de punto en el momento en que Sánchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde Sánchez contó en el número de sus amigos importantes a Delgadillo, que así se llamaba el oficial.

XXIX. Continúa el pícaro tiempo haciendo atrocidades

Pasó, más pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dio pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sánchez no se decidió en último resultado ni a batirse con él, ni a reclamar a Amalia; se conformó con enviudar.

Ricardo fue espléndido los primeros días, pero a cierto tiempo se había transformado en económico.

La posición de Ricardo era un verdadero enigma; y representando admirablemente su papel de rico en todas partes, no había dejado traslucir del misterio de sus ingresos más que esto: jugaba.

Con esta palabra se conformaban los más curiosos y los más exigentes, y encontraban en ella la solución de todas las prodigalidades de Ricardo.

Llegó un momento en que Amalia se dio cuenta de su falsa posición: Ricardo empobrecía, había más, empobrecía a Amalia.

En las grandes capitales existe una pasión ignorada en el campo, en las aldeas o en los pueblos cortos: la mujer encuentra en su equipo una parte sustancial de su ser, un complemento indispensable de su individualidad.

Amalia, viviendo en el almacén de sus cien vestidos, de sus afeites, de sus sedas y de sus joyas, era la oruga de un caracol dorado.

Dos cosas constituían la personalidad de Amalia: ella y lo suyo.

De modo que cuando Amalia empezó a ver menguarse su guardarropa, sintió la tristeza de un pájaro, al que se le caen las plumas, o de un pescado al que se le caen las escamas.

No es posible medir el tamaño de esta terrible contrariedad en la mujer de la ciudad populosa. Amalia sentía deshojarse, y el confort comenzaba a huir de su derredor de una manera que le desgarraba el alma.

Amalia hubiera sido capaz de asirse de un hierro candente; y nada, ninguna consideración, ningún recato, ninguna reserva hubiera sido bastante a contenerla en su ansia de mantener su posición: se sentía capaz de transigir con el crimen.

El apoyo de Ricardo se desvanecía por momentos. Ricardo estaba hastiado, y lo dejaba traslucir en sus menores movimientos.

Amalia volvió la cara en torno suyo, y la amenazaba la desolación de su alma, porque no tenía amigos ni parientes.

El único salvoconducto de Amalia en la vida había sido su hermosura, y ya se encontraba con la patente sucia; el tiempo se dejaba caer pesado e inexorable sobre Amalia, marchitándola y anunciándole un fin tristísimo.

¡Ah!, ¡cuánto hubiera dado por ser una madre de familia, la última, la más humilde de las mujeres legítimas! ¡Cuando lloró su primera liviandad, estaba cosechando el fruto amargo de su libertad de ideas, de su trasgresión de los sanos principios, de su ligereza imperdonable!

Amalia, en aquella pendiente buscaba con una ansia febril un nuevo amor, porque el amor había sido su vida, su negocio, su patrimonio, su ser social.

Nadie la amaba ya, y en medio de este aislamiento, Amalia miraba a los hombres, como viera un arpón (si el arpón tuviera ojos) a un pescado de gran calibre.

Amalia, antes, sabía reírse y mirar, porque había cierta naturalidad en estas dos llamadas de tropa, porque estaba querida por alguno y deseada por otros; pero desde el momento en que Amalia tuvo, como los marinos, que soltar todo el trapo, acentuó su sonrisa y concentró su mirada, y sonrisa y mirada resultaron zurdas para el espectador.

Era la sonrisa peculiar de la jamona, parada todavía en el dintel de la vejez para ofrecerse en tardío sacrificio o para despedirse de los hombres.

¡Horrible acabamiento, despedida cruel, para la mujer que no lleva al último tercio de la vida, un corazón puro y el tesoro de sus virtudes!

Ser vieja y despreciable, inmediatamente después de un presente de fausto y de ilusiones, no tener ni un hijo, ni una familia, ni un amigo.

¡Qué cuenta tan fríamente desgarradora! ¡Qué libro tan lúgubre el de una vida sin virtud!

Los días caían sobre Amalia, como las heladas sobre los sembrados: veía al espejo la progresiva e inevitable invasión de las arrugas, y los ángulos de la vejez iban sustituyendo a las graciosas curvas de la hermosura.

Ricardo recogió las últimas flores de aquel vergel, que se volvía erial, y lo que llamó felicidad se había convertido en un engorro.

La Chata estaba más fresca, parecía más joven que Amalia; seguía siendo la Chata.

Un día se separó Ricardo del lado de Amalia para no volver más. Supo Amalia, ocho días después, que había montado en

una diligencia: algunos acreedores de Ricardo citaron a Amalia ante los jueces.

Amalia comenzó a vivir de lo que le quedaba, quiere decir, la oruga se comía su caracol.

Hizo aún algunas tentativas. Tuvo cierta predilección por los imberbes; era infinitamente amable, tanto cuanto eran infinitamente fríos los pollos y cautos los señores grandes.

Amalia estaba a punto de arrojar sus galas por delante al ataúd de sus ilusiones; pero todavía al borde, dirigía la vista en torno suyo, por si en el desierto de su vida hubiera quedado un solo hombre capaz de ser ciego.

Nada: desolación por todas partes. Amalia estaba por demás en el mundo, y contemplaba con un horror imposible de describir, el conjunto de los días que le quedarían de vida, porque aquellos días iban a ser la vida de una vieja vacía.

Darse a Dios, es una famosa ocupación que tranquiliza soberanamente a las viejas; y ese tercio de solemne reparación es la consecuencia de un buen principio.

En Amalia se había perdido ese fundamento; Amalia estaba reformada por el descreimiento; al abandonar sus prácticas religiosas no había reformado su fe, ni sustituido lo que no debía ser con lo que debía pensar. Amalia, a imitación de muchas gentes de moda, había hecho punto omiso de la cuestión religiosa, y en cuanto a la base no se había tomado la molestia de pensar que hay algo que se llama moral, y que éste es un alimento que necesita el espíritu humano, como necesita el cuerpo el aire atmosférico.

Ya se ve, había estado siempre tan dedicada a leer *La Moda Elegante*; había tenido siempre tanto quehacer con los olanes, y los puff, y los dijes y los cien mil adminículos de su persona, que no le había alcanzado el tiempo para dedicarse a cosas que no se conocen en la cara, ni se adivinan en el talle, ni hacen bonito el pie.

La vida de Amalia, según ella misma creía, había sido una continua lucha: realmente no descansaba; la revista de sus trajes, el cambio impertinente de la moda, las exigencias sociales, sus costumbres, su clase, su posición, su hermosura, sus atractivos, su bien parecer, sus aventuras galantes. ¿No contenía en sí todo esto la más grave y afanosa de las ocupaciones? ¿Tendría tiempo, en medio de tantas atenciones, para leer libritos de moral o para rezar novenas como las viejas?

Ella no tenía la culpa, hacía lo que todas: entraba en la moda, se componía, cumplía su misión de parecer bien; era el ornato de un salón, la figura prominente en el baile, la alegría de Sánchez, la envidia de muchas señoras elegantes, el terror de las beldades ordinarias, la ilusión de los pollos, el deseo tentador de algunos viejos; ¿qué más? ¿No es esto hacer papel? ¿No es ésta la mujer en la más útil de sus fases? ¿No es esto lo que busca hoy el hombre en sociedad? O si no, ¿por qué vapulear a las mochas? ¿Por qué reírse de las mujeres que van atrasadas en la moda? ¿Por qué censurar a las hacendosas? ¿Por qué horrorizarse de la que guisa? Amalia no sabía hacer nada de esto, y cumplió su misión; realizó el bello ideal de la mujer de moda; se vistió bien, se perfumó, se peinó admirablemente, supo hasta el último detalle de la moda, supo hasta tomar los gemelos en el teatro, en la postura más incómoda que se conoce, supo agacharse para darle aire al puff, todo eso supo; supo ser encantadora: lo oyó decir mil veces. ¿Y quién le disputó su papel de reina de la moda, de mujer de un gusto y de una elegancia sin límites?

Pero ¡ay!, cuando la realidad tocó a su puerta, cuando los pétalos de su hermosura se fueron desprendiendo de su cáliz, cuando su cutis resistía al afeitte, cuando el tiempo le escarabajeaba el rostro, plegando aquel cutis de rosa. ¿Qué se hizo del tesoro que Amalia había elaborado durante tantos años? ¿Para qué le servían las galas si todos, todos huían de ella, como de un apestado?

Y luego, que la vejez parecía complacerse en destruir en Amalia precisamente las líneas que ella había contemplado con predilección ante el espejo: la gracia de su boca tenía ahora no sabemos qué de grotesco, porque unos malditos ganchos de oro de que Chacón se había valido para sujetarle cuatro dientes, influían de una manera incomprensible en los movimientos de sus labios.

Después de su última enfermedad de anginas, Amalia había quedado ronca para siempre, y ella misma notaba que en el teclado de su voz, por más esfuerzos que hacía, no podía levantar los apagadores.

¡Pérfido pedal del piano que no resiste al peso de cuarenta y cinco calendarios! Por más que se diga, la tal humanidad no está compuesta más que de gentecilla de pipiripao que se desencuaderna al menor soplo.

Amalia derramó abundantes lágrimas ante la primera camisa de algodón que iba a ponerse y ante los primeros botines ordinarios que iban a aprisionar sus mimados pies; cada despedida era un dolor, y cada dolor un castigo.

La vida estaba siendo cada vez más insoportable para Amalia.

XXX. Amor platónico

En la casa de Chona todo era igual hacía mucho tiempo. Salvador hacía invariablemente dos visitas al día, una de las diez y media a las doce, y otra de las ocho a la una de la noche.

Esta constancia no necesitaba ponerse a discusión ni entre la servidumbre, ni entre los dependientes de la casa, sino que era traducida desde luego de esta manera:

—Salvador es el amante de la señora.

Se murmuraba ya entre las amistades de la casa, sobre aquella constancia ejemplar de Salvador, aunque no faltaba persona que saliera garante de la inculpabilidad de Chona, por haberla visto con sus propios ojos confesarse en la Profesa.

De todos modos y en la duda de lo que pudiera haber de cierto, dos familias se habían retirado resueltamente; otras habían escaseado sus visitas, y Chona comprendía ya la causa de aquel retraimiento.

Pero seguían yendo los parientes y muy especialmente las personas que tenían negocios en la casa.

—¿Por qué estás triste? —le preguntaba Salvador a Chona una noche.

—Ya lo sabes, porque las gentes que nos rodean, no son capaces de medir el sacrificio que hacemos por nuestro deber, sino que nos juzgan como a todos.

—Qué quieres, uesto no se puede evitar! La sociedad está

acostumbrada a juzgar sólo por las apariencias. ¿Pero no te basta tu conciencia?

—Es cierto, en cuanto a mí estoy tranquila, ¿pero de qué me sirve esta convicción, cuando paso a los ojos de las gentes que me rodean, como una mujer culpable?

—Desecha esas ideas, ¿no tienes en mi amor una dulce compensación de cuanto pudieran hacerte sufrir las gentes? ¡Sabes cómo te amo! ¡Ah!, ¡si llegaran a comprender lo inmenso de mi amor...! Oye, cuando te veo, contemplo en tus ojos el cielo de una felicidad incomparable; cuando me hablas, escucho en tu acento una armonía que me enajena; cuando me sonríes, está el iris de todas las esperanzas en tus labios. ¡Ah!, ¿de qué cielo has descendido hasta mi corazón, redentora mía? Dime ¿en qué flor hay algo de tu esencia para besarla? ¿En qué estrella hay algo de tu mirada, para bendecirla? Yo siento que el amor viene de Dios, porque tú eres un ángel, y siento que mi alma al unirse con la tuya se eleva hasta el cielo.

»¿Y rehusarías habitar en el santuario que se levanta en mi alma? ¿Romperías sus puertas para mezclarte entre los que no te comprenden? Enséñame otra felicidad más grande que la de amarte. Dime si hay otro mundo más allá de tus ojos, otra vida más allá de tu amor.

»Te tengo en mi alma, aquí te siento, aquí palpitas con mi sangre, aquí vives con mi aliento, Dios te ha puesto en mí, como ha puesto la esencia en la flor, como ha puesto su luz en mi espíritu, para que no perezca; tu nombre está en mis labios convertido en una oración y cuando lo pronuncio me lleno de ti. ¡Ámame como yo te amo, y verás desaparecer el mundo y sus miserias ante nuestros ojos!».

—¡Salvador! —articuló apenas Chona, conmovida.

—¡Chona, vida mía!

Salvador sin darse cuenta de lo que hacía, tomó entre las

suyas las manos de Chona y las cubrió de besos.

Chona tenía embargada la voz y no fue dueña de sí misma.

—¡Ay! —dijo al fin—, ¿por qué me amas así?

—Te amo —contestó Salvador—, porque siento que en mi alma hay algo de la tuya; siento como si allá en la inmensidad desconocida, donde nacen las almas, las nuestras brotaron al mundo de un solo soplo y hasta hoy volvieron a juntarse.

—¡Es cierto! —exclamó Chona, identificándose con Salvador—, es cierto, yo he sentido otro tanto, he adivinado ese misterio y por eso me espanta este amor que nunca he sentido; conozco que mi camino es el del abismo, pero corro al impulso de una fuerza superior a mis fuerzas; me muevo con una voluntad que no me pertenece, y gozo con un corazón, que me parece no ser el mío.

—¡Con razón! —interrumpió Salvador con entusiasmo—, si es el mío. ¡Ah!, ¡ide veras me amas...! ¡Es cierto! ¡Y esta dicha es tan inmensa...! ¡Este placer es tan supremo...!, que ante mis ojos no hay ya más que horizontes de felicidad que se sobreponen hasta tocar el cielo.

—¡Repíteme tus promesas, Salvador! Ampárame contra tu propio poder, sé generoso, sé grande y báñate en mi espíritu; lejos de toda mancha; así al menos ofreceremos un holocausto al mundo y nos sentiremos fuertes para arrostrar la mirada de los que pretenden avergonzarnos con su desprecio; armémonos con el escudo de esta superioridad, ya que alcanzamos el amor en la esfera de las almas grandes, ya que hemos sabido elevarnos sobre todas las miserias y sobre todas las violaciones vulgares.

—Sí, Chona, así nos amaremos. ¿No es verdad que en esa región espiritual, único templo de nuestro amor, llevando por lema la pureza, por blasón el orgullo, por juez la conciencia, podemos vivir eternamente esperando la accidental transformación para seguir viviendo allá donde nos

amaremos como los ángeles?

—Sí, Salvador mío, así nos amaremos.

—Siempre ¿no es verdad?

—¡Sí, siempre! ¡Siempre!

Al cabo de un rato, durante el cual Chona y Salvador parecieron tomar aliento, Chona preguntó:

—¿Qué me ves?

—Te veo... voy a decírtelo. La suprema ley de las armonías me enseña que hay efluvios hermanos que se elevan juntos a la región de los espíritus; ¿cómo podría dudar que cuando me dices *te amo* en la vibración de tu voz no resuenan también las vibraciones hermanas como las notas del ave, como las cuerdas del piano? Si en la música no hubiera una de esas notas que salen de tu garganta cuando me hablas ¿cómo podría haber música en el mundo?

—Si en tus ojos no hubiera un destello de lo infinito, ¿cómo podría yo comprender el amor y la eternidad?

—¿No es verdad que sientes la aspiración constante a la perfectibilidad? ¿No es cierto que palpas lo transitorio de nuestra actualidad y nace mecido en las elucubraciones de tu amor, un ángel que se llama esperanza: un ángel que te señala mi horizonte?

—Sí, Salvador, ese ángel me acaricia; a tu nombre ese ángel me sonrío cuando te llamo, ese ángel me consuela; cuando no te veo, te sustituye para tranquilizarme; y cuando estás a mi lado nos acompaña a los dos.

—Y jamás ha de abandonarnos, Chona mía, ¡jamás!, ¡jamás...!

—¡Qué cortas son las horas!

—Muy cortas ¿no es verdad? ¿Y lo hallas triste?

—Quisiera yo que se alargaran.

—Que sean leves, Chona, porque así acortarán el plazo: las horas del que espera, son siempre largas y las nuestras pasan...

—Sí, tienes razón que sean ligeras.

Necesitamos un volumen aparte para seguir paso a paso los giros de este amor que, como un caleidoscopio, presentaba a cada movimiento, un nuevo y encantador aspecto; pero los límites que nos hemos prescrito nos obligan a detenemos sólo en algunas situaciones.

Carlos, por más que estuviera entregado completamente a su *debe y haber*, había tenido tiempo de pensar en que Salvador y Chona se amaban, y más de una vez esta idea había venido a colocársele a Carlos entre dos guarismos a pesar de su indiferentismo.

Carlos, como lo hemos dicho antes, no tenía ya corazón; había visto siempre en Chona a la señora de su casa en los salones, y en el almacén a la fuente de donde nacía el inventario de la mitad de una fortuna: sin un hijo a quien acariciar, Carlos miraba su matrimonio como una sociedad; es cierto que de sus labios no había salido nunca una orden ni una contrariedad; la libertad de que había disfrutado Chona había sido ilimitada, y ni el placer con sus sonrisas, ni el dolor con sus amarguras, habían turbado ni por un momento aquella paz claustral; pero hacía algún tiempo que Carlos, a su pesar, pensaba más frecuentemente en su mujer, y empezaba a temer que las miradas de los extraños llevaran cierta expresión secreta que lo alarmaba.

«¿Si estaré haciendo un marido de Balzac? —pensaba Carlos—; me estoy viendo demasiado bueno, excelente; ivamos, soy un tipo de bondad! Y en el mundo, esto, que bien pudiera ser una virtud, es uno de tantos sambenitos.

»Ello es que un marido tiene que serlo de algún modo; es preciso aceptar un papel: registremos el repertorio, que al fin me creo bastante buen actor para representar el que elija.

»El hombre acaba por ser actor genérico. Primer papel: el que hago, el de buen marido, y ya quedamos en que este papel me parece recargado; soy demasiado bueno y precisamente por eso quiero aceptar otro.

»Segundo papel: marido celoso; éste es de difícil desempeño; los celos son un libro desencuadernado y todavía no está bien definido el asunto: para este papel se necesita una brutalidad como la de Otelo, que es el modelo por excelencia, y el papel de bruto lo rechaza mi amor propio.

»¿Dónde están los demás papeles? —se preguntó Carlos, creyendo él mismo que se había divagado en aquella cuestión que se proponía resolver con mucha calma.

»¿No hay más papeles en este repertorio? ¡Pobre repertorio marital! ¡Qué mal dotado estás! Me ocurre una cosa que se parece a una muletilla: el término medio.

»Éste, dado caso que sea papel, tiene el inconveniente de estar colocado entre el drama y el sainete; es papel de zarzuela y a la larga degenera en uno de los dos primeros.

»Supongamos que espío, que me rebajo hasta el grado de andar de puntillas, de decir mentiras, de ser cómico, en fin, y que del ridículo de la posición del que acecha escondido, paso a persuadirme de esto: Chona y Salvador... etcétera, etcétera.

»Aquí acaba mi papel y tengo que elegir otra vez uno de los dos primeros.

»Sigo siendo tan excelente como aquí, y me bajo al escritorio... muy convencido de que soy un miserable.

»No, esto es un absurdo; tomaré el otro papel.

»Salgo de mi escondite, me presento con aire de... con aire de marido ultrajado: parodio a Agamenón en la “Bella Elena”, preguntando por mi honra.

»A mi mujer le dará un ataque de nervios, mientras Salvador, que es hombre de fibra, me espeta que... me dice la verdad sin andarse con ambages.

»En tal predicamento vuelvo a elegir, en el tercer acto, uno de los dos consabidos papeles, que a esa altura tendrán que reducirse a esto: mato a Salvador, o me callo.

»Melodrama o Balzac. Supongamos que mato a Salvador, cuyo cadáver es la planta tipográfica de la edición de mi deshonra, porque el muerto tiene a su disposición las cien mil trompetas de Gutenberg, para repartir el argumento de mi drama a los doscientos mil habitantes de la capital, y aún le sobran para enviarme, desde la tumba, un nuevo ejemplar en cada correo extraordinario.

»Hay una ley estúpida que se le cuelga al marido en el cuello, obligándolo a que el día en que quiera recobrar su honra perdida, publique previamente su deshonra y la pruebe.

»Lógica: mato a Salvador en secreto, me convierto en un asesino vulgar, que tiene que temblar ante el más asqueroso diurno que se me pare delante.

»Lógica: le digo a Salvador un día con voz de asmático: “Te comprendo. Lárgate”.

»Salvador, que es un calavera, se ríe de mí; me recuerda a París, y me da lecciones de filosofía, de la filosofía que aprendimos juntos. Otra cosa; preparo un rapto, me robo a mi propia mujer y la escondo, y como no es legal ninguno de estos procedimientos, vuelvo a convertirme en un reo, sobre quien tiene jurisdicción mi lacayo, si lo que no es difícil, piensa mañana ser ministril, o ayudante de acera.

»Lógica: le doy fuego a la casa y morimos tirios y troyanos...

»iLógica! —gritó por fin Carlos en el colmo de la desesperación—; ilógica!: me voy a acostar porque tengo mucho sueño».

XXXI. En el cual verá el lector cuán cierto es que quien mal empieza mal acaba

El tiempo avanzaba transformándolo todo, como esas ráfagas de viento que van haciendo de las nubes una sucesión de cuadros panorámicos que sorprenden la fantasía.

Sánchez había estrechado sus relaciones con Delgadillo, el oficial de los fósforos y de las elecciones. Por algún tiempo, creyendo Sánchez que el negocio de la casa de Carlos iba a proporcionarle una salida ventajosa, previendo que por parte de la misma casa no había más interés que el de contar con un empleado que obrara en el asunto con imparcialidad y diligencia, se desconsoló soberanamente; noticia que en una tarde de fósforos comunicó Sánchez a su útil amigo Delgadillo.

Nadie más fecundo en recursos que esos ociosos, que no emplean ninguno en reparar sus propias averías; ninguno más rico en expedientes que aquél que los ha agotado todos; esos que viven de ilusiones (y por más que sea absurdo, las ilusiones entran en el número de las cosas nutritivas), éstos tienen cien mil expedientes para cada dificultad.

Para Delgadillo todo era fácil, siempre que no fuera él el actor; es cierto que él vivía de las elecciones y de la junta patriótica; pero eso era porque su posición no le había dejado obrar en otro círculo; pero en tratándose de aconsejar, no hubiera vacilado en probarle al ministro de Hacienda, que no había cosa más fácil que ser millonario.

Delgadillo había aprendido todos los trámites y procedimientos del topillo, de la estafa y de todos los

asuntos de mala fe; todas sus recetas eran de contrefaçon, y poseía los secretos del aceitero, del tocinero, del fondista y de casi todos los oficios lucrativos; sabía desde la manera de adjudicarse una finca sin pagar un centavo, hasta la manera de adulterar la leche, el pulque y la cerveza: todo cuanto fuera contravención o trampa, lo sabía perfectamente Delgadillo.

Uno de sus ejercicios era imitar firmas; y no era extraño verlo borrar papel, imitando la firma de todos los personajes conocidos.

Delgadillo sabía hacer moneda y dublé, como sabía hacer velas que no eran de cera, y chocolate que no era de cacao, y dulce de leche sin leche, y otra porción de preciosidades por este estilo.

De manera que cuando Delgadillo se enteró del negocio de la casa de Carlos en palacio, se dio una palmada en la frente y le exigió a Sánchez las albricias por el fortunón que acababa de descubrir en el fondo del negocio que el mismo Sánchez creía, hasta entonces, de todo punto improductivo.

—Insisto en que es usted un niño, señor Sánchez; vea usted cómo se hacen esos negocios.

Y Delgadillo hizo una larga explicación a Sánchez de la manera con que aquel negocio, conducido hábilmente, podía sacar a Sánchez de apuraciones.

Sánchez no se dejó alucinar fácilmente; pero desde aquel momento no volvió a pensar en otra cosa, dándole mil vueltas a aquel asunto, y buscándole incesantemente todas las contraceladas que pudieran hacerlo fracasar.

Pero Delgadillo amplió sus explicaciones y Sánchez iba animándose más y más a entrar en el asunto, ya fuerte con el caudal de conocimientos que le había transmitido Delgadillo.

Ya la casa de Sánchez no existía, y doña Felipa había pasado a la categoría de hoja suelta y vivía con una de sus amigas.

Don Aristeo también había buscado un rincón, desde el que, a pesar de todo, seguía al menos a su modo de ver, haciendo el papel de rico con Ketty.

Don Aristeo no recibió por fin de Sánchez los 300 pesos de su contrato, sino en partidas parciales, en valores, en cambios de deudas y de la manera más difícil y complicada del mundo; pero tan luego como pudo disponer de las primeras sumas, las empleó en vestirse y en hacer algunos regalitos a Ketty.

Por supuesto que las habladorías de doña Ceferina, doña Anita y doña Felipa, no tenían término y aquellas tres trompetas no cesaban de sonar, revelando todas las poridades y peripecias de los acontecimientos que se habían sucedido con cierta rapidez desusada y extraordinaria.

Ya no les cabía duda en que don Aristeo se había encaprichado por la cocota, y las viejas llegaban a olvidarse hasta del chocolate, cuando se trataba de comerse vivo a don Aristeo.

—Es un viejo *chirrisco* —decía doña Felipa—; si desde el primer día en que yo lo vi ponerse los botines apretados para ir a ver a esa condenada, me dio mala espina.

—Y yo, mi alma —agregó doña Ceferina—, que me lo encuentro entrando al 3, que no lo pudo disimular y todavía el muy hipócrita me dijo: «¡Qué quiere usted, doña Ceferina, voy a hacer este sacrificio en obsequio del pobre de mi compadre!».

—Vea usted, doña Ceferina, y ¿quién lo había de creer de un hombre tan timorato como don Aristeo, y cuya conducta nos consta a todos que era ejemplar? Pero vea usted lo que pueden esas mujeres que vienen de allá de *extrangis*, yo no sé qué les ven los hombres; lo que es yo no puedo ver a las

güeras, ni me parecen mujeres: a mí deme usted una mujer rosadita de cara, de ojos y pelo negro, bajita de cuerpo y redondita de forma; pero una de esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos iy lo permita Dios! Doña Ceferina, sobre que le digo a usted que ni me parecen mujeres.

—Pues don Aristeo no opina como usted, mi alma; porque ya lo ve usted metido en casa de esa mujer a todas horas, y como da la casualidad que vivo por allí, todo lo sé sin necesidad de preguntarlo. ¿Creerán ustedes que el pelón está todos los días en acecho de don Aristeo?

—¿Es posible?

—Sí señor, sabe el malvado las horas a que entra y las horas a que sale; sabe qué ropa lleva y si además le lleva o no le lleva regalitos a la patona.

—¡Vaya!, si parece ahora un joven, tiene saco rabón y cadena de reloj y sombrero de moda y hasta guantes.

—¿Qué dice usted, qué viejo loco? ¡Pues no sería mejor que se dedicara a machucar la cuenta como nosotras y no andarse ahora en galanteos y cosas propias de los jovencitos!

—¡Ya se ve!

—¿Y de Amalia, qué se dice? —preguntó doña Anita.

—Dicen que la pobre da lástima ver como está, que parece una vieja.

—¡Pobre! Ha de haber sufrido mucho.

—En el pecado llevó la penitencia.

—Dizque vive por las calles de San Juan.

—¿Sola?

—No sé, pero sí sé que sólo la Chata la visita, y que está en una miseria, que es cosa que se queda sin comer muchas veces, y que ni a la calle sale.

—Y todo por su mala cabeza, pues dígame usted, doña Felipita, ¿qué necesidad tenía esa loca de mis pecados de irse a enamorar de semejante calavera?

—La verdad, a mí nunca me gustó el tal Ricardo.

—A mí, desde el primer día, me pareció un hereje de siete suelas.

—Sí, eso no hay que dudarlo, es de esos jovencitos impíos que los hay a montones, porque ya es cosa de que a cada paso se tropieza usted con esa clase de gente; el otro día lo dijo el padre don Pachito en el púlpito, si hubieran estado ustedes en el sermón, ¡ah, qué bien lo hizo! Fue cosa que a todas se nos saltaron las de San Pedro.

—¿Y su hermano de usted? —le preguntó doña Anita a doña Felipa.

—¡Qué sé yo! Hace mucho tiempo que no lo veo.

—Dicen que anda muy distraído; y vea usted lo que son las cosas, dicen que habla muy mal de don Benito.

—¡Es posible! Pues antes era muy amigo suyo.

—Pues ahora lo contrario, se está volviendo de la oposición.

—Vea usted, mi alma, yo creo que hace mal el señor Sánchez; yo no soy juarista, pero no por eso dejo de confesar, que su hermano de usted le debe muchos favores al señor Juárez.

—Y consideraciones —agregó doña Felipa.

—El caso es que el hombre está perdido, y dicen que cada día se da más al maldito vicio de la embriaguez.

—¡Vea usted qué lástima!

Don Aristeo, por su parte, no se conocía a sí mismo, había acabado por enamorarse perdidamente de Ketty.

Se había empeñado una lucha terrible entre la nulidad de don Aristeo como amante, y la terrible pasión que le inspiraba aquella mujer que atesoraba encantos vírgenes para don Aristeo.

Este amor que se levanta de entre las ruinas de una humanidad consumida, más por los años que por los combates del alma, es un fuego devorador que engendra las más extrañas elucubraciones.

Don Aristeo, solo, hurraño para con todo el mundo, sin amigos y sin familia, consagraba todo su ser a la adoración, todo su tiempo al culto del amor, pasaba horas enteras entregado a la contemplación de cualquier objeto que había podido adquirir perteneciente a Ketty.

A la sazón que le volvemos a ver, estaba delante de un guante de la cocota; este guante había recibido ya miles de besos apasionados, y el aroma de que estaba impregnado lo aspiraba don Aristeo con la avidez con que un asfixiado buscaría el oxígeno para volver a la vida.

Ketty, por su parte, insegura sobre los datos que acerca de las minas le pedía a don Aristeo, no se había atrevido a abandonarse en brazos de su nuevo amante, sin la competente seguridad de que aquel sacrificio sería amplia y previamente remunerado; de manera que, sin desechar completamente a don Aristeo y sin quitarle las esperanzas, lo tenía pendiente de sus labios, y como en equilibrio al borde de un abismo.

Las visitas frecuentes de don Aristeo no le impedían a Ketty recibir algunos amigos, especialmente americanos.

Cuando don Aristeo veía entrar a alguno de estos amigos de Ketty, pasaba por todos los tormentos que pueda imaginarse; Ketty y el americano hablaban inglés delante de don Aristeo, quien hubiera dado su alma al diablo por entender una palabra de aquella maldita jerigonza, que le ponía en la posición de traducirla de la manera más desfavorable a su individuo.

Los celos se apoderaron del viejo con todo el rigor de que esta funesta pasión es capaz, y los tormentos de don Aristeo no conocían límites.

A solas se atrevió a decirle a Ketty lo que sufría; hasta llegó a ser elocuente en la pintura de sus padecimientos morales; y con tan vivos colores retrató su pasión, que la cocota no tuvo valor para reírse como lo había hecho varias veces; pero el único sentimiento que don Aristeo fue capaz de hacer brotar en el corazón de aquella mujer metalizada y positivista, fue la más fría conmiseración.

Don Aristeo tuvo, por primera vez en su vida, un acceso de desesperación tal, que trastornó poderosamente su economía, y cayó a los pies de Ketty presa de un verdadero ataque cerebral.

Fue necesario recurrir a un tratamiento enérgico, según el parecer del médico que Ketty mandó llamar en el acto; pero no bien hubo salvado del primer acceso, ocurrió el segundo, sin que el médico pudiera acertar de pronto con la causa que lo había motivado.

Durante los primeros días de la enfermedad de don Aristeo, Ketty facilitó todos los recursos que demandaba la asistencia; pero cuando por el médico supo Ketty que aquella enfermedad sería larga, determinó librarse de una molestia que de nada le serviría.

—Usted, señor don Aristeo, está mal asistido en mi casa, donde no hay comodidad para los enfermos; y la enfermedad

de usted requiere, según el médico, una mejor asistencia.

—Me despide usted, Ketty, y ya que no he tenido el placer de vivir al lado de usted, sólo por no haber nacido suficientemente rico, ¿no podré al menos ofrecerle a usted mi último suspiro?

—Usted hará mal, señor, en quererse morir aquí. Usted puede guardar todavía un poco más de tiempo el suspiro, porque yo voy a viajar otra vez.

—¡Cruel! —exclamó don Aristeo; y se metió la sábana en la boca, para no proferir en desahogos que no quería decir.

—¡Por piedad, Ketty! Dígame usted que me ama y yo moriré tranquilo.

—¡Oh!, yo he dicho a usted que yo lo estimo como un buen señor, mas no como un amante.

—¡Ah miserable de mí! ¡Miserable! ¡Miserable...!

Y don Aristeo se soltó llorando amargamente, y como era la hora del *lunch*, Ketty le volvió la espalda.

Al día siguiente, aprovechando el sopor y la postración del enfermo, fue colocado en una camilla y trasladado al hospital de San Andrés.

XXXII. Soledad del alma

Hay en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al norte tiene algunas casitas como la que vamos a describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años ha era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada a otra, que pudiera ser sala, a un pequeño patio donde hay una cocina y un lavadero, y a la vez da paso a una escalera de madera que conduce a la planta alta, compuesta de tres piezas y un pequeño corredor.

Allí vivía Amalia.

Su menaje era triste y pobre: un catre de fierro, algunos baúles, algunas sillas y una mesa.

Realmente el tiempo se había desplomado sobre Amalia; estaba inconocible: no obstante, un observador hubiera podido notar los restos de un esplendor que había muerto ya.

Amalia no había abandonado el corsé, y el corte de sus vestidos traía reminiscencias de época mejor; algunos objetos de lujo contrastaban con el menaje y la soledad de aquella casa, a donde sólo habían entrado Amalia y la Chata.

Amalia llevaba muchos días de no llorar y en su conversación había podido notar la Chata cierto desorden de ideas que ésta atribuía a falta de alimento y nutrición. Efectivamente, Amalia iba olvidando el comer.

Estaba servida por una sola criada: los días y las noches se

sucedían para Amalia de una manera triste, lenta y monótona.

En los momentos en que volvemos a verla, acababa de pasar uno de sus días más amargos; estaba sentada en un taburete cerca de una ventana; las sombras se habían enseñoreado en su habitación desmantelada y reinaba allí un silencio profundo; sólo los últimos reflejos del crepúsculo le prestaban una tinta opaca y mortecina.

Amalia llevaba dos horas de no cambiar de actitud; no se había movido durante ese tiempo, y aquella inmovilidad, el color gris de su vestido y la luz triste que la iluminaba hacían recordar esas grandes aves nocturnas que, en el recodo de algún añoso tronco, esperan graves e impasibles que el sol acabe de ocultarse para tender las alas y lanzarse entre las sombras a sus rapiñas, a sus depredaciones y a sus amores.

Amalia nada esperaba, Amalia no tenía ningún amigo: la habían abandonado todos y algunos cumplimientos fríos, algunos gestos de desdén mal disimulados, habían sido las últimas demostraciones de su mundo anterior. Amalia había recogido uno a uno esos restos de consideración y había llorado sobre ellos, como había reído antes sobre las flores que le arrojaban al pasar.

¡Cuán desgarradora era la amargura de Amalia! La soledad de su alma se parecía a las ruinas de esos templos profanados que se desmoronan, y cuya nave recuerda todavía los raudales de oración que desde allí se elevaron al cielo.

Amalia no tenía la resignación del sufrimiento, ni su dolor era engendrado por el deseo de ocupar de nuevo el pedestal de que había descendido; las lágrimas de Amalia eran las lágrimas de la desolación de su alma.

Amalia, como sabemos ya, no había tenido nunca en el mundo otro culto que el de su propia persona, y pasando por alto las arduas cuestiones de moral y deber, casi no le había alcanzado el tiempo más que para vestirse, para cuidarse,

para mimarse a sí misma; había encontrado la suprema felicidad en un holán encañonado, en un corsé que le pudiera disminuir el volumen del torso, o en un velo que pudiera hacer creer, entre él y el albayalde, que el espectador tenía delante una beldad incomparable.

Amalia no había puesto jamás en duda la acepción lata de la galantería: cuando le decían hermosa lo creía justo, y todo elogio acerca de su persona era para ella la expresión de la verdad y la justicia.

Se había acostumbrado a ver venir los hombres hacia ella, siempre trayendo en las manos el prospecto de su entusiasmo, la seguridad de su conquista o cuando menos una flor; de manera que cuando Amalia notó en los hombres que la rodeaban los primeros síntomas de tibieza y luego de desvío, encontró este proceder tan desusado e injustificable, que le preguntó mil veces al espejo si los hombres habían cambiado todos simultáneamente, o la misma Amalia había sufrido una transformación incomprensible.

Bastaron algunos días de sufrimiento para que Amalia fuera impotente contra los estragos del tiempo, y la vejez, detenida ante la barricada de un tocador bien provisto, se desplomó de pronto sobre Amalia, apoderándose con la avidéz de un buitre de sus pómulos, de su dentadura, de su laringe, de sus hoyuelos, de sus cabellos y de todos sus encantos.

Jamás el tiempo ha confeccionado una vieja más rápidamente; jamás el atractivo femenino ha huido en más vergonzosa derrota; y como en este cambio de decoración nada quedaba en aquel templo que Amalia se había erigido a sí misma, ídolo y adoradores habían desaparecido repentinamente.

Sacó a Amalia de su enajenamiento un acontecimiento inesperado; tocaban a su puerta.

Amalia abrió la ventana y a pesar de las sombras conoció a la Chata.

Un momento después, Amalia conducía de la mano a su antigua amiga, al través de la oscuridad de la habitación, y la hizo sentar.

—¿Qué haces? —le preguntó la Chata.

—Ya lo ves, morirme.

—Pero esto no puede ser, Amalia; es necesario pensar en que cambies de vida: te has encaprichado en matarte lentamente, y no hay razón que te aparte de tus necias resoluciones.

—No tengas cuidado, Chata, todo va a concluirse: afortunadamente viniste: quería decirte adiós.

—¡Amalia! ¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué te sorprendes? Ya sabes cuánto he odiado a las viejas; yo nunca he querido llegar hasta allá y tenía razón. ¿Quieres que espere todavía más desengaños? Ya lo ves, todo el mundo ha desaparecido: estoy sola, sola... y fea.

—Pero si prescindes del deseo de figurar como mujer en el mundo galante, tienes aún por ventura muchos días delante que consagrar a tu alma.

—¿Vieja rezadora? ¿Yo convertida en una bruja de sacristía? No lo creas, Chata, parece que no me has tratado tantos años.

—¿Y tu salvación?

—Mi salvación es la muerte.

—¿Y tu alma?

Amalia se encogió de hombros y después de una pausa dijo:

—¿Crees que haya en el mundo placeres para mí?

—Bastante has gozado ya en el mundo; ahora podrías gozar...

—¿Cómo?

—Practicando la virtud.

—¿Soy acaso virtuosa?

—Practicando la caridad.

—Caridad que necesito para mí, ¿o pretendes que dé limosna en lugar de pedirla?

—Por Dios, Amalia, que estás inconocible.

—Al contrario, ahora es cuando empiezas a conocerme. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una época en que para valer algo la mujer necesita ser reina aunque haya nacido pobre; estoy persuadida de que mi misión ha concluido; pretender vivir sería lo mismo que aceptar en la vida un papel al que nunca he podido avenirme; yo no nací para ser pobre ni fea; prefiero la muerte al desprecio de las gentes.

Había en el acento de Amalia cierta expresión de seguridad y de firmeza, que revelaba que sus resoluciones eran irrevocables y el resultado de una larga meditación.

La Chata lo comprendió así, y se espantó juzgando que su amiga había llegado al colmo de la desesperación.

—Amalia, sean cuales fueren tus resoluciones, óyeme: venía, no sólo a consolarte, sino a darte noticias... noticias de Ricardo; iba a decirte además que tu vida va a cambiar completamente, y que debes desechar esas ideas lúgubres... y sobre todo, ofréceme que no vas a hacer una barbaridad.

Amalia no pudo contener un ligero quejido.

—¿Qué tienes? —preguntó la Chata, perdiendo cada vez más el aplomo y la serenidad que solía tener en las situaciones difíciles—; ¿qué tienes? ¿Acaso has tomado algo...? ¿Estarás envenenada? ¡Amalia! ¡Amalia!

Y la Chata se deshizo en lágrimas arrojándose en brazos de su amiga.

—Tranquilízate, Chata —le dijo Amalia al cabo de un rato y con el mismo tono de voz con que había hablado anteriormente—; ya sabes que nada te oculto, y lo que es en esta ocasión no me permitiría engañarte. Cuando esté próximo mi fin te llamaré para que cierres mis ojos; pero todavía no es tiempo: pueden alcanzarme las fuerzas para vivir un poco más... pero nada más un poco; por hoy, debes creerme, estoy bien, porque me ha parecido ridículo morir en sábado: éste es un día funesto para mí.

Costó, sin embargo, mucho trabajo a Amalia tranquilizar a la Chata, quien, después de haberle exigido mil protestas y juramentos, le preguntó:

—¿Y tu criada?

—No está en casa; pero ya vendrá.

—¿Estás sola?

—Como siempre; yo estoy sola siempre.

La Chata, a pesar de todo, no quería dejar sola a Amalia, pero a la vez pensaba que era urgente arrancar a su amiga de allí y hacerle cambiar radicalmente de modo de vivir; sabía efectivamente que Ricardo había vuelto a México, y se propuso servirse de él para arrancar a Amalia de los brazos de la muerte; de manera que, ofreciendo volver en aquella misma noche, se despidió de Amalia.

XXXIII. Conclusión

Sánchez, instigado por su famoso amigo Delgadillo, puso en práctica sus consejos y pretendió convertir en criminal granjería el negocio de que lo había encargado Carlos.

Sánchez con la esperanza de realizar felizmente aquella tentativa, que, según Delgadillo, los iba a enriquecer, pidió nuevos plazos y alentó a sus acreedores; se proporcionó algunas cantidades, de las cuales participó Delgadillo, y ambos amigos se entregaron de nuevo al mundo de los castillos en el aire, y a las más risueñas esperanzas para el porvenir.

Pero un día Sánchez fue recibido por el jefe de su oficina en un gabinete reservado; y en una larga peroración hubo de probarle su torpe y pérfido manejo.

Sánchez cogido en la trampa, empleó todos los recursos que le sugería lo difícil de su situación; hizo una triste pintura a su jefe del predicamento en que se encontraba, apeló a su conmiseración, a su buena alma y a todo lo que en aquellos momentos terribles para Sánchez, le pudiera ofrecer un hilo a que asirse; pero aquello no tenía remedio y la completa ruina de Sánchez estaba formalmente declarada.

En ese mismo día salió Sánchez de palacio, para no volver más.

—Amigo Delgadillo, esto no tiene remedio —le dijo Sánchez a su amigo el día de su destitución—; me sigue soplando la de malas y ya lo ve usted, todos mis amigos me abandonan, y... sacrifíquese usted para esto, haga usted méritos, preste usted importantes servicios a la causa, para que le den a usted este pago, para que lo quiten a usted de su empleo, so

pretexto de que se maneja usted mal, y todo es por colocar un ahijado. Decididamente no se puede servir al gobierno; pero ya lo verá usted, amigo Delgadillo, ya verá usted caer al indio; el país ya no puede aguantar esta tiranía; todo el país está cansado de ser patrimonio de unos cuantos, y nosotros los hombres honrados, los liberales de buena fe, los que hemos luchado por la Reforma y por la libertad, nos vemos postergados y en la calle, y despreciados por los que están arriba; pero ya se acabará todo esto, amigo Delgadillo, y yo seré uno de los que dé hasta la última gota de su sangre por derrocar este estado de cosas que ya no se puede tolerar; iesto es un escándalo! ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

—¿Qué es lo que ha pensado usted hacer señor Sánchez?

—¡Cómo qué! ¿Usted no sabe cómo está la cosa?

—No.

—Pues esto no dura dos meses.

—¿Es posible?

—Estamos trabajando.

—¿En qué sentido?

—En tirar a don Benito.

—¿Y caerá?

—¡Júrelo usted!

—¿Y usted va...?

—¡Voy a lanzarme a la revolución!

—¡Pero señor Sánchez!

—¡A la bola!

—Pero mire usted...

—¡A la bola!

—Puede que no salga todo tan bien.

—¡A la bola! ¡Vámonos! ¿Qué dice usted?

—Vea usted, señor Sánchez, yo me quedo bien aquí; éstas no son mis ideas, pero mal que bien se vive; y lo que es la bola ya no es tan fácil como antes. Vea usted que este señor presidente tiene mucha suerte.

—¡A la bola, y ya lo verá usted dentro de poco! Y supuesto que usted no se decide, adiós, amigo Delgadillo.

—Adiós, señor Sánchez.

En el mismo día Sánchez salió de México, lanzándose a la revolución, en lugar de lanzarse a la cárcel y a la miseria.

Sánchez pernoctaba en Cuautitlán, a la sazón que en México la Chata corría en busca de Ricardo.

Ya hemos dicho que para la Chata no había dificultades, y no tardó en encontrar a Ricardo.

—¡Chata! —exclamó éste al verla.

—Un negocio gravísimo.

—¿Qué pasa?

—Vamos a salvar a Amalia.

—¿De qué?

—De la muerte.

—¡Cómo es eso!

—Vamos, traigo un coche; por el camino le contaré a usted.

Apenas tuvo tiempo la Chata de enterar a Ricardo de la situación de Amalia, porque el coche volaba. Llegaron a la casa y tocaron fuertemente a la puerta.

Nadie respondió.

Tocaron de nuevo con una precipitación desesperada.

Sólo el eco de sus propios golpes contestaba a su inquietud.

Unieron sus esfuerzos para echar la puerta abajo, y entretanto su imaginación les hacía concebir horribles ideas que no querían comunicarse.

De repente, Ricardo se apartó de la puerta hacia el centro de la calle, e inspirado por una buena idea subió por la ventana de hierro, cuya parte superior estaba distante del balcón un corto trecho.

La Chata no habló, pero respiró un momento, y se puso a escuchar.

Un instante después de haber entrado Ricardo por el balcón, la Chata oyó un grito: después nada: le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el dintel de la puerta.

Pasaron largos instantes de un silencio espantoso.

—¡Ricardo! —gritó la Chata haciendo un esfuerzo.

En seguida oyó los pasos de Ricardo que bajaba a abrirle.

No bien pudieron comunicarse, se abrazaron y lloraron los dos, después subieron lentamente la escalera.

Amalia se había puesto el mejor de sus vestidos para acostarse.

¡Estaba muerta!

Cerca de la cama había un vaso con un sedimento blanco.

Al día siguiente daban fe del hecho doña Ceferina, doña Anita y doña Felipa.

Si el benévolo lector tiene algún interés en saber el paradero de los personajes cuya historia queda pendiente, encontrará satisfecha su curiosidad en la siguiente novela, que se titula: *Las gentes que son así* y constituye el decimosexto tomo de *La linterna mágica*.

José Tomás de Cuéllar



José Tomás de Cuéllar, conocido por el seudónimo Facundo (Ciudad de México, 18 de septiembre de 1830 - 11 de febrero de 1894), fue un escritor, periodista, político y diplomático mexicano.

En 1848 realizó sus primeros escritos, los cuales fueron dedicados a la memoria de los hombres que habían muerto durante la intervención estadounidense. En 1850 publicó

artículos y poesías en el Semanario de Señoritas y en La Ilustración Mexicana. Durante la intervención francesa, incursionó en el teatro con la comedia en dos actos. La obra era una crítica satírica contra los imitadores de las costumbres francesas; fue premiado por la Asociación Gregoriana con una Pluma de oro y fue homenajado el 29 de mayo de 1866.

En 1869 se trasladó a San Luis Potosí, en donde publicó el semanario La Ilustración Potosina. Durante esa época escribió su primera novela histórica, El pecado del siglo, y pintó una de las decoraciones del Teatro de la Paz. Regresó a la Ciudad de México. Bajo el seudónimo de "Facundo" colaboró para varios periódicos y revistas, especialmente para La Linterna Mágica.